

CONOCIMIENTO DE LA VIDA

MADÚ JESS

PRÓLOGO

Al enhebrar en estas páginas una serie de conceptos morales, que pueden constituirse en sólida base para obtener una mejor convivencia humana, entendimos que era imprescindible acompañar esos conceptos con la clara explicación de por qué necesitamos vivir de acuerdo con ellos.

La evolucionada mente del hombre actual quiere penetrar los "misterios" de la vida; quiere saber por qué sufre o disfruta, por qué triunfa o fracasa pese al esfuerzo, por qué inspira y siente atracción o rechazo y, lo que es aún más importante, necesita saber por qué, a través de los milenios, el hombre ha estado siempre contra el hombre.

Comprender la Vida¹ y sus Leyes significa conocerse a sí mismo y poder comprender a los demás, primer paso firme hacia el mutuo entendimiento, y actuar de acuerdo con las Leyes de la Vida significa convivencia armónica y feliz, convivencia pacífica en orden y progreso.

El contenido de estas páginas, escritas con sencillez y con cariño, está destinado a todos sin distinción de edades.

Niños, jóvenes y mayores podrán comprender sus conceptos y vivirlos, en la seguridad de que, mediante el esfuerzo de todos y de cada uno por no transgredir la Ley de la Vida, que es Amor, será posible lograr una humanidad más feliz.

La felicidad no es inalcanzable; nos resulta distante e inasible porque corremos tras espejismos, porque trastocamos los valores en su escala natural y porque, por desconocerla, no cumplimos plenamente la finalidad de nuestra vida humana.

Por eso creemos que "Conocimiento de la Vida" puede ser un aporte para la felicidad del hombre, en el presente y en el futuro. Lo deseamos fervorosamente.

MADÚ JESS

1 Como podrá comprobarse, algunos términos han sido escritos unas veces con mayúscula y otras con minúscula. Al respecto deseamos aclarar que cuando escribimos, por ejemplo, Amor, Vida, Ley, Mente, Alma, Espíritu, Conocimiento, etc., nos estamos refiriendo al aspecto Verdadero, Espiritual, del Amor, de la Vida, de la Mente y demás, y cuando esos mismos vocablos los escribimos con minúscula nos referimos al amor, a la vida, a la mente, etc., humanos.

TODOS HERMANOS

La tendencia a separarse formando grupos, en razón de diferencias y antagonismos, constituye una transgresión a la Ley del Amor, que Rige el Universo todo. Las permanentes transgresiones a esta Ley han creado al ser humano gravísimos problemas y también la nefasta incomprensión de su destino de fraternidad.

Hombres, mujeres y niños concentran su afecto en *su propio grupo*, en *su propia familia*, sin detenerse a pensar que también son acreedores a su cariño el hombre, la mujer y el niño que pasan a su lado, y todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños en el mundo entero, porque todos, absolutamente todos, somos hermanos.

Igual que nuestra familia, constituida por padres e hijos —que son hermanos entre sí— existen la "Familia Humana" y la gran "Familia Universal". Reconocemos el valor de la familia y los beneficios de formar parte de ella, pero, desconociendo y, en consecuencia, no tomando en cuenta la existencia de la "Familia Humana" y de la gran "Familia Universal", vivimos al margen de los enormes beneficios que habría de reportarnos el sentirnos integrantes de ellas; como consecuencia, debemos sufrir y soportar innúmeros inconvenientes y situaciones dolorosas que podrían haber sido evitados.

Así como en nuestra familia nos reconocemos hermanos por ser hijos de los mismos padres, en la "Familia Humana" debemos reconocernos hermanos de todos los hombres del mundo, y en la gran "Familia Universal" debemos sentirnos hermanos de todo lo que existe en el Universo, porque Dios es el único Padre, Creador de cuanto existe en nuestro mundo y más allá de nuestro mundo.

Todo cuanto existe tiene Vida, aun cuando pueda parecer inanimado, porque Dios lo ha Creado todo y Dios, que Es Vida Eterna, al Crear transmite, como Padre, Algo de Sí Mismo.

Siendo Dios, Padre Único de todos y de todo, a todos y a todo estamos unidos por los lazos indisolubles de la Vida Eterna, es decir, por los lazos del Amor Divino que nos ha Creado, porque Dios da Vida de Sí Mismo por Amor.

Pocos se detienen a pensar en esto y son muchos los que lo ignoran y, en consecuencia, ignoran que, sin distinción de razas, de nacionalidades o de credos, todos somos verdaderamente hermanos.

La Humanidad constituye la "Familia Humana", en la que debemos sentirnos unidos fraternalmente a todos. Es nuestro deber trabajar permanentemente para despertar y consolidar en la Humanidad el verdadero concepto del Amor, que es Ley de Vida, Ley Divina que, lamentablemente, el hombre infringe a cada paso, ignorando u olvidando que

TODOS SOMOS UNIVERSALMENTE HERMANOS!

SENTIR Y AMAR A DIOS

No pretendemos definir a Dios, porque Dios no puede ser definido; pero, a través de estas Enseñanzas procuraremos "interpretarLe" en forma accesible a nuestras posibilidades de comprensión.

Dios es Perfección en todo cuanto nosotros podamos imaginar. Dios es Justicia Perfecta, Armonía Perfecta, Sabiduría Perfecta; Dios es Perfecto Amor. A Dios no se Le puede ver, no es accesible a nuestros sentidos físicos, pero podemos "sentirLo", podemos "sentir" Su Amor hacia nosotros, ese Amor que se manifiesta al darnos Vida y darnos todo cuanto necesitamos para poder vivir.

Dios ha dado al hombre todo cuanto necesita para vivir, pero el hombre ha llenado su vida de difíciles problemas. Esas necesidades que tanto nos preocupan y desesperan, no son necesidades creadas por Dios, sino necesidades creadas por el hombre mismo.

No debemos pensar que nuestros dolores, preocupaciones y necesidades nos los "manda Dios"; todo ello es la lógica consecuencia de los errores humanos del pasado, así como será consecuencia de nuestros actos del presente todo lo que corresponderá a los hombres del futuro.

Para que nuestra vida humana tenga más Comprensión y Amor, Dios nos ha dado, además, INTELIGENCIA y SENTIMIENTO. La inteligencia nos permite comprender y asimilar todo lo que nuestra mente capta, y el sentimiento —nuestra capacidad de sentir— nos capacita para amar.

Nuestra inteligencia nos permite saber y reconocer que Dios existe, a pesar de que no podamos verLe, y nuestros sentimientos nos permiten amarLe y, a través del amor, unirnos a Él.

Aunque a Dios no podamos verLe —porque Dios es absolutamente Espiritual, no tiene forma— podemos ver Su Manifestación, es decir, la manifestación de Su Amor y Su Sabiduría, en todo lo que nos rodea.

Todo en nuestro mundo —el Hombre y la Naturaleza— y todo más allá de nuestro mundo —sol, estrellas, planetas y lo que aún desconocemos— es Creación Divina. A todo ello nos une fraternalmente la común Paternidad, que es, a la vez, expresión del inconmensurable Poder de Dios.

Dios es Padre Amoroso; Su Amor está en todos Sus hijos —humanos o no— y, en consecuencia, amando nosotros a todo lo que Dios ha Creado, estaremos unidos a Él, porque el Amor es el Camino que lleva hacia Dios.

Conscientes de que el Amor del Padre está en nosotros y de que Él es infinitamente Justo, Sabio y Poderoso, debemos vivir en la seguridad de que obrando en todo momento de acuerdo con Su Ley de Amor —lo cual significa vivir de acuerdo con Su Voluntad— estaremos siempre en condiciones de poder recibir manifestaciones de Su Amor y de Su Protección.

EL “CUERPO FÍSICO” Y EL “CUERPO ESPIRITUAL”

Existen en el hombre dos aspectos de Vida que no pueden ser negados: el aspecto físico y el aspecto Espiritual. En esta dualidad del ser humano, la acción del aspecto Espiritual es la que proporciona al hombre sus posibilidades de superarse constantemente, en procura de su perfeccionamiento.

Recibimos de nuestros padres el "cuerpo físico" —de origen humano— y de nuestro Padre Espiritual, Dios, recibimos el "cuerpo Espiritual" —de origen divino—. Nuestro "cuerpo Espiritual" es aquella parte de nuestro ser que, aun cuando se manifiesta por medio de nuestro "cuerpo físico", no puede ser captada por ninguno de nuestros sentidos físicos.

La inteligencia, por ejemplo, pertenece a nuestro "cuerpo Espiritual", y si bien se manifiesta a través de nuestro cerebro, no nos es posible verla ni captarla físicamente. Lo mismo ocurre con los sentimientos, que pueden ser expresados, pero que tampoco pueden ser captados físicamente. Nuestros padres nos proporcionan el "cuerpo físico", que necesitamos para vivir físicamente; pero ellos no pueden darnos la inteligencia ni la capacidad para amar, que solamente Dios nos las puede dar.

El hombre está, pues, formado por "elementos divinos", provenientes de Dios, y "elementos humanos", provenientes de sus padres. Esos "elementos divinos" constituyen nuestro "cuerpo Espiritual", que, para manifestarse, utiliza los "elementos humanos", que constituyen nuestro "cuerpo físico".

El "cuerpo Espiritual" transmite la Vida a nuestro "cuerpo físico", y merced a él podemos vivir, amar, sentir y pensar. El "cuerpo Espiritual", que, repetimos, solamente Dios nos lo puede dar, es el que nos capacita para progresar. El "cuerpo físico" sirve de instrumento para la acción de nuestro "cuerpo Espiritual" y por medio de él podemos manifestar la Vida, podemos manifestar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, y podemos actuar de acuerdo con nuestra voluntad.

Como vemos, ambos "cuerpos" —el visible y el invisible— se complementan y necesitan recíprocamente, porque el "cuerpo espiritual" no puede manifestarse sin el "cuerpo físico", y el "cuerpo físico" no tendría Vida sin el "cuerpo Espiritual".

LA PRESENCIA DEL AMOR DE DIOS

El Amor Divino está presente en todo lo que nos rodea. Podemos hallar Su Presencia, poderosamente Manifestada, no solamente en nosotros, sino también en los tres Reinos de la Naturaleza; todo el Universo es un portentoso Testimonio del Amor Divino.

Dios Ama Creando, y lo Creado por Él es Su Amor Manifestado, tanto en la callada maravilla de la piedra o de la simiente, como en la floración magnífica de las más grandes y plenas Realizaciones del Universo.

El Amor Divino es Creador y su Obra es indestructible. Dios Crea y jamás destruye, sino que transforma, y aun bajo apariencias de destrucción, sólo se están operando transformaciones.

El Poderoso Amor Divino Trabaja constantemente y la Vida por Él Creada es atendida en todas sus necesidades. Como humanos tenemos a nuestro alcance todo cuanto nos es necesario para poder vivir felices, pero es preciso nuestro amor y nuestro trabajo para que podamos lograrlo y disfrutarlo.

Debemos trabajar en forma constante —ya sea con nuestras manos o con nuestra mente— tratando de obtener y producir, con todo lo que el Amor Divino ha puesto a nuestro alcance, lo necesario para cubrir, no solamente nuestras necesidades, sino también las necesidades de quienes están incapacitados para obtenerlo por sí mismos. Es decir que debemos tener presente no sólo nuestras necesidades y las de nuestra familia, sino también las necesidades de quienes se ven privados de la posibilidad de atenderlas por sí mismos, destinando parte de lo que obtengamos a aliviar esa situación, ya sea directamente o colaborando en obras de bien. El amor que en ello pongamos nos hará sentir realmente felices, porque el amor es dádiva permanente.

Lo que la Vida nos da —salud, inteligencia, prosperidad, facilidad para aprender, para trabajar— son medios que el Amor Divino nos proporciona para utilizarlos no solamente en nuestro propio beneficio, sino también para ayudar a quienes no los poseen, haciéndolos así partícipes de lo que nos ha sido dado.

Si nosotros poseemos lo que a otros les falta, debemos considerarnos Mensajeros del Amor Divino para acercar Su Ayuda a los demás, y hacerlo será un verdadero placer si nos

consideramos y nos sentimos hermanos de todos y a todos amamos. Quien hace uso egoísta de lo que ha recibido demuestra no ser merecedor de poseerlo.

PARA QUÉ VENIMOS AL MUNDO

El hombre posee —como ya sabemos— un "cuerpo Espiritual", de origen divino, y un "cuerpo físico", de origen humano, a través del cual puede manifestarse y actuar en nuestro mundo el "cuerpo Espiritual". Cuando el hombre nace, el "cuerpo Espiritual", de Vida eterna, se incorpora al "cuerpo físico", de vida limitada, y es nuestra Vida verdadera —nuestra Vida Espiritual— la que permite y alienta la vida de nuestro cuerpo físico. La Vida Espiritual tiene una meta que alcanzar; esa meta es la Perfección y debemos trabajar permanentemente para lograr la Perfección. Cuando ese trabajo se realiza en el Espacio —que es la Patria Espiritual— no es necesaria la incorporación a un cuerpo físico, porque en el Espacio se trabaja sin él, pero, cuando el trabajo debe realizarse en la Tierra, que es un mundo físico, necesitamos imprescindiblemente un cuerpo también físico para poder actuar y realizar nuestro esfuerzo de perfeccionamiento.

En consecuencia, ¿para qué venimos al mundo? Venimos para trabajar en nuestro constante esfuerzo de perfeccionamiento. ¿Es imprescindible para nuestro perfeccionamiento trabajar en un mundo físico como es la Tierra? Sí; es imprescindible, porque debemos aprender a reconocer y a superar todas las "tentaciones" que se nos presentan en este mundo, las que, en nuestro camino hacia la Perfección, constituyen obstáculos que debemos salvar.

La lección primera que debemos aprender es la lección del Amor. Venimos a la Tierra para aprender a dar Amor, en toda y cualquier circunstancia que el mundo nos presente. Para poder alcanzar nuestra meta, para poder llegar a la Perfección, debemos haber aprendido a Vivir observando la Ley Divina del Amor bajo cualquier circunstancia, por difícil que sea. Con la Vida hemos recibido de Dios Su Amor y la capacidad de amar. El Amor es la Fuerza propulsora de nuestro Progreso Espiritual; por lo tanto, en el largo camino que debemos recorrer en procura de la Perfección, necesitamos aprender a amar a todos y a todo, tal como Dios nos Ama, por el Amor mismo.

Cuando vivimos como humanos, es decir, cuando nuestro "cuerpo Espiritual" — al que denominaremos "alma"— se encuentra incorporado a nuestro "cuerpo físico", olvidamos frecuentemente nuestra necesidad de dar siempre amor, y en lugar de amar a los demás, concentramos nuestro amor en nosotros mismos; en vez de preocuparnos por el bien de los demás, sólo nos preocupamos por el bien de nosotros mismos. Amamos excesivamente a

este cuerpo físico precario, que es nuestro instrumento de un "momento", dentro de la eternidad de nuestra Vida.

Esto nos obliga a repetir muchas veces la misma experiencia, es decir, a vivir muchas veces como humanos, hasta que hayamos aprendido a amar a los demás, por lo menos tanto como nos amamos a nosotros mismos. Repitiendo las experiencias es como lograremos, finalmente, aprender la lección principalísima de nuestra necesidad de dar siempre amor, en todo momento y bajo cualquier circunstancia.

Si analizamos nuestros sentimientos y pensamientos hacia los demás, comprobaremos cuánto nos falta aprender, todavía, sobre la importantísima lección del Amor; es decir, cuánto nos falta aún para vivir de acuerdo con la Voluntad de nuestro Divino Padre.

INTELIGENCIA Y SENTIMIENTO

La inteligencia, es decir, la capacidad de pensar, comprender, aprender y discernir que poseemos, así como nuestro sentimiento, o sea la capacidad de amar, son facultades inherentes a nuestro "cuerpo Espiritual"; por lo tanto, son facultades que hemos recibido de Dios y que nos ayudan muchísimo en el esfuerzo permanente que debemos realizar a fin de lograr nuestro perfeccionamiento.

Esas facultades Espirituales, que facilitan nuestro esfuerzo de perfeccionamiento, sólo deben ser utilizadas para el bien; sin embargo, muy frecuentemente el hombre las utiliza en contra de sí mismo, aun cuando él suponga lo contrario.

Por ejemplo: cuando alguien utiliza su inteligencia para inventar un arma destructora, aunque ese invento le reporte grandes utilidades y beneficios materiales, esa persona no utilizó su inteligencia para beneficiarse —como sin duda ella supone sino, por el contrario, la utilizó para perjudicarse, porque deberá responder ante la Justicia Divina por la destrucción y el dolor sembrados por su invento.

La deuda que así ha contraído con la Ley Divina —que nos manda amar y no dañar— deberá saldarla su alma, que necesitará realizar nuevas y repetidas experiencias humanas, a fin de aprender que el don divino de la inteligencia debe ser utilizado exclusivamente de acuerdo con el Mandato Divino del Amor.

Teniendo en cuenta que la verdadera Patria de nuestra alma es el Espacio, donde puede Vivir en libertad, reconoceremos que verse obligada a vivir en la Tierra, incorporada a un cuerpo físico, es para ella un gran sacrificio, sacrificio que, sin embargo, necesita

ineludiblemente realizar a fin de aprender a vivir de acuerdo con la Ley Divina del Amor bajo cualquier circunstancia. En consecuencia, cuanto antes aprenda el alma su lección de Amor, antes, también, terminará su necesidad de trabajar para perfeccionarse, ligada a un cuerpo físico.

Lo que ocurre con la inteligencia ocurre también con la facultad Espiritual de Amar que Dios nos ha dado. Si en lugar de dar nuestro amor a los demás, nos amamos a nosotros mismos, al invertir ese sentimiento generador de paz, comprensión y armonía, lo transformamos en amor propio, que es generador de ambiciones, odios, rencores y guerras; como consecuencia, contraemos numerosas deudas con la Ley Divina, ante la cual deberemos responder por todo el mal que con ello hayamos producido u originado.

Nunca olvidemos que todo lo que recibimos de Dios en bienes espirituales o materiales, debe ser utilizado siempre exclusivamente para el bien. Ante cualquier bien —de índole Espiritual o material— que poseamos, debemos considerarnos "administradores" de ese bien y utilizarlo para beneficiar al mayor número posible de seres, recordando que en la gran "Familia Humana" todos somos y debemos sentirnos hermanos y, por lo tanto, todos debemos amarnos y ayudarnos recíprocamente.

SEPAMOS AGRADECER

En el diario trato humano encontramos personas que agradecen los favores que reciben y también personas que parecieran no saber agradecer.

Quienes son orgullosos se suponen con derecho a ser favorecidos y creen que se desmerecerían a sí mismos si demostraran agradecimiento. En cambio, quienes son humildes de espíritu sienten como un gran bien el favor recibido y lo agradecen íntimamente. Al hacer un favor, prestar ayuda o dar socorro, no debemos esperar ni siquiera pensar en recibir por ello agradecimiento; pero sí debemos, en cambio, aprender a ser agradecidos.

La mejor forma de agradecer a Dios cuanto de Él recibimos es amando a nuestros semejantes y procurando hacerlos partícipes de los bienes que nosotros disfrutamos. Tengamos en cuenta que no solamente son bienes aquellos que nos proporcionan comodidades o bienestar físico, sino que también son grandes bienes los *conocimientos nuevos* que vamos adquiriendo; por lo tanto, debemos procurar que esos *conocimientos nuevos*, que a nosotros nos benefician, puedan también beneficiar a los demás.

Nuestro pensamiento deberá elevarse a Dios en agradecimiento, en todas y cualesquier circunstancias de la vida diaria, y al terminar por las noches nuestra jornada

deberíamos decir con amor a nuestro Divino Padre: "GRACIAS, PADRE MÍO, POR TODO LO QUE ME HAS DADO".

En todas las circunstancias de nuestra vida humana, aun en aquellas más dolorosas, siempre está presente el Amor Divino. Esto iremos comprendiéndolo cada vez mejor a medida que vayamos adquiriendo Conocimiento de la Vida, pero debemos tener la seguridad de que Dios, que es Amor, sólo desea la felicidad de Sus hijos. Si nuestra mente rechaza la idea de padres sin amor hacia sus hijos, de padres que no se preocupen por el bienestar de sus hijos, ¿cómo podríamos suponer que el Padre Perfecto pudiera despreocuparse por la felicidad de Sus criaturas?

Nosotros, sólo nosotros, hemos originado y nos hemos atraído todos los males que padecemos, los cuales, sin embargo, la Bondad Divina transforma en bienes inestimables asignándoles el carácter de *experiencias*, que nos enseñarán, paulatinamente, a vivir de acuerdo con la Ley Divina del Amor, es decir que, a través de esas experiencias, aprenderemos a vivir de acuerdo con la Voluntad Divina, única forma en que nos será posible hallar felicidad.

A TODOS DEBEMOS AMAR

Dios nos Creó a todos exactamente iguales; no estableció entre nosotros ninguna separación. Las separaciones, todas las separaciones, son obra exclusiva de los hombres, obra dictada por su ambición y su egoísmo, porque el hombre no ha querido, hasta ahora, reconocer que todos somos hermanos.

Por lo tanto, nuestro amor no debe hacer distingos ni separaciones. Debemos amar y respetar del mismo modo al humilde y al poderoso, a quien profesa nuestra religión y al que no la profesa, a quien piensa y siente como nosotros y al que piensa y siente diferentemente; a todos debemos amar por igual, sea cual fuere su raza o nacionalidad. *Comencemos desde ya a mirarnos, los unos a los otros, como verdaderos hermanos* y a derribar las barreras que han levantado el desamor y el egoísmo de los hombres.

Vayamos hacia el verdadero Ideal de Amor y de Justicia. Comencemos a mirar con amor a todas las personas —hombres, mujeres, niños— de cualquier nacionalidad, de cualquier religión o de cualquier raza que sean. Ayudemos al débil, al incapacitado, al necesitado, y colaboremos en toda obra de bien común con desinterés y perseverancia; despertaremos así el amor que mantenemos "dormido" en nuestra alma y entraremos, para nuestra ventura, en la verdadera fraternidad.

Acostumbrémonos, paulatinamente, a preocuparnos por el bien de quienes nos rodean, cuidando a la vez que ese bien que hagamos pase desapercibido. Podremos así tener la satisfacción íntima de haber hecho algo acorde con la Voluntad de Dios-Amor y entonces, Su Amor nos lo retribuirá. Si al hacer el bien esperamos o deseamos que nos lo retribuya la persona que lo ha recibido, estaremos pretendiendo un "pago" y entonces no podremos esperar recibir también el "pago" divino; serían dos "pagos" por una misma acción; debemos elegir, sin lugar a dudas, el "pago" divino.

El maravilloso tesoro del Amor que hemos recibido con la Vida debemos prodigarlo, porque amar sin esperar retribución alguna es fuente inagotable de alegría y de felicidad, felicidad y alegría que damos y recibimos, porque quien así ama se siente constantemente feliz. Toda dádiva amorosa proporciona mayor satisfacción a quien la realiza que a quien la recibe.

El amor es la base para una feliz convivencia y es la fuerza que mantiene a los hombres armónicamente unidos. Por lo tanto, en nuestro trato diario con los demás debemos, en todo momento, pensar y proceder con amor.

Es importantísimo que *los niños* —que son los hombres del futuro— sepan que *deben comenzar desde ya a pensar y obrar con amor*, en todo momento y en toda circunstancia. Se logrará así un mundo sin odios, un mundo de comprensión y de paz, en el cual los hombres vivirán en verdadera fraternidad.

NUESTROS "SENTIDOS FÍSICOS" Y NUESTROS "SENTIDOS ESPIRITUALES"

Sabemos que el ser humano posee dos "cuerpos", un cuerpo físico y un "cuerpo Espiritual". El cuerpo físico permite al hombre tomar contacto con todo lo físico que le rodea y el cuerpo Espiritual le permite tomar contacto con todo, sea físico o Espiritual. Ese contacto Espiritual puede realizarse en forma perceptible o en forma imperceptible para nosotros, es decir que en ciertos casos podemos comprobarlo y en otros casos no nos percatamos de él.

Como humanos, sentimos frecuentemente el deseo de acercarnos a las personas que nos son queridas, especialmente a nuestros padres, y como hijos de Dios deseamos, también, acercarnos —Espiritualmente— a nuestro Padre Espiritual. Cuando nos acercamos a nuestros seres queridos experimentamos una dulce sensación de alegría y bienestar interno, que es efecto del amor que les profesamos y que ellos sienten por nosotros, y cuando, elevando a Dios nuestros pensamientos y cumpliendo con Su Ley de Amor, logramos establecer "contacto" con Él, sentimos también una sensación de intensa felicidad e íntimo bienestar,

porque nuestra alma Ama a Dios profundamente y sobre todas las cosas y Él nos Ama infinitamente.

Cuando, por ejemplo, encontrándonos lejos de nuestros seres queridos, sentimos el deseo de acercarnos a ellos, pero no nos es posible hacerlo físicamente, ¿qué hacemos? Nos acercamos con nuestros pensamientos y con nuestro amor, es decir, mediante las facultades de pensar y de amar que nos proporciona nuestro "cuerpo Espiritual".

En la misma forma, con nuestra mente y con nuestro Amor podemos lograr "contacto" con Dios. A Dios no podemos verLe como vemos mentalmente a las personas, pero, en cambio, podemos "sentirLe", pues, al acercarnos a Él con nuestro Amor y nuestra mente, experimentaremos una sensación de intensa felicidad, que es la felicidad del hijo al acercarse a su Padre Amado.

DIOS TODO LO PENETRA Y TODO LO VE

Dios está en todas partes, absolutamente en todas; por lo tanto, Él puede conocer no solamente lo que nosotros hacemos, sino también lo que nosotros pensamos y sentimos. Nada hay que pueda quedar oculto para Dios; El puede penetrarlo todo. La Presencia de Dios está en todas partes y, por lo tanto, también en nosotros.

Para poder darnos cuenta de cómo Dios puede estar, a la vez, en todas partes, pensamos en el Sol. El Sol puede estar en todas partes a la vez, de acuerdo con la forma de la Tierra. Como el Sol es físico, podemos resguardarnos de él e impedir que nos llegue, pero Dios es Espíritu y todo lo penetra; en consecuencia, Él puede "ver" tanto nuestro "cuerpo físico" —en lo externo y en lo interno— como nuestro "cuerpo Espiritual" y todo lo que hay en él, es decir, nuestros pensamientos y sentimientos.

Si aparentamos ser buenos pero no lo somos, podríamos llegar a engañar a las personas, pero nunca podremos engañar a Dios, pues Él nos penetra y conoce perfectamente nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Nuestros pensamientos y sentimientos negativos, es decir, pensamientos y sentimientos que no están de acuerdo con la Ley Divina del Amor, "enlodan" nuestro "cuerpo Espiritual", que se hace, así, más "pesado" y, entonces, no le es posible elevarse hacia Dios.

Como nuestro "cuerpo Espiritual" ansía y necesita acercarse a Dios, al no poder hacerlo debido a nuestros pensamientos y sentimientos negativos, sufre, y nosotros comenzamos a experimentar "dolores Espirituales" que nos quitan la alegría y la felicidad, y si persistimos en nuestros pensamientos y sentimientos negativos, esos "dolores Espirituales"

podrán, también, enfermar nuestro "cuerpo físico", pues —como ya sabemos— nuestro "cuerpo Espiritual" se manifiesta a través de nuestro "cuerpo físico".

NECESIDAD DE PENSAR Y SENTIR BIEN

La Ciencia médica está ya convencida de la enorme importancia que tiene sobre nuestro cuerpo físico, nuestro estado espiritual.

Así como es cierto que muchísimas enfermedades tienen su origen en nuestros pensamientos y en nuestros sentimientos, también es cierto que podemos mejorarnos y hasta curarnos de muchas enfermedades con nuestros pensamientos y con nuestros sentimientos de fe y de optimismo.

Esa influencia se debe a que nuestro "cuerpo Espiritual" penetra todo nuestro cuerpo físico. Por lo tanto, si nuestra alma —que es parte de nuestro "cuerpo Espiritual"— enferma al influjo de malas pasiones, malos sentimientos, malos pensamientos, todo ese mal habrá de reflejarse y manifestarse también en nuestro cuerpo físico.

Los sentimientos profundamente perjudiciales a que estamos más expuestos son: el amor propio, la ambición, el orgullo, la envidia, el rencor, el odio, la ira. Estos sentimientos y los pensamientos y deseos que ellos engendran, nos perjudican y enferman psíquicamente y físicamente, y al traducirse en hechos en nuestra vida de relación —individual o colectiva— han sido —y lo son aún hoy— origen de antagonismos, luchas y guerras, cuyas consecuencias recaen sobre toda la humanidad, presente y futura.

La ambición, el rencor y el miedo han enfermado las almas y, simultáneamente, han aumentado los desequilibrios mentales, las depresiones, las angustias...; la relación es innegable.

Nuestra fuerza espiritual positiva tiene infinitas posibilidades de Bien; su acción puede contrarrestar toda acción negativa.

Perdonemos a quienes nos molestan, nos dañan, nos hieren. No debemos responder a la ofensa con la ofensa ni debemos olvidar que quien nos hiere —porque no nos ama o es rencoroso o iracundo— es un hermano que tiene enferma su alma. Nuestro deber es, en consecuencia, responder a su ofensa con pensamientos y palabras de conciliación, y si no logramos así calmarle, alejémonos de él, pero enviándole pensamientos cariñosos y deseos de que pueda curar su enfermedad espiritual.

Si, por el contrario, respondemos a la ofensa con la ofensa, nos contagiaremos su "enfermedad", pues permitiremos que penetren en nuestra alma esas terribles toxinas

espirituales, que la enfermarán, exponiéndonos a enfermar también nuestro cuerpo físico y quebrantar peligrosamente nuestra salud. Vemos, pues, que nosotros mismos nos atraemos males y enfermedades cuando no vivimos de acuerdo con la Divina Ley del Amor.

Perdonar y olvidar las ofensas nos liberará de muchos pensamientos y sentimientos negativos y sus consecuencias. Tengamos presente que para vivir sanos y felices es imprescindible mantener puro y limpio nuestro "cuerpo espiritual", debiendo pensar, sentir y desear siempre bien, no solamente para nosotros mismos, sino también para todos los demás.

LA HUMILDAD

Con frecuencia hemos oído hablar de los "humildes" y los "poderosos", así como hemos oído también hablar de los "humildes" y los "orgullosos". Vemos que, en ambos casos, damos a la humildad un sentido y un valor completamente diferentes. En el primer caso hacemos de la humildad un sinónimo de pobreza y en el segundo aplicamos el calificativo de humilde a quienes ocultan o tratan de ocultar sus valores, sean éstos morales o materiales.

Aun cuando esta última interpretación se acerca más a la realidad, no define con exactitud lo que es en verdad la humildad. *La humildad es un estado del alma* al cual se llega mediante la comprensión exacta de nuestra pequeñez en ese conjunto maravilloso e infinito de la Creación en el cual vivimos, y de lo mucho, muchísimo, que necesitamos aprender y experimentar para perfeccionarnos y lograr así la armonía con ese Todo Perfecto del que formamos parte.

Todo lo que podamos obtener y poseer en este mundo —belleza, dinero, bienes, poder— nada significan para nuestra verdadera Vida, la Vida Superior, la Vida que perdura; vemos, pues, cuán ilógico es ambicionar tanto o enorgullecerse de poseer algo que habrá de durar tan poco tiempo. Ningún bien material nos pertenece realmente, porque si nos perteneciera podríamos llevárnoslo al abandonar este mundo, y, en cambio, sabemos perfectamente que no nos es posible llevarnos absolutamente nada. El único bien que podemos llevarnos, porque nos pertenecerá por siempre, es el bien que hayamos hecho con amor y por amor.

Debemos considerar los bienes materiales o el poder que obtengamos o recibamos, como "medios de acción" para trabajar por el bien común, haciendo partícipes de sus beneficios a quienes carecen de ellos, y no sentirnos "poseedores" exclusivos y menos aún enorgullecernos.

Pensando y obrando en esa forma nos acercaremos paulatinamente al verdadero estado de humildad que nuestra alma debe alcanzar. Cuando nuestra alma haya logrado ese maravilloso estado de humildad podremos sentirnos felices en cualquier situación de nuestra vida, porque no nos sentiremos humillados ni menoscabados ante nada ni ante nadie, sino que estaremos siempre dispuestos a ayudar a todo el que necesite de nosotros, seremos comprensivos con los errores ajenos, aun cuando esos errores nos perjudiquen, y aceptaremos sin rebeldía todo lo que nos corresponda sobrellevar en nuestra vida.

La humildad no significa pobreza, porque —como dijimos— la humildad es un estado que el alma ha logrado, y así como podemos vivir en la pobreza y ser orgullosos, también podemos vivir en la opulencia —si así lo imponen las circunstancias— y ser perfectamente humildes, es decir, no sentir el menor orgullo por nuestra riqueza, sino considerarla como un instrumento de bien, como un medio de practicar la dádiva Amorosa. Ser humilde no significa, tampoco, despreciarse o subestimarse, sino vivir en paz interior sin pretender lo que no corresponde ni envidiar a los demás.

Si no les damos a las cosas humanas más valor del que realmente tienen, es decir el valor de algo completamente transitorio; si consideramos que venimos a este mundo solamente a trabajar para perfeccionarnos, durante un tiempo cortísimo en relación a la eternidad de nuestra Vida verdadera, y que todo aquello de que dispongamos en este mundo —poco o mucho, agradable o desagradable— es sólo el medio y el elemento que debemos utilizar para obtener los únicos bienes que nos pertenecerán por siempre, ni la vanidad ni el orgullo ni la envidia podrán dominarnos nunca. Así viviremos y trabajaremos en perfecto estado de humildad espiritual, que es la verdadera humildad, para la cual no existen barreras sociales, raciales ni de ninguna especie.

LA ENVIDIA

Evitemos siempre compararnos, condoliéndonos de nosotros mismos, con quienes disfrutan de lo que nosotros no podemos disfrutar; por el contrario, sintámonos siempre felices por el bienestar y la felicidad de los demás.

La envidia nace en nuestra alma cuando comparamos lo mucho que tienen los demás con lo poco que tenemos nosotros y lo que —según creemos— mereceríamos tener. De esa comparación, que nunca deberíamos hacer, surgen estados de tristeza, de verdadera aflicción, que pueden llegar a ocasionarnos intensos malestares morales y hasta físicos.

En esos estados enfermizos del alma, el envidioso se cree objeto de tremendas "injusticias", no solamente en el aspecto humano, sino también en el aspecto divino. En

nuestra vida, tal vez debamos sufrir muchas veces las injusticias humanas, porque todo lo humano es imperfecto; pero nunca, jamás, podríamos ser objeto de "injusticias" divinas, porque Dios es Perfecto. Por lo tanto, debemos tener completa seguridad de que todo lo que Dios permite para nosotros siempre habrá de beneficiarnos, aunque ahora no podamos comprenderlo así.

Quien cifra su felicidad sólo en la obtención de bienes, honores o poderes humanos, es fácilmente atacado por el tóxico espiritual de la envidia; pero, quien da a los bienes, honores y poderes humanos el escaso valor que realmente tienen, nunca llegará a sentir envidia, sino que, por el contrario, consciente de que los únicos bienes verdaderos son los que logra obtener nuestra alma mediante el esfuerzo y el constante trabajo de perfeccionamiento, se despreocupará de lo que tengan los demás y vivirá tratando de mejorar moralmente día a día, porque sabe que los bienes espirituales le servirán y los poseerá siempre, mientras que los bienes materiales le servirán y los poseerá sólo por el brevísimo período de una vida humana.

Alegrémonos del progreso de los demás sin envidiar nunca a nadie. Agradecemos constantemente a Dios todo lo que nos da —sea poco o mucho, a nuestro entender— en la seguridad absoluta de que Su Amor y Su Justicia habrán de dar siempre, a cada uno de Sus hijos, lo que cada uno debe recibir y en el momento que más convenga para su progreso espiritual.

Es preferible carecer de todo a poseerlo todo y utilizarlo mal, pues no poseyéndolo nos libramos de las dolorosas consecuencias que traería, a nuestra Vida Espiritual, el mal uso de los bienes recibidos.

Por lo tanto, debemos agradecer al Padre si nos da bienes, y también debemos agradecerle si no nos da bienes, porque en uno u otro caso estaremos recibiendo Su Amor y Su Protección.

CASTIGO Y JUSTICIA

Para aprender a vivir de acuerdo con la Voluntad y la Ley de Dios es menester que sepamos discernir QUÉ ES CASTIGO Y QUÉ ES JUSTICIA.

Cuando una persona daña a otra; cuando —por ejemplo— la golpea, ¿cuál es la reacción inmediata de quien ha recibido el golpe? En la mayoría de los casos, devolver el golpe. ¿Es eso justicia? No; es un castigo que esa persona desea aplicar a quien le hizo daño, a quien le proporcionó ese dolor, para que también él sufra y sienta un dolor igual o mayor que el suyo.

No es deseo de justicia, es deseo de castigo, y para vivir de acuerdo con la Voluntad de Dios es necesario tratar de eliminar ese deseo hasta llegar a no sentirlo en absoluto. Cuando alguien nos hace un daño, en lugar de sentir deseo de devolverle ese daño con otro igual o mayor, debemos perdonarle inmediatamente en nuestro corazón y pedir a Dios que le ayude iluminando su mente, para que también él llegue a comprender que no debe jamás dañar a nadie, sino que, por el contrario, debe amar a todos. Por mucho que alguien nos haya dañado, nunca deberemos olvidar que es nuestro hermano.

Ahora bien; cuando un ladrón —por ejemplo— roba, las personas perjudicadas no están autorizadas para darle el castigo que creen que él merece, sino que deben llamar a la policía para que lo detenga, y la policía deberá pasarlo al juez para que lo juzgue y le imponga la pena que merece de acuerdo con las leyes. Esto no es castigo sino justicia, porque las leyes han sido creadas para que, respetándolas, vivamos todos en paz, sin dañarnos nunca unos a otros, y para que aquel que obre mal recuerde que no debe volver a hacerlo.

En forma semejante obra Dios con nosotros mediante Sus Leyes. Por eso, quien obra mal, quien perjudica conscientemente a alguien, antes o después habrá de recibir, en una forma u otra, un perjuicio igual al que él ha causado conscientemente.

Cuando comprobamos esto pensamos, por lo general, que lo ocurrido es "castigo de Dios"; pero no es así, porque Dios jamás castiga. Si nosotros, que somos humanos y, por lo tanto, imperfectos, no debemos castigar sino dejar que obre la ley, pensemos que Dios —que es Perfección— jamás habrá de castigar sino que Obran Sus Leyes, Sabias y Amorosas.

Para poder vivir en armonía y dentro de la justicia, los hombres crearon leyes que señalan a todos lo que se debe y lo que no se debe hacer. Dios, que como Padre Amoroso de todos desea que Sus hijos vivan en paz y armonía, también creó Sus Leyes para Regir todo lo que existe. Esas Leyes, llenas de Sabiduría y Justicia Amorosa, Rigen todas las circunstancias de nuestra vida humana, así como Rigen también la Vida en el Universo todo. Todos nuestros actos, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos son "controlados" por las Leyes Divinas.

Si los hombres vivieran siempre de acuerdo con las Leyes Divinas, hasta serían innecesarias las leyes humanas; no habría cárceles ni habría necesidad de "castigos" legales, cosas éstas que ha sido necesario establecer en el mundo porque los hombres, sin duda por su desconocimiento de las Leyes Divinas, no viven de acuerdo con la Ley del Amor y con mucha frecuencia obran mal y se dañan mutuamente.

LA LEY DIVINA DEL AMOR

Todas las Leyes Divinas son expresión de la Sabiduría y la Justicia Amorosa de Dios, y todas emanan de la Ley principalísima —que podemos denominar "Ley Madre"— que es la LEY DEL AMOR.

El Amor es Fuerza Universal, Fuerza Creadora y la Expresión más fiel de la Realidad de la Vida Superior. La Vida manifiesta su Poder a través del Amor y todas Sus Leyes emanan de esa Ley Suprema que es, a la vez, Justicia absoluta.

Esa Fuerza de Amor, esa Fuerza Omnipotente, nos circunda y nos penetra, capacitando al hombre para dar, también, amor a quienes le rodean; por lo tanto, fácil nos será comprender que la causa de todos los males y dolores que la humanidad ha debido y debe soportar reside en la transgresión que, milenio tras milenio, viene realizando el hombre a esa Ley de la Vida.

El Amor es armonía, el desamor —por el contrario— es desarmonía; el Amor es dádiva constante, el desamor —en cambio— es egoísmo, con toda su perniciosa secuela de ambiciones, envidias y odios que, como trágica herencia, recibió la humanidad en cada generación.

Si pensamos detenidamente en lo que significa amarnos unos a otros, podremos percatarnos de que si nos amáramos nunca perjudicaríamos a otro, nunca dañaríamos a nadie, y si nadie dañara a otros, serían innecesarias muchas leyes humanas y sus penas, serían innecesarias las cárceles y los castigos que los hombres han debido crear.

Opongamos a las fuerzas destructoras generadas por los odios y ambiciones, la Fuerza poderosísima del Amor. Amemos a todos, aun a quienes pudiéramos suponer ya incapacitados para, reaccionar positivamente. Amemos en verdad, sin esperar respuesta que nos beneficie o nos halague; amemos por el íntimo placer de dar a los demás algo de ese invaluable tesoro que la Vida nos entrega, y no tardaremos en comprobar transformaciones maravillosas en quienes nos rodean.

Si amamos verdaderamente a una persona, jamás tendremos hacia ella pensamientos, deseos o acciones que le dañen o le perjudiquen, sino que, por el contrario, trataremos siempre de ayudarle y protegerle, y dentro de nuestras posibilidades procuraremos facilitarle todo aquello que necesite. En esa forma debería vivir la humanidad, pensando, sintiendo y obrando siempre de acuerdo con la Divina Ley del Amor.

Cualquier ley o precepto que sea contrario al Amor que debemos profesarnos los unos a los otros, es una ley o un precepto equivocado y, en consecuencia, no debemos seguirlo.

El egoísmo —o sea el exagerado amor a sí mismo— lleva a muchos hombres, tanto individual como colectivamente, a suponerse superiores a los demás, e imbuidos de ese erróneo concepto de superioridad pretenden imponer a los otros sus ideas y sus conceptos.

Quien incite al alejamiento o separación en virtud de diferencias de conceptos, de razas, de patrias, de religiones, procede en forma absolutamente contraria a la Voluntad Divina, que, como dijimos, nos señala el camino del amor recíproco.

Por lo tanto, aunque se nos incite a despreciar u odiar a otros, jamás deberemos hacerlo; por el contrario, deberemos recordar siempre que todos somos hermanos y que con nuestro amor podremos atraer hacia el «buen camino a quienes pudieran estar equivocados, mientras que con el desprecio o el odio los alejaremos todavía más.

El hombre no ha comprendido todavía que, así como tiene necesidad imprescindible de vivir de acuerdo con la ley humana, tiene aún más *necesidad de vivir de acuerdo con la Ley Divina*, y la Ley Divina nos manda Amar a todos y a todo.

Viviendo de acuerdo con la Ley del Amor nos sentiremos perfectamente felices, sin odios ni temores en el alma y sin el peligro de guerras. Así, cada país, en lugar de destinar enormes sumas de dinero y valiosa energía humana a prepararse para sembrar y recoger destrucción, podrá emplear ese dinero y esa energía humana para estimular el progreso, no sólo en el propio país, sino también en otros países más atrasados.

Meditemos en las innumerables vidas y las enormes sumas que el odio y la ambición, es decir la falta de Amor, han costado a todos los países, y cuán diferente sería la vida de los hombres, en todas partes del mundo, si ese enorme esfuerzo se hubiera empleado para hacer el bien por el bien mismo, es decir, hacer el bien sólo por amor.

SEPAMOS AMAR

Para el común de los hombres, el amor es algo sumamente limitado, porque sólo conciben el amor como un sentimiento humano, un sentimiento que no impone deberes pero otorga, en cambio, el derecho a esperar, cuando no a exigir, reciprocidad. El amor suele ser para los hombres, algo así como la proyección sobre otro ser del amor que se profesa a sí mismo y, por ello, casi siempre va acompañado de un intenso sentido o reclamo de posesión.

El amor más vehemente no está, casi nunca, exento del deseo imperioso de obtener una respuesta igualmente vehemente, y cuando no logra obtenerla, ese amor llega hasta a transformarse en un sentimiento rencoroso. Es que en ese juego de sentimientos, el Amor, el

verdadero Amor estuvo ausente, y el amor propio que alimentaba a aquel pretendido amor, al no obtener la anhelada correspondencia, se siente profundamente herido.

Cuando el amor es absolutamente puro, cuando no está empañado por ninguna finalidad personal y se prodiga sin esperar retribución alguna, su fuerza se magnifica, adquiriendo un maravilloso poder realizador, porque el alma que lo irradia, al interpretar en sí misma la Ley Universal del Amor, ha logrado plena armonía con la Vida Superior, cuya Fuerza puede así manifestarse a través de esa alma humana.

La excesiva autovaloración deriva nuestra capacidad de amar hacia nuestra propia persona, impidiéndole así expandirse e irradiarse, como es Ley, a esa maravillosa Fuerza que, impedida de "circular" para unir armónicamente a los seres, desviada de su Acción superior de Bien común, retenida en la exclusividad, se transforma en amor propio, en egoísmo, que se va intensificando y emplea la capacidad emocional del alma humana en todo lo opuesto al verdadero Amor. Así, el Amor que fue transformado en egoísmo, en lugar de dar, ambiciona y envidia, en vez de comprender y perdonar, odia y se venga, levanta barreras y separa en cambio de unir, sembrando y recogiendo desdichas en vez de felicidad.

Aun cuando en nuestro mundo señorea el dolor, anidando en las almas y en los cuerpos, nuestro mundo no nació "enfermo". La Vida, que es Perfecta, sólo tiene Obras perfectas, pero la Perfección exige, ineludiblemente, acatamiento a Sus Leyes. Viviendo en su Ley, viviendo en el Amor, sólo puede existir armonía, paz, progreso, felicidad; pero si su Ley es transgredida, el dolor llega, para llamarnos y despertarnos a la conciencia de nuestra imperiosa necesidad de amar.

EL AMOR UNIVERSAL

Cuando nos abstraemos en la contemplación de los astros, cuya luz llega a nuestra retina desde distancias inconmensurables, nos sentimos empequeñecer al establecer "contacto" consciente con esa conmovedora expresión de la Vida Universal.

Sin embargo, pocas veces nos detenemos a pensar que en ese maravilloso conjunto que vemos titilar en el espacio, cada astro significa un "punto" ubicado en un determinado lugar del Universo, un "punto" que no es ajeno a nosotros, porque estamos unidos a él en forma tal, que sus destellos impresionan, no solamente nuestros sentidos físicos sino también nuestra alma. Y son millones y millones los "puntos" del Universo con los cuales estamos unidos, y de esa unión podemos tomar conciencia a través de sutiles sensaciones, tan claramente como lo hacemos por medio de nuestros sentidos.

La conciencia de ese contacto, de esa innegable unión de nuestra pequeñez con el Universo infinito, nos conmueve algunas veces, hasta las lágrimas. Esas lágrimas no son un desborde sentimental, sino sencillamente producto de la corriente de Amor con la cual nos hemos conectado, de la corriente de Amor Universal que une a todos los planetas y a todos los astros y a todo lo que en los astros y en los planetas vive.

Y así, mediante la póderosa corriente de Amor, que es armonía y expresión de la Vida Superior en toda la Creación, está nuestro planeta unido al resto del Universo, recibiendo de él —de acuerdo con las Leyes Perfectas que lo Rigen— todo cuanto necesita en energías —ya conocidas o aún desconocidas por el hombre— lo cual es un aspecto de real fraternidad y constituye una forma de recibir el Amor Universal.

MEJOREMOS CADA DÍA

Aunque viviendo en la Tierra —este pequeño planeta que, como millones de otros planetas, gira constantemente en el espacio— podamos suponernos y hasta llegar a sentirnos lejos de nuestro Padre Divino, no olvidemos nunca que Él está presente en todo el Universo y, por lo tanto, también está presente en la Tierra y en nosotros mismos.

Dios es la Perfección y nosotros —sus pequeños hijos— somos, en cambio, muy imperfectos y poco meditamos sobre la Perfección Divina, que, sin embargo, vemos manifestada en todo. Su Amor Perfecto, Su Sabiduría Perfecta, Su Justicia Perfecta, están manifestados en todo lo que nos rodea y en nosotros mismos.

Las Ciencias estudian y reconocen la Perfección Divina manifestada en la Naturaleza y en el hombre. Sin embargo, en aquello que depende exclusivamente de nosotros, de nuestra voluntad, o sea en nuestros sentimientos y en nuestros pensamientos, somos aún muy imperfectos, y esa imperfección se debe a nuestra falta de amor.

Dios nos da Amor permanentemente y, así, nos enseña a amar; pero, nuestro egoísmo nos impide interpretar la Voluntad del Padre, que, al rodearnos con Su Amor, nos está expresando que como hijos Suyos debemos procurar imitarle, amando, a nuestra vez, a todos nuestros hermanos: hombres, animales, plantas y todo lo que Él ha Creado.

Debemos examinar diariamente nuestros actos, pensamientos y sentimientos, esforzándonos en eliminar de nosotros todo egoísmo, envidia, vanidad, rencor y desamor; debemos procurar ser cada día mejores. Dios, nuestro Padre, es nuestro ejemplo de Bondad y de Amor; Él es la Perfección y nosotros, Sus hijos, debemos asemejarnos a El, para lo cual tratemos de perfeccionarnos y acrecentar día a día nuestro Amor hacia todos.

Debemos obrar siempre el Bien, para los demás y para nosotros. No debemos suponer que dañándonos a nosotros mismos agradaremos a Dios; dañarnos, creyendo que con ello hacemos méritos ante Él, es un gran error, porque nuestro Padre, que tanto nos Ama, desea que vivamos felices y que mantengamos nuestro cuerpo en el mejor estado de salud posible, pues nuestra alma podrá Trabajar y Servirle mejor con un cuerpo sano.

Esforcémonos en eliminar nuestros malos hábitos; insistamos, día a día y en todo momento, en transformar en positivo todo lo que, en nosotros, sea negativo. En esa forma iremos mejorando, nos iremos perfeccionando y seremos dignos hijos de nuestro Padre Divino, que es Perfecto. Encaminemos, pues, nuestra vida hacia nuestro perfeccionamiento en todo sentido.

LA CONCIENCIA

Muchas veces nos sentimos perplejos ante hechos que no sabemos si debemos o no debemos realizar, porque no logramos discernir si lo que deseamos o pensamos hacer es, en realidad, bueno o malo.

Para lograr la seguridad de que es bueno o malo lo que deseamos hacer, es necesario analizar minuciosamente el hecho, a fin de comprobar si podría —en alguna forma— perjudicar a alguien o a algo, en cuyo caso deberemos rechazarlo como contrario a la Ley del Amor y, en consecuencia, indigno de nosotros.

Sin embargo, en aquellas oportunidades en que el deseo de realizar algo es muy intenso, nos sentimos poco dispuestos a efectuar ese análisis y, así, llegamos a acostumbrarnos a obrar sólo a impulsos de nuestro deseo, sin preocuparnos por las consecuencias que nuestros actos pudieran tener para otros.

Cuando obramos así es porque nos domina el egoísmo; si en esos casos nos examináramos íntimamente, comprobaríamos que, a pesar de hacer lo que deseamos, no nos sentimos realmente satisfechos. "Algo" en nuestro interior, "algo" que no podemos definir, censura nuestro proceder y nos impide disfrutar plenamente de lo que hemos logrado.

Ese "algo" es la propia Conciencia, cuya "Voz" sin palabras aprueba o repudia nuestros actos desde que nacen en el deseo y toman forma en nuestra mente.

¿Qué "misterios" de la Vida Espiritual encierra la Sabiduría innegable y la fuerza incontrastable de su fallo? ¿Cómo explicarnos la diferencia evidente entre la Conciencia de unos y de otros, según su capacidad para discernir? Es que la Vida Espiritual se expresa más

ampliamente a través de mentes adelantadas; pero, también, a través de nuestra Conciencia, la Vida exige más a quienes ha dado más, en inteligencia y en capacidad para discernir.

Nuestra Conciencia pertenece a nuestro "cuerpo Espiritual" y ella nos capacita para saber, en cualquier momento o circunstancia, si lo que deseamos o pensamos hacer —o lo que hemos hecho— es bueno o es malo.

Por eso, cuando tengamos dudas sobre si es bueno —o no— lo que deseamos hacer, deberemos pensarlo hasta que sintamos la seguridad de que eso que deseamos hacer está bien. Esa seguridad sólo puede dárnosla nuestra Conciencia.

La Conciencia es una guía insustituible que nos acompaña durante toda nuestra vida; cuanto mayor experiencia adquirimos, cuanto más aprendemos, más fácilmente podemos interpretarla y reconocer la sabiduría innegable que encierra siempre su fallo.

Debemos aprender a percibir y reconocer la "Voz" de la Conciencia; así aprenderemos a discernir y *no nos confundiremos haciendo lo que nos agrada en lugar de hacer lo que debemos.*

LA "VOZ" DE LA CONCIENCIA

Todos los hombres tienen su propia Conciencia; pero, en algunos, la "Voz" de la Conciencia es muy débil porque está sofocada por el egoísmo; en cambio, en aquellos que saben amar, la "Voz" de la Conciencia es clara y siempre es escuchada y obedecida.

Quien ama a todos y a todo evita siempre la discordia y la crítica, y evita también castigar a un animal o destruir innecesariamente una planta. Si en alguna oportunidad llega a hacerlo, su Conciencia se lo reprocha severamente, produciéndole intenso malestar y arrepentimiento, lo cual le ayudará a no hacerlo nuevamente.

Nuestra Conciencia es parte integrante de nuestro ser y, a través de ella, nuestro Padre Divino nos señala la necesidad inexcusable de vivir de acuerdo con su Ley, que es siempre Amor.

Suele suponerse, erróneamente, que "no haciendo mal a nadie" se ha cumplido ya con la Ley Divina y que es innecesario preocuparse por hacer el bien. "No hacer mal" no es "practicar el bien", y la Ley Divina reclama de nosotros la práctica constante del bien. Practicar el bien con absoluto desinterés ayuda al hombre a mantenerse en tónica positiva; en cambio, limitarse a "no hacer mal" es encerrarse en el egoísmo —que es siempre negativo— eludiendo la responsabilidad de ayudar en todo lo posible —moral y materialmente— a quienes lo necesitan.

La Conciencia es una fuerza interna poderosísima que tenemos el deber de fomentar y cultivar, requiriéndola y utilizándola constantemente en todas las circunstancias de nuestra vida. Todo lo que hagamos deberá ser sometido antes al control de nuestra Conciencia; así nos capacitaremos para reconocer perfectamente su "Voz", que nos dirá claramente lo que es bueno y lo que es malo.

Permanentemente somos requeridos por "lo bueno" y por "lo malo"; pero, si nuestra decisión obedece la "Voz" de nuestra Conciencia, nuestra acción será siempre positiva y los requerimientos negativos serán cada vez menos imperiosos. Si, en cambio, desobedecemos o no consultamos nuestra Conciencia y atendemos los requerimientos negativos que nos hacen el egoísmo, la ambición, el rencor, la ira y demás, nuestra Conciencia, cuya "Voz" no es posible acallar con placeres ni con poder ni con gloria, gritará su descontento hora tras hora y nuestra vida no podrá ser feliz hasta que logremos encauzarla por el camino del amor y del bien.

Dedicar unos minutos diarios al examen de nuestros hechos y pensamientos, requerir el juicio de nuestra Conciencia, escuchar y obedecer su "Voz", nos permitirá elegir siempre el camino seguro, camino que podrá ser difícil o doloroso algunas veces, pero que es el único que nos proporcionará la invaluable satisfacción de sentirnos en paz con nosotros mismos y en armonía con la Ley de Dios, que es la Ley que Rige la Vida.

LAS LEYES DIVINAS

Para vivir de acuerdo con la Voluntad de nuestro Padre —expresada en la Divina Ley del Amor— debemos amar a todos y a todo; por eso, cuando transgredimos esa Ley y obramos, sentimos o pensamos con desamor, nuestra Conciencia nos lo reprocha severamente.

Nuestros pensamientos, deseos y sentimientos —aunque no se hayan traducido en hechos— tienen enorme fuerza, y al proyectarse sobre alguien pueden producirle mucho bien o mucho daño.

Algunas veces hemos podido comprobar que cuando se ha pensado o deseado mal para una persona, algo malo le ha ocurrido. Esto demuestra que nuestros pensamientos tienen fuerza, y si esa fuerza la empleamos negativamente, o sea para mal, casi con seguridad produciremos hechos perjudiciales —y en consecuencia dolorosos— para otros, aunque tal vez no llegemos a enterarnos de ello.

Si cuando obramos en contra de las leyes humanas debemos responder ante ellas y pagar el tributo que nos imponen, acorde con lo que hemos hecho, no podemos suponer que, obrando en contra de las Leyes Divinas, nada habrá de ocurrirnos.

Las leyes humanas son aplicadas por los hombres —después de juzgar los hechos— de acuerdo con su propio criterio, y como el hombre es imperfecto, puede equivocarse. Las Leyes Divinas, en cambio, son perfectas y responden siempre *exactamente* a nuestros hechos, sentimientos o pensamientos, sean éstos de bien o de mal.

Nuestros pensamientos, sentimientos y deseos son juzgados por las Leyes Divinas, y Ellas, en su momento, producirán para nosotros hechos felices o hechos dolorosos, exactamente acordes con la felicidad o el dolor que nosotros hemos proporcionado a otros. Esto no significa, sin embargo, que las Leyes Divinas nos castigan. No; las Leyes Divinas jamás nos castigan, pero devuelven a cada uno —en bien o en dolor— tanto como cada uno dio o deseó dar a otros; en uno u otro caso, las Leyes Divinas son siempre expresión de Amor.

Todo lo bueno que recibimos como respuesta de las Leyes Divinas a nuestros hechos de bien, nos fortalece moralmente y nos ayuda a perseverar en ello; el dolor que recibimos como respuesta de las Leyes Divinas al dolor que hemos causado, o deseado causar, nos recuerda que hemos obrado en contra de la Ley del Amor y nos ayuda a esforzarnos por no hacerlo nuevamente.

Vemos que las Leyes Divinas nunca nos castigan, ni aun cuando nos proporcionan dolor, porque es expresión de Amor el ayudarnos a mejorar y a perfeccionarnos, como es nuestra necesidad espiritual.

Las Leyes Divinas no pueden ser eludidas, pues nuestra vida se desarrolla íntegramente dentro de Ellas, en lo espiritual y en lo humano y, en consecuencia, Ellas habrán de responder siempre de acuerdo con nuestros actos, sentimientos y pensamientos.

Es decir que si *voluntariamente* hacemos bien, las Leyes Divinas nos devolverán ese bien, y si *voluntariamente* hacemos mal, las Leyes Divinas nos devolverán ese mal. Por lo tanto, recordemos siempre que *todo cuanto nosotros hagamos o deseemos hacer a los demás, a nosotros habrá de retornar.*

VIVIR EN ARMONÍA

Vivir en armonía es la base de la felicidad. En los hogares donde no hay armonía todos se sienten desdichados; en cambio, en aquellos hogares en que existe armonía hay felicidad, porque la armonía es expresión de amor.

Cuando se vive separados por recelos, rencores o enemistades, la mente y el alma se llenan de pensamientos y de sentimientos negativos que forman, alrededor de las personas, un "ambiente" sumamente desagradable que les impide hasta disfrutar de sus propias cosas hermosas. Ese "ambiente" hace que quienes se acercan a esas personas o las visitan, se sientan incómodos y deseosos de alejarse.

En cambio, cuando en un hogar existe armonía o cuando nos encontramos —en cualquier lugar— entre personas que se aman y se comprenden, nuestra alma se siente feliz y el "ambiente" que reina en esos hogares y que rodea a las personas que viven en armonía nos atrae, impulsándonos a acercarnos a ellas.

Por eso, para lograr una convivencia feliz es imprescindible procurar ayudarse, comprenderse y tolerarse unos a otros y, además, tener siempre pensamientos, deseos y acciones positivas para los demás. Imaginemos lo maravillosa que sería la vida en nuestro mundo si todos los hombres se sintieran amigos y hermanos de los demás y procuraran ayudarse y protegerse recíprocamente, en toda circunstancia.

Vivir en armonía unos con otros podrá impedir que se produzcan nuevas guerras. Es imprescindible que todos —mayores, jóvenes y niños— *comencemos desde este momento a vivir en armonía con los demás.*

En el hogar y fuera del hogar; con quienes viven cerca y con quienes viven lejos de nosotros; con todos los grupos de la humanidad, de cualquier país, de cualquier raza, de cualquier religión o posición social que sea, procuremos establecer contactos amistosos y armónicos.

En lo íntimo, en lo verdadero, *todos somos absolutamente iguales*, porque todos somos hijos de un Mismo y Único Padre: Dios; y Dios, al Crear, al dar Vida, no Crea superioridades e inferioridades. En consecuencia, nada ni nadie debe hacernos abandonar nuestra posición de Amor —que es amistad, comprensión, tolerancia y armonía— hacia todos los hombres del mundo.

Debemos utilizar la fuerza de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos para formar, en nuestro mundo, un "clima" de armonía cada vez más firme. Pensemos con amor en todos nuestros hermanos y rechacemos con todas las fuerzas de nuestra mente y de nuestra alma las ideas de antagonismos y guerras. Contribuiremos, así, a obtener en el mundo el "clima" de armonía imprescindible para que todos los hombres puedan sentirse felices y vivir en paz.

EL AMOR PROPIO

El hombre suele emplear en sentido inverso la maravillosa capacidad de amar con que Dios, al darnos vida, dotó a nuestra alma; así, en lugar de amar a los demás se ama intensamente a sí mismo. Eso constituye el "amor propio", que, como vemos, es contrario a la Ley Divina del Amor.

Así como el verdadero amor se traduce en comprensión y armonía, el amor propio — que es el amor invertido por el hombre— es causa de separaciones, rencores y odios. El amor verdadero nos induce a la dádiva y a la comprensión de las necesidades morales y materiales de los demás; en cambio, el amor propio nos hace egoístas, incomprensivos y ambiciosos.

El amor nos hace humildes con los demás y con nosotros mismos, porque cuando verdaderamente amamos, pensamos antes en los demás que en nosotros y nos alegramos de sus éxitos como si fueran nuestros; el amor propio, por el contrario, nos hace orgullosos, envidiosos y resentidos, porque para quien está poseído de amor propio es intolerable que alguien le supere o logre lo que él no puede lograr.

El amor propio ha ocasionado siempre —y continúa ocasionando— un enorme daño a los hombres, porque los sentimientos bajos que genera han llegado a dominar su alma, originando los grandes dolores que, bajo forma de guerras, invasiones, opresiones, esclavitud e injusticias, ha debido sufrir la humanidad.

Así como el amor lleva a las acciones más bellas y desinteresadas, el amor propio ha llevado y lleva a los hombres a los hechos más repudiados.

Los ambiciosos, los caudillos, los agitadores, los proselitistas, que quieren llevar a las masas humanas por el camino que conviene a su ambición, explotan con habilidad el amor propio de los hombres, transformándolo fácilmente en "amor propio colectivo", es decir, en amor propio del país, de raza o de cualquier clase de grupo —social, político, ideológico y hasta religioso—. De ese modo llevan fácilmente a las masas humanas por el camino de la guerra y el dolor, para servir a sus planes ambiciosos, haciéndoles creer que están defendiendo un ideal sublime o incitándoles a vengar "su amor propio herido".

Vemos cuánto mal ha traído y trae a los hombre el amor propio; sin embargo, tanto nos hemos acostumbrado a él, que lo consideramos algo muy natural y hasta solemos jactarnos de "tener mucho amor propio". Conociendo el enorme perjuicio que el amor propio trae a nuestra vida, tanto humana como espiritual —pues nos lleva a obrar en contra de las Leyes Divinas— debemos rechazarlo en todo momento e impedir que penetre en nosotros ese verdadero *veneno del alma*.

Muchas personas mayores creen, erróneamente, que benefician a los niños fomentando en ellos el amor propio mediante comparaciones con otros niños que sobresalen e incitándoles a superarlos, o bien ofreciéndoles premios o distinciones que testimonien su inteligencia o capacidad.

En esa forma, en vez de estimular en los niños el deseo de esforzarse en obrar bien por el bien mismo —como deben hacerlo— estimulan el esfuerzo con la mezquina finalidad de aparecer superiores a otros, en capacidad e inteligencia.

El niño —y todos en general— debe saber que el esfuerzo de bien que realicemos —para los demás o para nosotros mismos— nunca debe esperar —y menos perseguir— la recompensa; es suficiente recompensa la felicidad que siente nuestra alma por el bien realizado y la seguridad de haber obrado de acuerdo con las Leyes Divinas, que valoran todos nuestros actos con Justicia y con Amor.

Procuremos ser humildes, porque la humildad contribuirá a que el amor propio no nos domine y nos ciegue, como ciega y domina a tantas personas que son, por ello, infelices y hacen infelices también a los demás.

LA TOLERANCIA

La tolerancia es una de las cualidades más necesarias para lograr armonía en nuestra vida de relación. Nuestra misma imperfección nos obliga a ser tolerantes con los errores y los defectos ajenos, porque también nosotros necesitamos diariamente la tolerancia de los demás.

Cuando, al examinar nuestros hechos del día, reconocemos que hemos procedido incorrectamente con alguien y, a pesar de ello, esa persona ha sido comprensiva y tolerante con nosotros, sentimos que de lo íntimo de nuestra alma brota un sentimiento que es agradecimiento y afecto hacia ella y, a la vez, deseo y propósito de no incurrir nuevamente en un proceder erróneo hacia esa persona.

En la misma forma, sin duda, habrán de reaccionar los demás, con afectuoso agradecimiento hacia nosotros cuando somos comprensivos y tolerantes con sus imperfecciones o errores que pudieron molestarnos o perjudicarnos.

Nos resultará fácil ser tolerantes y comprensivos si logramos eliminar de nuestra alma el amor propio —que nos hace egoístas, ambiciosos, orgullosos, envidiosos, rencorosos— y nos acercamos a todos con verdadero afecto, recordando siempre que las imperfecciones

que los demás evidencian también las tenemos nosotros y, por lo tanto, que también nosotros necesitamos ser comprendidos y tolerados.

La tolerancia evitará muchos disgustos, desavenencias y separaciones en las familias y en todos los grupos de la humanidad. Siendo tolerantes damos un ejemplo que fácilmente encuentra eco en los demás, porque todos sabemos, íntimamente, que no somos perfectos y que en muchísimas oportunidades necesitamos también la tolerancia y la comprensión de los otros.

La acción constante de esta bellísima cualidad —que debemos esforzarnos por practicar en nuestra vida de relación— suavizará muchísimas asperezas y facilitará a los hombres el camino para lograr una Vida de armonía y unión.

El trato con una persona intolerante resulta sumamente difícil, porque su intolerancia provoca situaciones desagradables y muchas veces origina discusiones y rencillas que, lógicamente, los demás tratan de eludir. En cambio, tratar a una persona tolerante y comprensiva es un verdadero placer, y su tolerancia nos impulsa a mejorarnos a fin de no molestarla, porque deseamos poder acercarnos frecuentemente a ella y disfrutar de su compañía.

Esto establece y fortalece vínculos afectivos que originan amistad, unión, armonía, lo cual conduce a la verdadera fraternidad, que tanto y tan apremiantemente necesita obtener la humanidad para lograr un progreso fecundo en realizaciones científicas, sociales y de todo orden, que transformen nuestra actual vida de luchas, temores y desasosiegos, en una vida de esperanza, trabajo, prosperidad, y paz.

La fraternidad es expresión de la Divina Ley de Amor y el hombre necesita ineludiblemente vivir en Ella. La tolerancia prepara y facilita el camino para que los hombres logren vivir en verdadera fraternidad.

LA IRA

Casi todos hemos tenido oportunidad de ver, en alguna ocasión, una persona dominada por la ira. Su aspecto, sus modales y sus palabras infunden temor y, a la vez, una profunda compasión.

La ira es un sentimiento intensamente negativo, que brota y arraiga fácilmente en el alma de quienes están poseídos de amor propio, de orgullo, de vanidad, y pretenden que quienes los rodean les obedezcan ciegamente, sin contradecir jamás sus deseos, ideas o

disposiciones, pues su orgullo los hace sentirse superiores a los demás y con derecho a exigirles obediencia y sumisión.

Por eso, cuando los hechos o las palabras de otras personas no coinciden con sus ideas, deseos o conveniencias, o simplemente les molestan, toda la fuerza de esos sentimientos negativos estalla, nublándoles la mente e impidiéndoles razonar. En su ofuscación se sienten atacados, aunque nadie los ataque, e impulsados a tomar represalias por ofensas que, casi siempre, sólo existen en su imaginación.

Cuanto más se deja arrastrar una persona por el bajo impulso de la ira, más y más ésta se arraiga en su alma, llenando su vida de rencor y descontento por todo.

Por otra parte, el estado de excitación que la ira provoca en la persona produce en ella un desequilibrio nervioso que además de evidenciarse en su aspecto y ademanes, puede producir trastornos fisiológicos de toda índole en su organismo, originando alteraciones que suelen tener consecuencias muy desagradables.

Todo esto nos demuestra lo perjudicial y hasta funesta que es la ira para nuestra alma y para nuestro cuerpo, y lo importante que es evitarla y rechazar, con todas nuestras fuerzas, cualquier asomo de ella.

La ira no brota en el alma de quienes son verdaderamente humildes, de quienes aman a todos, de quienes tratan constantemente de perfeccionarse, sino en el alma de aquellos que, como dijimos, se aman excesivamente a sí mismos, son orgullosos y se sienten superiores a los demás.

Esto nos demuestra los beneficios de vivir en el amor y en la humildad, y también, la necesidad de analizar permanentemente nuestros pensamientos, sentimientos y reacciones, a fin de eliminar de nuestra alma el amor propio, origen de tantos y tantos males.

Cuando veamos a una persona dominada por la ira, deberemos considerarla como gravemente enferma —pues la ira es una grave enfermedad del alma— y nuestra reacción no deberá ser de enojo ni de rechazo, sino de amorosa compasión, procurando ayudarle —con nuestros buenos deseos y nuestros buenos pensamientos— a dominar esa enfermedad del alma y, liberarse de ella.

En esa forma estaremos obrando de acuerdo con la Divina Ley del Amor.

EVOLUCIÓN Y PROGRESO

La vida —en nosotros y en cuanto nos rodea— manifiesta en todo momento Su Perfección, y esa Perfección significa la Acción de Leyes Superiores que Rigen por igual al

átomo y al Universo entero. Ya conocemos la Ley del Amor, la Ley Máxima, "Madre" de todas las Leyes de la Vida. Ahora nos referiremos a otra Ley, la Ley de EVOLUCIÓN Y PROGRESO.

En la Creación entera todo está en constante proceso de Evolución, es decir que en todo lo que existe se está operando, constantemente, un cambio progresivo, por lo cual podemos decir que nada, en el Universo entero, permanece estático.

Siendo la Evolución algo que se realiza en todo el Universo, significa que la Evolución es Ley Universal y, por lo tanto, Ley Divina, Ley dentro de la cual vive todo lo que existe. Todas las Leyes que Rigen el Universo, o sea todas las Leyes Divinas, obran siempre en sentido positivo; por lo tanto, la Evolución, o sea el cambio que por Ley Divina se realiza en todo, constantemente, es un cambio positivo, un cambio que significa Progreso. En consecuencia, todo lo que existe Evolucionará para Progresar, para perfeccionarse.

Nuestro mundo, como todos los mundos del Universo, nuestra humanidad y todo lo que existe en nuestro planeta, viven también, lógicamente, dentro de la necesidad de Progresar y de perfeccionarse y, por lo tanto, en una constante Evolución, que les proporciona el Progreso que necesitan.

Podemos comprobar cuánto ha evolucionado y progresado el hombre desde que comenzó su vida en la Tierra. Todo en él ha ido, poco a poco, evolucionando y progresando — su físico, su alma y su mente—. Ese progreso evolutivo ha determinado nuevas formas de vida para los hombres, nuevas y mejores aspiraciones y costumbres y nuevas y más avanzadas ideas. A través de los milenios, todo ello ha ido conformando las diferentes civilizaciones que se desarrollaron en diferentes lugares de la Tierra, trayendo, progresivamente, a los hombres, los adelantos sociales, artísticos y científicos que hoy disfruta la humanidad.

En el planeta, todo debe evolucionar y progresar conjuntamente, para que su evolución y progreso se realice en forma armónica y beneficiosa para el conjunto, pues, cuando algo se retrasa desarmoniza con los demás y, entonces, se hace necesario "forzar" — o sea acelerar— el ritmo de su progreso, para que alcance el mismo "punto" de progreso logrado ya por los demás.

Es como si —por ejemplo— un grupo de niños debiera llegar a un lugar determinado en un tiempo también determinado y, guiados amorosamente por un maestro, avanzaran caminando todos a un mismo paso; todo el grupo llegaría así a la meta a un mismo tiempo, pero, si alguno o algunos de esos niños se demoraran por no seguir el paso de los demás, lógicamente habrían de retrasarse y ello haría necesario que el maestro les llamara la atención urgiéndolos a apresurarse, porque los demás niños no pueden detenerse a esperarlos. Si, a pesar de ello, esos niños insistieran en su lentitud, el amoroso maestro —que

desea que ellos también lleguen a la meta— debería empujarlos para forzarlos así a acelerar el paso, y esto requerirá de ellos un mayor esfuerzo.

En la Tierra, la humanidad está demorada a causa de su lento progreso moral. Por falta del esfuerzo necesario, el alma de los hombres no ha alcanzado todavía la pureza necesaria para que el progreso científico sea base segura de iniciación de una nueva y maravillosa etapa en la Civilización; por lo tanto, el hombre necesita urgentemente acelerar su progreso moral.

La "Meta" que nuestra alma persigue es la Perfección, y cada vida humana debe proporcionarnos un adelanto que nos coloque en un "punto" más avanzado en el Camino hacia la Perfección que anhelamos.

ENCARNAR REITERADAMENTE PARA PROGRESAR

Sabemos que todos tenemos un "cuerpo Espiritual" —de origen divino— al que llamamos alma, y un "cuerpo físico" —de origen humano— al cual podemos denominar materia.

El alma posee Vida eterna; en cambio, la vida de la materia es limitada. El alma —eterna— pertenece al Espacio Infinito y la materia pertenece al mundo físico. En el mundo, el alma se encuentra fuera de su ambiente y, en consecuencia, necesita una materia —o sea un "cuerpo físico"— que le sirva de instrumento y le permita manifestarse y actuar.

Siendo el Espacio Infinito la Patria de las almas, ¿por qué vienen éstas al mundo a encerrarse en el "estuche carnal" de una materia? Es decir, ¿por qué "encarnan"? Porque las almas, para lograr perfeccionarse más y más, necesitan practicar la Ley Divina, que es Amor, en un mundo como el nuestro, viviendo en él como humanos, y para ello deben, lógicamente, "encarnar".

Cuando el alma está en el Espacio aprende fácilmente a vivir de acuerdo con la Ley Divina y lo hace sin ningún esfuerzo; luego, aunque vivir en la Tierra significa para ella un sacrificio, debe hacerlo porque ésa es la forma de poner en práctica lo que ha aprendido en el Espacio.

Es como un estudiante que, aun cuando haya aprendido lo que ha estudiado, necesita rendir exámenes a fin de poder pasar a un curso superior.

Del mismo modo, para poder progresar, el alma deberá pasar el severo "examen" que significa vivir en la Tierra sin apartarse de la Ley Divina, que es Amor.

El alma, en el Espacio, aprende y comprende las Leyes Divinas; pero luego es imprescindible que ella demuestre, mediante sus actos realizados en la Tierra como ser humano —es decir, utilizando una materia o "cuerpo físico"— que realmente ha aprendido, que conoce la Ley y la Voluntad de Dios y que desea y se esfuerza en vivir de acuerdo con Ella.

En el espacio las almas aprenden, pero en la Tierra deben pasar el "examen", es decir, superar las "tentaciones" de la vida humana que —como ocurre tan frecuentemente— pueden llevarlas por caminos de egoísmo, orgullo, vanidad, ambición, desamor.

Cuando está encarnada en la Tierra —es decir, cuando es un ser humano— el alma suele olvidar que todos los hombres son almas hermanas y que su deber es amar a todos y procurar el bien de los demás antes que el suyo propio; así, presionada por la materia, sólo piensa en sus placeres, conveniencias e intereses humanos, lo cual significa obrar en contra de la Voluntad de Dios expresada en su Ley de Amor.

En estos casos, es decir, cuando el resultado del "examen" no ha sido positivo, el alma deberá pasar las mismas pruebas una y otra vez, hasta que logre asimilar perfectamente y practicar, estando en la Tierra, la Divina Ley del Amor.

Por lo tanto, es imprescindible para los hombres practicar el Amor y recordar siempre que la vida humana es sólo un momento de la Vida Espiritual eterna, que es la Verdadera Vida de nuestra alma. Alcanzar la perfección es la "Meta" de las almas, y la evolución y el progreso constituyen el único Camino para llegar a Ella. Aprovechemos nuestra vida humana para obtener el máximo de progreso espiritual posible, esforzándonos en no apartarnos jamás del camino que nos señala la Divina Ley del Amor.

— — — —

Comparando la inteligencia y la capacidad mental que demuestra un hombre de ciencia —por ejemplo— con la inteligencia y la capacidad mental de un hombre de la selva, deberemos reconocer que existe entre la inteligencia y la capacidad mental de ambos una gran diferencia. Cada uno está en un "punto" mental diferente y ambos "puntos" están separados por una distancia enorme.

¿Cómo debemos explicarnos esa diferencia entre uno y otro si ambos son seres humanos y ambos son, por igual, hijos de Dios? No podemos suponer que Dios ha creado al uno muy inteligente y al otro con tan escasa inteligencia, porque ello implicaría una injusticia imposible en Quien es la Perfección.

Entonces, ¿a qué se debe? El científico y el hombre de la selva están en "puntos" muy distantes uno del otro, en lo que respecta a inteligencia; pero, si observamos a nuestro alrededor, podremos comprobar que cada persona es diferente en lo que a inteligencia y capacidad mental se refiere; escalonando todos esos "puntos" podremos llenar el espacio —o

distancia— que existe entre la inteligencia y capacidad mental de un hombre de la selva y la inteligencia y capacidad mental de un hombre de ciencia.

Dios es absolutamente Justo y Amoroso, y debemos tener la seguridad de que Él ha creado a todos con las mismas posibilidades de progresar; por lo tanto, la diferencia que existe entre unos y otros se debe, solamente, a que los más inteligentes son almas, encarnadas, que han alcanzado mayor progreso que las almas de las personas menos inteligentes.

Cada uno —desde el hombre más primitivo hasta el hombre más sabio— está espiritualmente en un "punto" diferente de progreso, porque cada uno está en el "punto" que ha logrado alcanzar mediante el esfuerzo para progresar que ha realizado en el tiempo.

La vida humana es muy breve; el progreso espiritual que cada persona evidencia —sea poco o sea mucho— ha sido obtenido mediante reiteradas vidas humanas realizadas por el alma, o sea, mediante muchas encarnaciones sucesivas. Cada una de esas vidas humanas, o encarnaciones, ha proporcionado al alma progreso, acorde siempre con el esfuerzo que el alma ha realizado para no apartarse del sendero del bien, durante el tiempo en que vivió como humano, o sea, durante el tiempo en que estuvo encarnada en el mundo.

Significa esto que la diferencia entre el científico, o cualquier otra persona de su mismo nivel intelectual, y el hombre de la selva, se debe sólo a que el alma del primero es más "vieja" que el alma del segundo, es decir, que el alma del sabio "nació" y comenzó sus encarnaciones mucho antes.

Por lo tanto, el científico de hoy fue, hace miles de años, un hombre tan atrasado como lo es hoy el hombre de la selva, y éste —dentro de miles de años— podrá ser un hombre tan inteligente como lo es hoy el científico.

Como el alma necesita y desea evolucionar y progresar, encarna reiteradamente a fin de aprender y practicar en la Tierra su Lección de Amor, o sea, aprender a vivir de acuerdo con la Voluntad Divina.

— — — —

Cada hombre es un alma que ha encarnado en la Tierra para trabajar a fin de progresar y perfeccionarse. Dios es la Perfección; en consecuencia, cuanto más se perfecciona el alma más avanza en su Camino hacia Él.

Acercarse a Dios es necesidad permanente en todas las almas, y respondiendo a esa necesidad, las almas trabajan —tanto en su Patria del Espacio como en el mundo— procurando progresar cada vez más.

Si un alma, durante el período en que está encarnada —o sea en el transcurso de una vida humana— obra en contra de la Ley Divina, que es Amor; es decir, si conscientemente

daña a otro ser, se perjudica a sí misma, porque absolutamente todo cuanto hacemos o deseamos hacer a los demás se refleja siempre en nuestra alma.

Cuando el alma desencarna, es decir, cuando deja el "cuerpo físico" que utilizó y retorna a su Patria del Espacio, toma conciencia exacta del daño que, perjudicando o deseando perjudicar a otros, se ha hecho a sí misma; entonces, sufre intensamente, porque sabe que con ello ha contraído una deuda con la Ley del Amor y que no podrá continuar su Camino hacia Dios hasta tanto haya pagado esa deuda.

¿Cómo hace el alma para saldar las deudas que contrae con la Ley? ¿Podemos creer que las oraciones de quienes están en la Tierra, de quienes fueron sus amigos o sus familiares, pueden pagarlas? No, porque si eso fuera posible no habría verdadera Justicia, ya que aquellas almas que no tienen en la Tierra ningún pariente o amigo ni nadie que ore por ellas, no tendrían las mismas posibilidades, y, por otra parte, aquellos que dispusieran de dinero podrían pagar con él oraciones para cuando su alma hubiera desencarnado, lo cual equivaldría a poder comprar el progreso del alma.

Suponer que el progreso espiritual pudiera ser comprado con dinero o adquirido con oraciones sería completamente ilógico, porque cada alma es responsable de sus actos ante la Ley Divina, y la Ley Divina, que es Amor y Justicia, da a cada uno EXACTAMENTE LO QUE CADA UNO HA MERECIDO.

Las oraciones efectuadas con amor —al igual que los pensamientos y deseos de bien— para las almas que han desencarnado, pueden fortalecerlas y ayudarlas, pero nunca podrán evitarles el esfuerzo, imprescindible para obtener el progreso, ni la necesidad de responder ante la Ley Divina por el daño que hayan realizado.

En consecuencia, el alma que en su vida humana proporcionó dolor a otros deberá, al volver a la Tierra —es decir, al encarnar nuevamente— experimentar el mismo dolor que antes proporcionó a los demás. Quien pudiendo aliviar el dolor o la miseria de alguien, no lo hizo, deberá experimentar los mismos dolores o miseria que pudo aliviar pero que, por desamor, no alivió.

En cambio, quien haya obrado el bien —por ejemplo, aliviando la miseria o el dolor de los otros— cuando en una nueva vida humana deba realizar la experiencia de la pobreza —para que el alma pase ese "examen"— encontrará quienes le ayudarán amorosamente a pasar esa difícil experiencia.

— — — —

Las "tentaciones" se presentan bajo muy diferentes formas en la vida humana, y las almas deben superarlas. Las almas que encarnan como personas hermosas, sanas, ricas, deben superar la tentación del orgullo, la vanidad, la ambición. Las almas que encarnan como

personas pobres, enfermas o deformes, deben superar la tentación de la envidia, los celos, la rebeldía; Y TODOS DEBEN SUPERAR EL AMOR PROPIO Y EL EGOISMO.

Todas las "tentaciones" son obstáculos que la vida humana nos presenta y que las almas necesitan superar en sus períodos de encarnación; esas "tentaciones", o necesidades de superación, adoptan diversas formas, acordes con la Experiencia que el alma está realizando en esa vida; es decir que se adaptan a la vida humana que el alma está realizando.

Tomemos como ejemplo la superación de la ambición. Para un alma que está viviendo humanamente como un actor, la ambición se manifiesta bajo aspecto diferente a la ambición que debe superar un alma que vive como un comerciante, como un científico o como un político. El actor sentirá la ambición del aplauso, el comerciante tendrá ambición de dinero, el científico ambicionará la gloria y el político el poder. Si analizamos todos estos aspectos diferentes de ambición, comprobaremos que son, en realidad, amor propio, porque es amor propio la fuerza que los impulsa y los alimenta.

Vemos cuántas experiencias diferentes necesitan realizar las almas y cuántas veces necesita un alma encarnar en el mundo para poder superar las diversas formas del amor propio. El amor propio se manifiesta como vanidad, orgullo, egoísmo, celos, envidia, odio, rencor, y, como el alma necesita ineludiblemente superarlo en todas sus formas, por lógica deberá encarnar reiteradamente, para experimentar y superar todas esas "tentaciones", a fin de poder progresar.

Como el alma realiza todas sus experiencias en la Tierra tomando "cuerpo físico" —es decir, encarnando una y otra vez— y como todo ello se realiza de acuerdo con la Ley Divina, podemos llamar "Ley de Experiencias" a la Ley que Rige las reiteradas encarnaciones.

Las experiencias que el alma realiza en la Tierra, superando todos los obstáculos —o tentaciones humanas— le proporcionan Sabiduría y Poder. Cuando el alma ha adquirido ya la Sabiduría y el Poder que le proporcionaron las experiencias y superaciones que realizó en la Tierra, es ya un alma evolucionada, que no necesita volver a encarnar en este mundo; pero, como por la evolución alcanzada siente ya intensísimo amor hacia todos, por amor hacia las otras almas que aún están pasando sus "exámenes" y experiencias en la Tierra, esa alma evolucionada encarna nuevamente para ayudarles —con su Sabiduría y su Poder— a realizar más fácilmente las superaciones que les corresponden.

Cuando encarnan en la Tierra almas evolucionadas, lo hacen con una Misión de bien y, durante su vida humana, dan a los hombres, con sus palabras, hechos y ejemplos, Enseñanzas que les ayudan a superar las tentaciones humanas y no demorarse en su progreso evolutivo.

Vemos, así, que el amor de esas almas no solamente evita dolores a las almas hermanas, sino que acrecienta su felicidad, porque el alma es intensamente feliz cuando,

superando los obstáculos que le presenta la vida humana, puede avanzar en el Camino hacia Dios, o sea, cuando logra progresar.

Las almas evolucionadas que vienen a la Tierra a trabajar ayudando a progresar a las otras almas, también obtienen progresos para sí mismas, porque la Ley Divina —que es Amor y Justicia— proporciona siempre a cada ser tanto bien como bien ha hecho ese ser a los demás.

FRATERNIDAD

¿Qué es la Fraternidad? ¿Cómo debemos considerarla y cómo debemos practicarla?

La Fraternidad es verdadero amor hacia todos y hacia todo. La Fraternidad es lazo invisible que nos une a todo lo que existe en el Universo y a través del cual estamos permanentemente unidos al Padre Divino, que a todos nos ha dado Vida.

Fraternidad es Lección de Vida que el alma comienza a aprender desde el momento en que "nace" y cuya Enseñanza debe asimilar perfectamente porque necesita Vivir de acuerdo con ella, pues Fraternidad es la Realidad de nuestra relación con todo lo que existe no sólo en nuestro mundo, sino también en otros mundos y en el Espacio Infinito.

Si nos detenemos a pensar en lo que significa esa relación que nos une a todo lo que existe en el Universo, podremos tener la sensación de lo maravillosa que es la Fraternidad. Millones y millones de almas están unidas a nosotros por ese lazo de amor y, porque nos aman, tratan y tratarán siempre de ayudarnos, de protegernos, de guiarnos; para ello sólo es necesario que también nosotros nos sintamos unidos a todas esas almas hermanas.

Si nosotros no nos sentimos unidos a ellas, si no nos sentimos sus hermanos, es decir, si no nos "sumergimos" en la Fraternidad, es como si hubiéramos "cerrado el contacto" y, en consecuencia, nuestra alma se sentirá sola, desorientada y débil, para poder realizar su vida humana de trabajo y de experiencias.

El alma encarnada —es decir, el ser humano— que logra comprender que la Fraternidad es Ley de Vida, porque todos los seres del Universo son hermanos desde el momento de "nacer", que reconoce como hermanas a todas las almas que se encuentran encarnadas en la Tierra, o sea que reconoce que son sus hermanos todos los hombres del mundo, se sentirá sumamente feliz expresando amor a todos y procurando que los demás también comprendan esa Verdad y puedan así sentirse felices.

La Fraternidad proporciona siempre felicidad a las almas, estén en el Espacio o en el mundo. El alma es hija del Amor Divino y, por lo tanto, sólo puede sentirse realmente feliz amando.

Sin embargo, cuando el alma está encarnada se encuentra sometida a la influencia material del mundo y, como al encarnar ella no recuerda su Vida en el Espacio, frecuentemente la influencia material llega a dominarla y la lleva por caminos de desamor y hasta de odio.

Viviendo sin amor el alma no puede sentirse feliz, y viviendo con odio el alma se siente inmensamente desdichada. Quien vive en amor disfruta al máximo de todo lo bello y de todo lo agradable que brinda la vida, y cuando debe sufrir nunca se desespera, porque el amor de los demás le rodea y le consuela. En cambio, quien vive sin amor se siente siempre solo en sus dolores y nada le proporciona satisfacción ni alegría verdadera.

— — — —

Todos deseamos vivir felices, vivir libres de temores y de preocupaciones, pero la inmensa mayoría de los hombres vive en forma completamente opuesta; no logran sentirse felices, ni siquiera tranquilos; viven —y no sin razón— temerosos de ser atacados, de ser robados o de carecer de apoyo o ayuda en un momento de necesidad.

Separados en razón de diferencias de ideas, de religiones, de razas, de países, los humanos se vuelven, fácilmente, unos contra otros y llegan a odiarse y sentirse enemigos.

¿A qué se debe eso si todos desean vivir felices? Se debe a que el hombre ha equivocado el camino y en vez de vivir en fraternidad —que es amor verdadero— vive en desamor y egoísmo, lo cual no solamente le aleja de sus hermanos, sino que despierta en él ambiciones que le impulsan a las más bajas acciones hacia los demás. Por eso, todos se desconfían y todos temen ser engañados o atacados.

El hombre supone —muy erróneamente— que el amor es un mero sentimiento humano que él no está obligado a sentir, y que para ser feliz le bastará con lograr todo lo que ambiciona. En consecuencia, sólo se preocupa por obtener bienestar material, poder, riquezas, y cuando llega a obtenerlos comprueba, con intenso dolor, que nada de eso satisface al íntimo deseo de su alma.

El alma necesita amar y ser amada, porque el alma, hija de Dios, debe vivir en Su Ley, y la Ley Divina es Amor. Por lo tanto, sólo viviendo en amor, sólo amándose unos a otros podrán los hombres —que son almas encarnadas— alcanzar la felicidad.

Cuando los hombres viven separados, cuando viven unos en contra de otros, no viven dentro de la maravillosa Acción de la Fraternidad; han "cerrado el contacto" y, en consecuencia, viven privados de las satisfacciones y beneficios que significa poder confiar en

los demás, y también privados del goce espiritual de sentirse apoyados y ayudados en los momentos de necesidad.

¡Cuán diferente sería la vida humana si la relación entre los hombres fuera realmente fraterna! Existiría armonía, comprensión, respeto, tolerancia mutua y permanente ayuda del uno hacia el otro. Desaparecerían el engaño, la envidia y el egoísmo, podrían confiar y confraternizar entre sí los hombres de cualquier país, de cualquier raza, ideal o religión.

¿Es esto imposible de lograr? No; sólo es necesario que cada uno trate de cambiar en lo íntimo de su sentir y de su pensar, y rápidamente se produciría el cambio en toda la humanidad. La gran mayoría de los hombres ignora que sólo amando podrá sentirse feliz; ignora que la *Fraternidad es Ley de Vida* y, en consecuencia, *debe y necesita vivir en ella*.

Por lo tanto, es no sólo necesario sino apremiante que el conocimiento de esta Verdad llegue a todos —hombres, mujeres, niños— para que todos sepan cómo deben y cómo *necesitan* vivir.

Quienes conocemos esta Verdad tenemos el deber de difundirla al máximo, para que los hombres, reconociendo el error en que hasta ahora han vivido, puedan liberarse de odios y temores y comenzar una vida de paz y de armonía, una vida feliz, en verdadera FRATERNIDAD.

UNIVERSALISMO

Fácilmente, el ser humano adopta posiciones en las cuales, llevado unas veces por un entusiasmo idealista y otras por la propia conveniencia, se encasilla en "ismos" que le conducen rápidamente al fanatismo, con toda su secuela de intransigencias, odios y separaciones, a cuyo empuje se desmoronan amistades y afectos, rompiéndose vínculos que se mantuvieron firmes a través de los años.

Ese no es, lógicamente, el camino para lograr una convivencia feliz sino, por el contrario, una forma eficazísima de obstaculizarla. Sin embargo, existe un "ismo" que no es índice de separación y desamor, un "ismo" que, por el contrario, es unificador: el "UNIVERSALISMO".

"UNIVERSALISMO" no significa abdicación del propio ideal, sino el enfoque universal de todos los aspectos positivos de la actividad humana, sea ésta Cultural, Artística, Científica, Religiosa, o Social; es decir que la relación de los hombres, grupos y países entre sí reconoce como finalidad el bien común, sin barreras ni obstáculos, para que los hombres de los

diferentes grupos y países puedan llegar a conocerse, comprenderse y amarse, lo cual les permitirá progresar unidos en verdadera fraternidad, basada en el respeto mutuo.

El egoísmo y el amor propio hacen de cada "ismo" un elemento de agresión, y los ambiciosos fustigan a los hombres exaltando esos aspectos negativos del alma humana a fin de lograr la fuerza de lucha que necesitan para procurar el triunfo de sus ambiciones personales.

Detrás de cada "ismo" defendido con exaltación fanática, detrás de cada "ismo" que lucha enconadamente por imponerse, está siempre la ambición de un hombre o la ambición de un grupo, que fomenta el fanatismo, utilizándolo para sus propios fines. Debemos tener la seguridad de que el Bien no lleva al hombre contra el hombre sino que, por el contrario, trata de acercarlo, esforzándose en suavizar las asperezas y procurando que sea reparado el error allí donde el error esté.

La falta del Conocimiento de la Vida ha hecho y hace que el hombre considere como progreso la tendencia al separatismo en todos los aspectos, cuando en realidad, el verdadero Progreso está en la unificación, que permitirá universalizar todos los aspectos de la actividad humana beneficiando a toda la humanidad. La humanidad debe comprender que es un todo de múltiples facetas pero con una única finalidad: el Progreso, y ese Progreso sólo podrá ser positivo si los hombres logran unirse.

Es indudable que el hombre ha alcanzado tal punto de progreso que ya resulta imposible vivir aislados. Nada de lo que ocurra en un país ni nada de lo que ocurra a un grupo de la humanidad, puede dejar indiferente ni ser ajeno al resto de la humanidad; por otra parte, todos —como individuos, como grupos o como países— somos "algo" siempre en relación con los demás.

Nuestros ideales y aspiraciones de Bien deben universalizarse. La Ciencia y el Arte son universales en su Esencia y, por lo tanto, deben universalizarse en su acción. Para el verdadero científico y el verdadero artista, sólo puede existir *la Ciencia* y sólo puede existir *el Arte*, por sí mismos, sin formas posesivas de ninguna especie que traten de limitarlo a un sector humano, porque tanto la Ciencia como el Arte son expresiones de la Vida Superior, de la Vida con mayúscula, de la Vida Universal Perfecta que, dentro de las enormes limitaciones que impone la materia, se manifiesta a través de ciertas mentes y algunas almas humanas capacitadas para interpretarlas y traducirlas, a fin de beneficiar, no a un grupo sino a toda la humanidad.

Podemos deducir, pues, el enorme error de quienes, por egoísmo, mantienen en estricta reserva los adelantos científicos logrados, y también la temeridad con que transgreden la Ley de la Vida quienes utilizan la Ciencia para atemorizar, someter, sojuzgar y destruir a los demás.

El separatismo en que ha vivido y vive aún el hombre no ha podido darle felicidad, porque el separatismo es desamor, es ausencia de verdadera Fraternidad, y la Fraternidad es Ley de Vida.

Es evidente que en la humanidad existen grupos muy diferentes entre sí y que a algunos corresponde, con respecto a otros, una posición jerárquica; pero no de jerarquía obtenida y ejercida en desmedro de los demás, sino Jerarquía que impone deberes y responsabilidad. Y es de acuerdo con esa Jerarquía —que se evidencia sin proclamarse y se manifiesta siempre en el Bien y el absoluto desinterés— que estará, sin duda, constituida la sociedad del mundo cuando el Amor, con sentido de verdadera Fraternidad, haya unido a los hombres y cuando, derribando barreras, el Universalismo pueda reinar en nuestro mundo.

NECESIDAD DEL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

Si analizamos la vida de los hombres en general, veremos que todos —unos más y otros menos— viven angustiados, ansiosos, insatisfechos, sin poder disfrutar, como debieran, de todo lo hermoso que la vida les brinda. Pocas son las personas que tienen tiempo y voluntad para extasiarse contemplando las maravillas de la Naturaleza, las estrellas, los pájaros, las flores, y tantas cosas hermosas que están cerca de nosotros sin que nosotros les demos importancia, porque nuestra mente está siempre cargada de preocupaciones, provenientes, en su mayoría, de las necesidades que nos impone el diario vivir, necesidades que se multiplican y nos absorben más a medida que les dedicamos mayor esfuerzo restándolo al que deberíamos dedicar al aspecto espiritual de nuestra vida.

La gran mayoría de las personas lo ignoran todo con respecto a sí mismas, es decir, ignoran por qué y para qué están viviendo en la Tierra. Ignoran que son almas encarnadas que se encuentran en el mundo como seres humanos, para tratar de obtener progreso, y que para poder lograrlo necesitan vivir de acuerdo con las Leyes Divinas, que determinan la necesidad ineludible de amar a todos y a todo.

Como casi todos viven amándose a sí mismos muchísimo más de lo que aman a los demás, atraen así a su vida una serie de dolores, preocupaciones, temores, dudas y resentimientos que les restan energía y tiempo y no les permiten disfrutar la felicidad que proporcionan el amor y la armonía, es decir, la vida en fraternidad. Todo ello se debe a que los hombres carecen del Verdadero Conocimiento Espiritual.

Siendo el Conocimiento Espiritual una necesidad ineludible para que los hombres puedan vivir realmente felices, no podemos dudar de que nuestro Padre Divino habrá proporcionado a sus hijos la forma y los medios para que pudieran recibirlo. Y así es; varias

veces llegaron a la Tierra Almas Superiores, Enviados Divinos que tomaron forma humana — es decir que nacieron y vivieron entre los hombres— para darles, con Sus Palabras y con Sus Hechos, el Conocimiento de la Verdad, es decir, el Conocimiento Espiritual Verdadero que los hombres necesitan.

Cada vez que llegaron a la Tierra esas Almas Superiores, esos Enviados Divinos, tuvieron a su alrededor un grupo de hombres puros que fueron Sus discípulos y que retuvieron Sus Enseñanzas para que todos pudieran luego conocerlas, practicarlas y beneficiarse con ellas.

Después, esas Enseñanzas originaron Doctrinas y las Doctrinas dieron lugar a la formación de Iglesias (la palabra Iglesia significa *congregación de hombres*) que se constituían en depositarias e intérpretes de la Doctrina, transmitiendo a los hombres, no ya la Enseñanza original traída y dejada por los Enviados Divinos, sino la interpretación que su Iglesia daba a esa Enseñanza, interpretación que, a través del tiempo, fue deformada y adaptada a la conveniencia de los hombres que representaban la Iglesia y trataban de adquirir poder a través de ella. Esos hombres no tenían la pureza de alma de aquellos otros hombres que rodearon y acompañaron a los Enviados cuando Ellos vivieron en la Tierra, pues eran hombres comunes.

Esto se repitió a través de los siglos y milenios; en cada oportunidad en que el Amor Divino enviaba a la Tierra Su Palabra y la Enseñanza de Su Ley, por intermedio de una de esas Almas Superiores, se produjo el mismo proceso de parte de los hombres, quienes congregándose, se constituían —como Iglesias— en dueños y únicos poseedores de la Verdad, sin tener en cuenta que la Verdad es solamente Una, que fue revelada a los hombres muchas veces y que, además, pertenece a todos.

— — — —

Suponer que la Verdad pudiera haber sido Revelada a los hombres una sola vez, en el transcurso de los innumerables milenios que la humanidad habita la Tierra, sería suponer que hasta el momento de la Revelación nuestro Padre Divino no prestaba atención a la necesidad de progreso espiritual de Sus hijos de este mundo, lo cual implicaría desamor, imposible en la Perfección Divina.

Por eso, aunque aparentemente las Doctrinas Verdaderas de las diferentes Iglesias puedan ser distintas entre sí, *en su Esencia son exactamente iguales*, porque todas las Doctrinas Verdaderas han sido originadas en la Palabra y en los Hechos de Almas Superiores, que vivieron como hombres en la Tierra para traer a la humanidad el Conocimiento de la Verdad y de la Ley Divina, a fin de que los hombres, viviendo de acuerdo con ese Conocimiento Espiritual Verdadero, pudieran ser felices y progresar espiritualmente.

Esto nos demuestra que la separación religiosa es obra exclusiva de los hombres, quienes, con sus erróneas interpretaciones de las Enseñanzas traídas, crearon barreras que desvirtuaron la finalidad del Trabajo realizado por cada Enviado Divino. Así, a pesar de que la humanidad recibió varias veces el Verdadero Conocimiento Espiritual, que tanto necesita, hasta ahora no ha podido beneficiarse realmente con él, porque ese Conocimiento le ha llegado deformado o mal interpretado. Además, le fue dado como una doctrina religiosa y no como Enseñanza de Amor y de Universalismo, que le induciría a vivir en armonía y unión amorosa con todos, según era la finalidad de la Revelación.

Recibir el Conocimiento Espiritual es una responsabilidad que nos obliga a practicarlo y difundirlo al máximo, no solamente con nuestras palabras, sino, muy especialmente, con nuestras acciones. El Conocimiento Espiritual Verdadero nos señala el camino del amor hacia todos y hacia todo; si quien lo ha recibido y se dice poseedor del Conocimiento Verdadero, habla de amor pero muestra desamor y egoísmo en sus acciones, no solamente se perjudicará a sí mismo, sino que, con ello perjudicará también a quienes le rodean, porque así no podrán creer en la Verdad de ese Conocimiento.

Siempre, a través del tiempo, los hombres recibieron la Ayuda Divina para no desviarse del camino que debían seguir; pero, seguir el camino del amor y la Verdad obliga a superar las tentaciones de la ambición, el orgullo y el amor propio, y los hombres — congregados o no— prefirieron desentenderse de la necesidad de renunciar a sus ambiciones egoístas y a su amor propio, y adaptaron las Enseñanzas a sus conveniencias, privando así a la humanidad del Verdadero Conocimiento Espiritual.

Esta es la causa por la cual los hombres no han podido aún lograr la felicidad, porque la felicidad sólo podrá llegarles a través del Conocimiento Espiritual Verdadero practicado como norma constante, en su vida íntima y en su vida de relación.

LA FE

La fe es una fuerza espiritual poderosísima que nos alienta para creer, para esperar y para lograr aun las cosas más difíciles. La fe nos sostiene en aquellos momentos en que parecería que toda esperanza es ya inútil.

Muchas veces, en la vida humana se producen hechos o circunstancias que nos dan la sensación de que se desvaneciera todo aquello que hemos deseado alcanzar y por lo cual hemos trabajado empeñosamente con sacrificios y desvelos. Si bien esos momentos son muy tristes, cuando nuestra alma tiene fe esa tristeza deja pronto lugar a la esperanza, porque la fe nos da la fuerza que necesitamos para no desmoralizarnos e insistir en nuestro esfuerzo.

En esa forma, mediante nuestra fe, los inconvenientes —y aun los fracasos— no debilitan nuestro empeño sino que nos sirven de experiencia valiosa que nos ayuda a salvar los obstáculos y obtener el éxito.

La fe es tan necesaria a nuestra alma como es necesario el alimento a nuestro cuerpo. La fe nos permite comprender la Realidad Espiritual de nuestra Vida, pues sin fe no aceptaríamos la existencia de esa Realidad que no podemos ver ni palpar, pero que impulsados por nuestra fe aceptamos como Verdad, condición imprescindible para poder comprenderla y lograr conocerla cada vez mejor. Comprender y conocer la Realidad Espiritual de nuestra Vida nos acerca a Dios, Creador de la Vida; por lo tanto, podemos decir que la fe acerca al hombre a Dios.

La fe es, como dijimos antes, una poderosa fuerza espiritual, es decir, una poderosa fuerza de nuestra alma, y aun cuando el hombre algunas veces alardee de que "no tiene fe en nada", ello no es exacto, porque si analizamos los actos de la vida humana comprobaremos que hasta el menor de ellos es una expresión de fe. Por ejemplo: comemos tal o cual alimento porque tenemos fe en que nos beneficiará; estudiamos porque tenemos fe en que aprenderemos y en que el saber nos capacitará para trabajar, para nosotros y para los demás; formamos una familia porque tenemos fe en que podremos hacer frente a la responsabilidad moral y material; cualquier empresa que acometemos es siempre sobre la base de nuestra fe en el éxito.

La fe es la Fuerza que ha permitido e impulsado el progreso de la humanidad. Los grandes descubrimientos e inventos que forman la base de nuestra civilización actual han sido posibles, casi siempre, sólo por la fe de los descubridores e inventores y la fe de quienes los han apoyado y ayudado.

En los momentos actuales, en que los hombres se hallan tan divididos, en que, ante el sombrío panorama mundial, el temor hace presa de muchas almas, debemos tener fe en el Amor Divino, que jamás abandona a Sus hijos; debemos tener fe en Su Poder, que, mediante el esfuerzo de todos aquellos que aman a sus hermanos, logrará que todos los hombres lleguen á comprenderse, unirse y aliarse.

Si los hombres tuvieran fe los unos en los otros no habría ya peligros de guerras y, así, todo ese enorme esfuerzo bélico que los países realizan actualmente —para poder atacar o para poder defenderse en caso de ser atacados— podría transformarse en esfuerzo de paz, en esfuerzo constructivo, que llevaría la civilización a tantos países demorados en su progreso y haría del nuestro un mundo mejor.

Mediante la fe los hombres podrán comprenderse mejor y así amarse, logrando que la vida sea realmente hermosa y digna. Si todos comprendiéramos la necesidad de la fe y lográramos sentirla, la humanidad del futuro sería realmente feliz.

LA ORACIÓN

En cualquier momento de nuestra vida, cuando sentimos que nuestras débiles fuerzas humanas flaquean o cuando comprendemos la necesidad de ser Ayudados para poder lograr lo que deseamos, para los demás o para nosotros mismos, nuestra mente trata de elevarse hacia lo Superior en un pedido de Ayuda o de Protección.

Si nuestro pedido obedece a un sentimiento puro, si pedimos sin egoísmo ni ambiciones, sin duda alguna nuestra oración obtendrá una Respuesta desde lo Superior, Respuesta que será siempre aquello que realmente nos conviene, aun cuando algunas veces, pueda no ser exactamente lo que nosotros pedimos.

Nuestro Padre Divino conoce perfectamente las necesidades de Sus hijos y jamás los desampara; pero, si vivimos envueltos en pensamientos y sentimientos negativos, tales como odios, rencores, ambiciones y orgullo, no podemos establecer "contacto" con lo Superior y, por lo tanto, no podemos tampoco recibir Sus beneficios.

Cuando oramos pidiendo algo dictado por esos sentimientos negativos, nuestra oración no puede elevarse sino que es recibida por lo que llamamos el Mal, desde donde se nos enviará la "respuesta", que muchas veces podrá ser satisfactoria para nuestro pedido, en el sentido humano, pero que será intensamente perjudicial para nuestra alma, pues la desviará cada vez más del camino del bien, que necesita transitar para lograr su progreso.

Si oramos positivamente, es decir, pidiendo el bien, y lo hacemos con fe absoluta en el Amor y el Poder de Dios, siempre recibiremos Su maravillosa Respuesta. Sin embargo, como nosotros somos humanos no podemos saber con exactitud qué es lo que, en realidad, nos conviene o conviene a aquellos por quienes pedimos, y suponemos que lo mejor es aquello que, a nuestro juicio, habrá de procurar mayor beneficio.

No debemos olvidar que en este mundo, los hombres —o sea, las almas encarnadas— vienen a Experimentar y a purificarse, casi siempre mediante el dolor; por lo tanto no sería beneficioso para un alma evitarle el dolor porque se impediría así su purificación. Al orar debemos siempre pedir el bien, para nosotros y para los demás, pero *sin señalar el camino por el cual deba llegarnos ese bien*, pues la Sabiduría y el Amor Divinos nos proporcionarán el bien que pedimos por el camino más conveniente para nuestra alma.

Muchas veces, una oración elevada con intensa fe ha obtenido Respuestas que pudieron ser calificadas de "milagrosas"; otras, en cambio, la Respuesta pareciera que no llegara. En ambos casos, si se ha orado con fe ha llegado la Respuesta desde lo Superior; pero, en los casos de Respuestas "milagrosas", los dolores que se evitaron no eran ya necesarios para esa alma. Al mismo tiempo, esas Respuestas "milagrosas" constituyen una

Ayuda que el Amor Divino envía a todos los hombres para despertar o fortalecer la fe que tanto necesitan.

No debemos pensar que ora mejor quien dice frases más hermosas, porque el verdadero valor y la eficacia de la oración están en la fe y el deseo de bien del que ora.

Tengamos también presente que no debemos orar siempre para pedir, sino que debemos orar también. Para agradecer a Dios los bienes recibidos. Si nos preocupamos por observar todos los hechos de nuestra vida diaria desde el punto de vista Espiritual, comprobaremos a cada momento cuánta Protección y Ayuda recibimos constantemente del Amor Divino; en esa forma, nuestro pensamiento se elevará, no ya para pedir, sino para agradecer todo el bien que nuestro Padre nos prodiga. Así, en vez de ser un pedido, nuestra oración será una Acción de Gracias.

EL FANATISMO

¿Qué es el fanatismo? El fanatismo es un apasionamiento exagerado que impide al hombre utilizar con equilibrio su mente, oscureciéndola e impidiéndole discernir.

El hombre suele fanatizarse por personas, a quienes endiosa revistiéndolas de imaginarias virtudes, cualidades o poderes; por cosas, a las que atribuye un valor del cual carecen, y por ideas, políticas o religiosas.

El fanatismo es un estado enfermizo del alma humana que, a menudo, es explotado en beneficio propio por personas ambiciosas, que hacen del fanático un instrumento dócil para lograr sus fines egoístas. El fanático no ve ni comprende ni acepta nada que contradiga su propia idea, y siente y considera como enemigo a todo aquel que no está de acuerdo con él.

Vemos con suma frecuencia personas fanáticas en religión y en política. Los fanáticos establecen, por la ceguera de su apasionamiento, separaciones y antagonismos que conducen a consecuencias muy graves y hasta a luchas sangrientas con quienes no piensan como ellos.

La historia nos muestra largas y sangrientas luchas, horribles y enconadas persecuciones, provocadas y sustentadas por la terrible fuerza del fanatismo que, al exaltarse, pareciera borrar del alma del fanático afectos y sentimientos, abrasándola en odio y permanente deseo de exterminio hacia todo aquel que pretenda oponérsele o disentir con sus ideas.

Inhibido en su capacidad de discernir y casi siempre explotado por ambiciosos, que hábilmente transforman la masa humana en grey, el fanático obedece sin detenerse a analizar, toda orden o sugerencia por inhumana que sea, si proviene de quien él ha endiosado, máxime cuando debe obrar unido a otros que, fanatizados como él, obedecen al mismo amo.

Los episodios y casos de exaltación fanática, política o ideológica, conmueven por la injusticia y deshumanización que entrañan, pero los casos de fanatismo religioso, son más lamentables aún. El fanático religioso cree que él está defendiendo a la Divinidad y, en consecuencia, supone que todo lo que haga en contra y desmedro de quienes no son de su misma idea religiosa, incluso torturas y hasta la muerte, serán galardones que su alma recibirá.

¡Cuán equivocado está! La Divinidad no requiere ser defendida, porque nadie puede dañarla en absoluta; por lo tanto, en tales casos, el fanático, que, lógicamente, no puede ignorar eso, engañándose a sí mismo, pretendiendo ser adalid de la Verdad, sólo procura defender SU idea religiosa; es decir que, egoístamente, batalla por imponer SUS ideas.

Por otra parte, ¿cómo puede pretenderse defender la propia Fuente de Amor olvidando y pisoteando el Mandato principalísimo de "Amaos los unos a los otros", que es Esencia de Verdad en todas las religiones y Ley de Vida a cuyo amparo, solamente, podrá el hombre vivir en paz y felicidad?

En consecuencia, jamás podría ser grato a Dios el odio o el desprecio que el fanático religioso siente por quienes no están de acuerdo con sus ideas, ni tampoco pudieron ser gratas a Dios las torturas y las guerras desatadas —en el pasado y aún en el presente— por motivos religiosos.

El fanatismo hace presa fácil en quienes padecen de orgullo y de egoísmo; en cambio, jamás podrá fanatizarse una persona de alma humilde y Amorosa, que se siente hermana de todos, sean cuales fueren sus ideas, su raza o su religión.

EL LIBRE ALBEDRÍO

Todos ansiamos ser libres, sentirnos libres, gozar plenamente de nuestra voluntad de acción, física y mentalmente. Sin embargo, la libertad —que la Voluntad Divina otorga al hombre— ha sido frecuentemente restringida o suprimida por el hombre mismo, quien, abusando del poder, ha esclavizado a los más débiles y a los vencidos.

La imposibilidad material de rebelarse mantuvo en el mundo, durante siglos, la esclavitud del hombre por el hombre.

Sin embargo, las palabras impregnadas de Poderosísima Fuerza de Amor que el mundo recibió hace dos mil años, marcaron un despertar de las almas al sentido de la fraternidad, lo cual inició una nueva Era para los hombres, que, paulatinamente, comenzaron a interpretar el nuevo concepto sobre el Amor. Ese nuevo concepto sobre el Amor logró que muchos hombres reconocieran la tremenda injusticia que constituye la esclavitud y dieran libertad a sus esclavos, hasta que poco a poco la esclavitud fue completamente abolida y repudiada por la inmensa mayoría de los pueblos.

La esclavitud física es ya considerada como una ignominia para el hombre que la practica y para el hombre que la soporta, pero más ignominiosa aún es la esclavitud moral, la esclavitud practicada por hombres y grupos que, mediante sistemas y métodos de convicción, pretenden obligar a los hombres a pensar y sentir de acuerdo con sus ideas, propósitos y fines, siempre ambiciosos y egoístas, transgrediendo la Ley de la Vida que hace al hombre libre en cuerpo y alma.

El Libre Albedrío, facultad inherente al aspecto Superior de nuestra Vida, al reflejarse en nuestro aspecto humano le infunde un ansia vehemente de libertad y, por ella, el hombre siente tan intensamente el ansia de ser libre, que no se detiene ante ningún obstáculo ni sacrificio para recuperar su libertad cuando ha sido privado de ella. El hombre es —por Ley de Vida— libre en mente, alma y cuerpo y, por lo tanto, posee el derecho de utilizar de acuerdo con su propia voluntad, su mente, su alma y su cuerpo, aunque, lógicamente, siempre en el sentido positivo que marca la Ley, que es Amor hacia todos y hacia todo.

La libertad para pensar, sentir y obrar es lo que denominamos *libre albedrío humano* y constituye el reflejo del *Libre Albedrío Espiritual* otorgado por Dios, mediante el cual las almas eligen la forma y el medio humano en el que realizarán, en el mundo, las experiencias necesarias para su progreso. Debemos saber que antes de encarnar, las almas eligieron por sí mismas la forma de vida —a veces tan dolorosa— que habrían de llevar, aunque después, como humanos, no lo recuerdan y hasta se quejan amargamente de sus dolores.

Es necesario tener siempre presente que el libre albedrío humano jamás debe ser ejercido para actuar, pensar o sentir en perjuicio de nadie ni de nada; ello sería utilizarlo en contra de la propia alma, pues, como sabemos, todo el mal que hagamos o intentemos hacer a los demás volverá siempre a nosotros, obligando a nuestra alma a sufrir, en una nueva vida humana, tanto dolor como hayamos ocasionado o deseado ocasionar.

Así como tenemos el deber de defender nuestra libertad de acción positiva, también tenemos el deber de defender nuestra libertad de pensamiento y de sentimiento, no

permitiendo jamás que se nos impongan ideas ni se nos obligue a separaciones que, bien sabemos, no están de acuerdo con la Divina Ley del Amor.

LEY DE JERARQUÍA

En todo el Universo y, por lo tanto también en nuestro mundo, la Vida está Regida por Leyes que se manifiestan y actúan permanentemente. La vida humana —que manifiesta y refleja la Vida espiritual— también necesita, para su desenvolvimiento, leyes que la rijan, y es por ello que el hombre ha creado sus leyes, las cuales —aunque con deformaciones y hasta invirtiendo los valores— reflejan, en cierto modo, las Leyes Espirituales, es decir, las Leyes Divinas.

Las Leyes Divinas proyectan Su acción en toda la Creación, pero en nuestro mundo, los hombres sólo pueden interpretarlas hasta el punto que les permite su capacidad mental y su deficiente estado moral. El nuestro es un mundo inferior, y en él son muy pocas las mentes y las almas realmente puras; en consecuencia, la interpretación que las almas y las mentes humanas, carentes del Conocimiento Espiritual, pudieron dar a las Leyes Divinas cuando crearon las leyes humanas, fue, lógicamente, inexacta.

De ahí que la Ley de Jerarquía, Ley principalísima que —como todas las Leyes Espirituales— actúa dentro de la Ley del Amor, que es la Ley Madre, haya sido también interpretada erróneamente por los humanos. La Jerarquía Espiritual impone el deber y la responsabilidad de ayudar al progreso de los seres menos evolucionados; pero el hombre ha interpretado la jerarquía como cualidad personal y como derecho de mandato, siendo que la jerarquía sólo da deberes y no derechos.

El derecho sólo puede adquirirse a través del deber plenamente cumplido; en consecuencia, no debemos sentirnos con derechos por el simple hecho de estar ubicados en una posición de jerarquía humana, sino que ello debe darnos, en cambio, el sentido de nuestra responsabilidad de proteger, guiar y ayudar a quienes ocupan posiciones inferiores o de dependencia con respecto a nosotros.

No debemos menospreciar a una persona porque ella sea inferior física o mentalmente; por el contrario, el sabernos superiores a ella, mental o físicamente, debe darnos la sensación de nuestra responsabilidad de protegerla y ayudarla en todo lo posible.

En esa forma interpretaremos debidamente la Ley de Jerarquía, que, desafortunadamente, el hombre siempre ha mal interpretado, transformando la jerarquía en mandato, imposición de su voluntad y exigencia de acatamiento. El acatamiento debe brotar espontáneamente del alma, como una forma de agradecimiento y reconocimiento de la

bondad y capacidad de alguien que se evidencia superior por sus hechos de bien, por su acción de guía y de protección absolutamente desinteresada, hacia los inferiores, es decir, una persona que comprende y practica la verdadera Jerarquía.

En el aspecto Espiritual, la Jerarquía es Trabajo y Orden; en el aspecto humano, la jerarquía debe imponernos, también, el deber de trabajar para el bien de los demás. A la vez, mediante la jerarquía se establece el orden imprescindible para el desarrollo normal y beneficioso de cualquier actividad. La jerarquía, el orden y el trabajo deben ser inseparables para poder lograr el éxito.

NUESTRO ESPÍRITU

Nuestro Espíritu es una Chispa brotada de Dios, cuyo Amor da Vida de Sí Mismo; es, pues, una Chispa Divina y, como tal, posee cualidades divinas que van aflorando y desarrollándose mediante el proceso de evolución que debe efectuar a través de miles y miles de años.

En el mismo instante de "nacer" la Chispa Divina, comienzan a Actuar en ella las Leyes que Rigen la Vida; así, Seres ya evolucionados —es decir, Seres Superiores que constituyen la Jerarquía Espiritual— la toman amorosamente bajo su guía y protección, procurándole todos los medios para que la Chispa Divina pueda comenzar y desarrollar su proceso de evolución y realizar todas las experiencias necesarias que le permitan, luego, adquirir conciencia de bien y mal y hacer uso de su libre albedrío.

Así, guiada en todo momento por la Jerarquía Espiritual, la Chispa Divina inicia una larguísima serie de experiencias. Primeramente en mundos muy sutiles —mundos que podríamos llamar espirituales— y luego, progresivamente, en mundos cada vez menos sutiles, hasta llegar a mundos físicos como el nuestro.

Cuando la Chispa Divina va a experimentar a un mundo, para poder hacerlo debe "envolverse" en las substancias que forman el "medio" de ese mundo, a cuyas substancias se va adaptando, lo cual le permite realizar después otras experiencias en mundos algo inferiores, hasta llegar a los mundos físicos.

Cuando le corresponde experimentar en un mundo como el nuestro, por ejemplo, la Chispa Divina debe vivir *repetidas veces* en el reino mineral, luego en el reino vegetal y después en el reino animal. Cada vez que termina una de sus experiencias en el mundo, la Chispa Divina retorna al Espacio donde Viven en conjunto, en grandes -Grupos, Chispas Divinas que están realizando sus experiencias en el mismo reino de la Naturaleza.

Existen diferentes Grupos: unos, formados por Chispas Divinas que están experimentando en el reino mineral; otros, por Chispas Divinas que ya están realizando sus experiencias en el reino vegetal, y otros, por Chispas Divinas —ya más evolucionadas— que están experimentando en el reino animal.

En todos esos Grupos, la Fuerza Espiritual de todas las Chispas Divinas que lo integran se une, y las experiencias realizadas por unas Chispas ayudan a las otras cuando esas otras Chispas deben, a su vez, ir a experimentar en el mundo, pues, mientras unas Chispas Divinas de ese Grupo experimentan, las otras permanecen en el Espacio.

Como vemos, aunque viven todavía en forma inconsciente, existe en las Chispas Divinas la verdadera Fraternidad, porque —como ya sabemos— la Fraternidad es Ley de Vida.

A medida que realizan sus experiencias —para lo cual en todo momento son amorosamente guiadas y protegidas por la Jerarquía Espiritual— las Chispas Divinas van evolucionando y adquiriendo mayor Fuerza y capacidad de acción individual, hasta que llega el momento en que, habiendo ya realizado todas las experiencias necesarias en los tres reinos de la Naturaleza, esas Chispas Divinas han logrado un cierto "punto" de evolución y, también, han adquirido algún sentido sobre bien y mal, lo cual constituye el comienzo de su futura conciencia.

Realizadas todas las experiencias necesarias en los tres reinos de la Naturaleza, corresponde a la Chispa Divina comenzar a experimentar en el Reino Humano; pero, antes de iniciar sus experiencias como hombre debe permanecer por mucho tiempo en el Espacio, trabajando en la perfecta asimilación de todas las experiencias realizadas. Para este trabajo reciben, también, ayuda amorosa de la Jerarquía Espiritual.

Durante el largo período en que permanece en el Espacio antes de comenzar a encarnar como ser humano, la Chispa Divina se transforma en Espíritu, al nacer su conciencia mediante la "recapitulación" y asimilación de todas las experiencias realizadas, lo cual forma en ella una base de Sabiduría y de capacidad para discernir entre bien y mal, que le permite comenzar a utilizar su voluntad y su libre albedrío.

Libre albedrío y voluntad son facultades que la Chispa Divina recibe al "nacer" a la Vida, pero que no puede utilizar hasta que, habiendo realizado todas las experiencias necesarias que marca la Ley de Evolución, ha adquirido conciencia y, por lo tanto, se ha transformado en espíritu, pudiendo entonces comenzar a experimentar en el reino Humano, es decir, iniciar sus encarnaciones como hombre.

En el comienzo, las nuevas experiencias que realiza la Chispa Divina transformada en espíritu —con conciencia y libre albedrío— son todavía Guiadas por la Jerarquía Espiritual, pero, a medida que el espíritu afirma y fortalece su conciencia y ejerce su voluntad y su libre

albedrío, va adquiriendo responsabilidad por sus actos, pensamientos y sentimientos, responsabilidad que va aumentando progresivamente a medida que el espíritu evoluciona.

La evolución adquirida por el espíritu se manifiesta en el hombre a través de su inteligencia; por lo tanto, una persona inteligente tiene, ante la Ley Divina, mayor responsabilidad por sus actos, pensamientos y sentimientos que una persona de menor inteligencia.

Esto significa que todos somos exactamente iguales y que la única diferencia que existe entre unos hombres y otros, y entre el hombre y los animales, los vegetales y los minerales, es el "punto" de evolución espiritual que unos ya han alcanzado y otros deben aún alcanzar. La diferencia consiste, solamente, en que los hombres más inteligentes son Chispas Divinas que nacieron a la Vida antes que los hombres menos inteligentes, o que hicieron, voluntariamente, mayor esfuerzo por progresar.

Mediante esta enseñanza podemos comprender también que el hombre no es, en realidad, superior a los animales, a los vegetales ni a los minerales, sino que es, sencillamente, un hermano mayor de todos ellos, a los cuales debe amar como él fue y es amado por sus Hermanos Mayores de la Jerarquía Espiritual.

VIBRACIÓN

Vibraciones Sutiles y vibraciones densas

Todo en el Universo entero Vibra, porque *Vibración es la Esencia Espiritual de todo lo que existe.*

Vibración no significa el movimiento trémulo que estamos acostumbrados a ver, sentir o comprobar físicamente, sino la Energía espiritual que, en forma infinitamente variada, conforma todo cuanto existe.

Esa Energía espiritual es Vida; por lo tanto, podemos decir que Vida es Vibración y que la Vibración —o sea la Vida— se Manifiesta bajo infinitos aspectos diferentes para conformar todo, absolutamente todo lo que existe en el Universo.

Si todo lo que existe —en nosotros y fuera de nosotros, en nuestro mundo y más allá de nuestro mundo— es Vibración, porque es Vida manifestada bajo los innúmeros aspectos que requieren las necesidades de evolución de los mundos y de la Naturaleza y las Humanidades que pueblan esos mundos, lógicamente existen infinitas "clases" de Vibración, desde la Vibración espiritual más Sutil, más Pura y más Paderosa —que es la Vibración Divina

— hasta la vibración densa de la materia que conforma todo lo físico y material que tiene forma en mundos como el nuestro.

Las Vibraciones espirituales son Vibraciones muy sutiles; las vibraciones densas son también espirituales en esencia, pero "condensadas" es decir que al adoptar consistencia material y aspecto físico, han debido transformarse.

Nuestros sentidos físicos nos permiten captar sólo vibraciones densas o en un punto bajo de sutileza; las vibraciones de sutileza más elevada resultan imperceptibles para nuestros sentidos físicos. Por eso, nuestros ojos no pueden ver ciertos colores ni nuestros oídos pueden percibir ciertos sonidos que, sin embargo, la Ciencia demuestra que existen.

Esto significa que hay vibraciones que, siendo físicas —pues corresponden a nuestro mundo físico— son más sutiles que otras, y también significa que ciertas vibraciones físicas pueden ser captadas por nuestros sentidos humanos y, en cambio, nuestros sentidos humanos no pueden captar otras vibraciones que también son físicas.

Decimos que *la vibración física material es vibración espiritual transformada* porque, como ya sabemos, todo lo que existe en nuestro mundo —al igual que todo cuanto existe en el Universo entero— es Vibración emanada de Dios, pues Dios es el Único Creador, la Única Fuente de Vida, y, al Crear, Dios da Vida de Sí Mismo.

En consecuencia, nada existe que no haya emanado de Dios; pero, Dios es Espíritu Puro, Crea en Espíritu, que es Vibración Sutilísima, de modo que las vibraciones materiales y físicas que corresponden a los mundos físicos son vibración sutil transformada, vibración sutil densificada y "condensada".

Al transformarse, densificándose o "condensándose", la vibración sutil pierde las cualidades y propiedades inherentes a su "punto" de sutileza y adquiere, en cambio, las cualidades y propiedades que corresponden a la materia, a lo físico, es decir, las cualidades y propiedades inherentes a un "punto" de sutileza muy inferior. Esas cualidades y propiedades de la vibración varían de acuerdo con el grado de la densificación.

Para mejor comprender tomemos, por ejemplo, el agua. El agua puede encontrarse en diferentes grados de densidad. Como líquido tiene una densidad determinada y propiedades que responden a ese grado de densidad; como sólido tiene diferente densidad y diferentes propiedades, y como vapor tiene otro grado de densidad y distintas propiedades. Sin embargo, en todos esos grados diferentes de densidad, el agua conserva siempre la misma composición esencial.

Así, también, la vibración sutil, al densificarse en mayor o menor grado, cambia completamente sus cualidades y propiedades, pero no cambia jamás su esencia espiritual original.

La Vibración —emanada de Dios— que luego se densifica y adquiere forma, es de "Calidad" diferente a la Vibración de las Chispas Divinas —que también emanan de Dios—. Es decir que Dios Uno, Creador, da Vida a los Seres Espirituales y da Vida, también, a los mundos y Sistemas y a todas las materias físicas.

Como vemos, todo es Vida, es decir, todo es Vibración, tanto en lo espiritual sutil invisible como en lo espiritual "condensado" —que nos es posible ver y sentir— que conforma todo lo que es físico y material.

Por lo tanto, entre lo espiritual y lo físico sólo hay diferencia de "estado vibratorio", como ha podido comprobarlo la Ciencia al liberar la energía atómica, o sea, al obtener que se transforme nuevamente en vibración sutil, la vibración "condensada" o física.

Esto comprueba que todo es vibración en su esencia, y como sabemos que en su esencia todo es espiritual, por ser de origen Divino, podemos decir que Vibración es la Esencia Espiritual de todo lo que existe.

Vibraciones positivas y vibraciones negativas

La Vibración —o sea la Vida— se manifiesta bajo todos los infinitos aspectos que constituyen el Universo; por lo tanto, es tal la diversidad de vibraciones que existe, que nuestra mente no puede siquiera concebirla.

En la Tierra —por ejemplo— son vibraciones todos los diferentes estados de la materia, es decir, de las sustancias físicas que conforman todo lo que existe en el planeta. Son vibraciones los sentimientos, las sensaciones, los pensamientos y, también, son vibraciones los cuerpos, las almas, las mentes y las palabras.

Las Ciencias y las Artes son vibraciones, así como los colores, los sonidos, el calor, la energía, la electricidad y la luz.

Todas esas innumerables vibraciones que existen en nuestro mundo y, además, las Vibraciones de los seres espirituales que viven en él —experimentando como humanos o experimentando en los reinos de la Naturaleza— constituyen la manifestación, en la Tierra, de la Vibración-Vida, que adopta todos los aspectos y formas necesarios al planeta, a la Naturaleza y a los hombres.

Siendo todo manifestación de Vibración-Vida Emanada de Dios, todas las vibraciones que existen en el mundo deberían —lógicamente— ser vibraciones positivas, o sea de bien; sin embargo, no todas las vibraciones que existen en nuestro mundo son vibraciones

positivas, sino que, desafortunadamente, hay en la Tierra una enorme proporción de vibraciones negativas.

Esto se debe a que la falta de amor entre los hombres, el egoísmo, la ambición y demás consecuencias del desamor, fueron transformando en negativas —o de mal— vibraciones originalmente positivas —o de bien—; de esa forma, con sus pensamientos y sus sentimientos han ido "impregnando" de vibraciones negativas el planeta.

Esos pensamientos y sentimientos negativos fueron causa de hechos negativos, los cuales, a su vez, originaron otros pensamientos, sentimientos y hechos también negativos. Esto, que ha ocurrido permanentemente desde hace miles y miles de años, ha formado en la Tierra una intensísima fuerza negativa.

Por eso nuestro mundo es un mundo de dolores y de pruebas; pero, como vemos, no es un mundo de pruebas y dolores porque así nos lo haya impuesto el Padre Divino, que es Amor, sino porque los hombres mismos lo han transformado en lo que es.

Los Seres con conciencia —como es el hombre— pueden transformar vibraciones positivas en negativas en virtud del libre albedrío que poseen, el cual les otorga libertad de acción —lógicamente, bajo su exclusiva responsabilidad—. Por ello es que el hombre debe superar en su vida tantos males y tantos dolores.

Las vibraciones originales son siempre positivas, es decir, de bien; pero el hombre, al utilizarlas *conscientemente* en forma egoísta y ambiciosa o en perjuicio de alguien o de algo, las transforma en vibraciones negativas, porque las utiliza transgrediendo la Ley Divina, que es Amor.

Al obrar de esa manera, el hombre contrae una deuda con la Ley Divina y necesita luego —como ya hemos dicho anteriormente— sufrir tanto dolor como causó, a fin de purificar su alma y aprender que obrar negativamente le es sumamente perjudicial.

Al pensar, al sentir, al hablar, emitimos vibraciones y esas vibraciones llegan a los demás. Si nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras intenciones, al hablar, son positivos, esas vibraciones nuestras, que llegan a los demás, son vibraciones positivas o de bien; pero si nuestros pensamientos, sentimientos o intenciones, al hablar, son negativos, los demás recibirán de nosotros vibraciones negativas o de mal.

Por lo tanto, deberemos tener sumo cuidado con nuestros pensamientos, con nuestros sentimientos y con nuestras reacciones, especialmente en aquellos casos en que nos encontremos ante hechos que nos mortifiquen, nos hieran o nos desagraden, a fin de no caer en el peligro de reaccionar, pensar o hablar negativamente, pues, además del perjuicio que con ello ocasionaríamos a otros, nos perjudicaríamos también nosotros mismos.

En cambio, si en esos casos respondemos con vibraciones positivas en nuestros pensamientos, sentimientos o palabras, no sólo contrarrestaremos las fuerzas de las vibraciones negativas que trataron de mortificarnos, herirnos o desagradarnos, sino que, así, habremos fortalecido en el bien nuestra propia alma, lo cual nos proporcionará una intensa felicidad.

Si los hombres hubieran procurado obrar siempre en esa forma, la humanidad no se habría visto amenazada y herida tan frecuentemente por guerras y catástrofes. Las guerras, las catástrofes y todos los males que azotan a la humanidad son producto de las vibraciones negativas con que los hombres han impregnado nuestro mundo.

La falta de conocimiento sobre la Verdad de la Vida ha llevado a los hombres, siglo tras siglo, milenio tras milenio, a obrar negativamente, generando así, en el mundo, una poderosa fuerza negativa cuyas consecuencias la Humanidad ha debido y debe sufrir.

Armonía vibratoria

Sabemos que todo lo que existe es Vibración. En consecuencia, todas las sustancias de que están compuestos, los minerales y todas las sustancias de que están formados los vegetales y los animales son vibraciones, como también son vibraciones todos los elementos que constituyen y conforman el ser humano.

Las Chispas Divinas que experimentan en los minerales, en los vegetales y en los animales no tienen aún conciencia; por lo tanto, sus múltiples y diversas vibraciones son positivas, ya que, como todavía no poseen el uso de su voluntad ni del libre albedrío, no existe para los reinos de la Naturaleza posibilidad de transformar en negativas sus vibraciones.

Cada reino de la Naturaleza tiene su Vibración propia. Así, la Vibración del reino mineral está formada por las vibraciones de todos y cada uno de los minerales que existen en el mundo; la Vibración del reino vegetal está formada por las vibraciones de todos y cada uno de los vegetales del mundo, y la Vibración del reino animal está formada por las vibraciones de todos y cada uno de los animales de la Tierra.

Como ya sabemos, los reinos de la Naturaleza son, en su parte física, elementos de experiencias para las "Chispas Divinas", las cuales realizan esas experiencias bajo la Guía y Protección permanente de los Seres Superiores. Por lo tanto, cada mineral, cada vegetal y cada animal tiene sus propias vibraciones físicas y espirituales, es decir, sus propias vibraciones densas y sutiles —siempre positivas— que armonizan perfectamente entre sí.

Ese conjunto individual de vibraciones, unido a las vibraciones similares de los demás integrantes del reino, conforman la Vibración propia de ese reino. La Vibración de cada uno de los tres reinos es también perfectamente armónica con la de los otros dos, formando en conjunto la Vibración de la Naturaleza en el mundo, la cual es Vibración armónica y positiva.

También el ser humano tiene sus propias vibraciones espirituales —sútiles— y físicas —densas—; pero el hombre, ejerciendo su voluntad y su libre albedrío, ha transformado en negativas muchísimas vibraciones de su mente, de su alma y de su cuerpo, y, en consecuencia, la Vibración de la Humanidad —que está formada por la vibración de todos y cada uno de los hombres— tiene en sí una desoladora proporción de vibraciones negativas. Por ello, la Vibración propia de la Humanidad es desarmónica y negativa.

La vibración del hombre es desarmónica debido a que, siendo las Vibraciones de su espíritu —que viene a la Tierra a experimentar y trabajar para poder progresar y evolucionar— puras y positivas, como el hombre ha transformado en negativas casi todas las vibraciones que corresponden a su vida humana, en él se ha producido una gran desarmonía entre las Vibraciones puras y positivas de su espíritu y las vibraciones negativas de sus pensamientos, sus sentimientos y su cuerpo físico. En consecuencia, la Vibración propia de la Humanidad, formada por la vibración de todos los hombres —que, como ya dijimos, es desarmónica y negativa— desarmoniza con la Vibración propia de la Naturaleza, que es armónica y positiva.

La Vibración de la Humanidad y la Vibración de la Naturaleza, unidas, forman la Vibración propia de nuestro mundo; en consecuencia, la Vibración de nuestro mundo es, también, Vibración desarmónica. Por ello, su "tono" vibratorio no es el "tono" que debe tener nuestro mundo para poder conservar la Armonía con los otros mundos del Universo, a los cuales está —como ya sabemos— unido espiritualmente.

Como la Ley Divina, que Rige el Universo, señala Armonía entre los mundos para la perfecta Realización de la Vida en ellos, cuando un mundo vibra negativamente y, por lo tanto, desarmoniza con los demás, está transgrediendo la Ley; como consecuencia, la Humanidad de ese mundo —que es la única causante de esa desarmonía— deberá purificarse para poder obtener la Armonía necesaria, y para purificarse deberá sufrir hasta que comprenda su necesidad de cambiar y cambie.

Por eso es imprescindible, para el hombre, el conocimiento espiritual, que le permitirá, no sólo comprender la verdadera causa de todos sus males y dolores, sino, también, aprender a vivir de acuerdo con la Ley Divina.

Podrá, así, lograr la armonía necesaria en su Propia vibración y también en la Vibración de la Humanidad, y, como consecuencia, se obtendrá en la Vibración de nuestro mundo la Armonía debida.

En esa forma, la Vibración de la Tierra adquirirá el "tono" que señala la Ley y Armonizará con la Vibración de los otros mundos del Universo.

No debemos olvidar que la Humanidad está compuesta por todos los, hombres que viven en la Tierra; por lo tanto, todos y cada uno de los hombres tienen el deber y la responsabilidad de esforzarse al máximo para que la Vibración de nuestro mundo adquiera el "tono" debido. Para obtenerlo es necesario comenzar a purificar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, sin olvidar que quienes han recibido el Conocimiento espiritual tienen, además, el deber de enseñar a los otros la necesidad de purificarse.

Si la purificación de los pensamientos y sentimientos fuera practicada por una gran mayoría, rápidamente podría cambiar el "tono" de la Vibración propia del mundo y, como consecuencia, el oscuro y desolador panorama actual de guerras y desastres se transformaría en un luminoso panorama de esperanza y felicidad.

LEY DE AFINIDAD

Como hemos visto anteriormente, todo lo malo que existe en nuestro mundo se debe a la transformación del bien en mal que los hombres han realizado en la Tierra —desde hace miles de años— con sus pensamientos y sentimientos negativos.

Esto demuestra la poderosísima fuerza que poseen nuestra alma y nuestra mente, fuerza que cada uno puede utilizar en bien o en mal, según su propia voluntad. Sin embargo —como también sabemos— cada uno es responsable de sus acciones realizadas en forma voluntaria, y deberá —ineludiblemente— responder por ellas ante la Ley Divina.

"Responder ante la Ley Divina" significa que, como respuesta a nuestros hechos, pensamientos y sentimientos, habremos de recibir, indefectiblemente, tanto bien o tanto dolor como hayamos producido o deseado producir a otros. Esto responde a la Ley de Causa y Efecto.

Todas las Leyes que Rigen la Vida en todo el Universo son Expresiones del Amor Divino, o sea Expresiones de Su Ley de Amor Universal. Una de esas Leyes es la Ley de Afinidad. Mediante la Ley de Afinidad, las vibraciones se atraen y unen de acuerdo con su propia "calidad", formando de este modo una fuerza con poder de acción muy superior al poder de acción de cada vibración aislada, porque la fuerza de las vibraciones que se unen no se suma sino que se multiplica.

Por lo tanto, los pensamientos de varias personas unidas en un mismo deseo forman una fuerza que puede obtener realizaciones con mayor facilidad que cada una de esas personas individualmente.

Al unirse las vibraciones de varias mentes conforman una especie de "foco" de vibraciones, cuya fuerza está en relación con la cantidad y la "calidad" de las mentes que se han unido. La "calidad" de la mente depende de su "punto" de evolución, y cuanto más evolucionada es una mente, mayor fuerza posee y, en consecuencia, más fuerza podrá aportar al conjunto, o sea al "foco" que está integrando.

Como es lógico, ese "foco" de vibraciones está también bajo la acción de la Ley de Afinidad; en consecuencia, sus vibraciones atraen del Espacio vibraciones similares, en intensidad acorde con su propia fuerza, y la fuerza de las vibraciones atraídas se suma a la fuerza del "foco" formado, ayudando así a la obtención de las realizaciones perseguidas por quienes han unido sus mentes para tratar de lograrlas.

Cuando las mentes unidas vibran positivamente atraen fuerzas positivas, y cuando las mentes unidas vibran negativamente atraen fuerzas negativas.

Lo Superior, lo Puro, lo Verdadero, es siempre positivo; por lo tanto, cuando deseamos Algo con pureza y sin ningún egoísmo y lo expresamos a través de nuestra mente, por Ley de Afinidad la fuerza de nuestra mente atrae Vibraciones desde lo Superior, y cuando las mentes que se han unido, deseando esa realización de bien, son varias o son muchas, la Fuerza que se atrae de lo Superior es mucho más poderosa.

Exactamente lo mismo, pero en sentido inverso, ocurre cuando la mente o las mentes unidas expresan deseos negativos, o sea de mal.

TRANSFORMEMOS EL MAL EN BIEN

Todo lo Creado es y ha sido siempre positivo; pero, como ya sabemos, lo positivo se transforma en negativo cuando los seres, en virtud del libre albedrío que todos poseemos, utilizan sus vibraciones positivas para el logro de fines egoístas.

De acuerdo con la Ley Divina —que siempre es Amor— todo poder debe ser utilizado sólo para el bien de los demás; no deberá utilizarse exclusivamente para el propio beneficio y menos aún para perjudicar a otros.

Cuando un ser se aparta del camino del amor, que la Ley Divina señala, a todos; cuando utiliza un poder, sea espiritual, mental o humano, para perjudicar a otros o para beneficio propio exclusivamente, ese ser está obrando en completa oposición a la Ley del

Amor, o sea a la Ley Divina. Entonces, sus vibraciones, que eran acordes con la Ley —y por lo tanto positivas— se transforman en opuestas a la Ley —y por lo tanto negativas.

Sabemos que, por Ley de Afinidad, las vibraciones positivas atraen otras vibraciones positivas y las vibraciones negativas atraen otras vibraciones negativas. Sabemos, también, que todo lo Superior, lo Puro, lo Verdadero, es positivo, y que, por lo tanto, es desde lo Superior que nuestras vibraciones positivas —o de bien— reciben apoyo y ayuda; pero, ¿desde dónde reciben apoyo y ayuda las vibraciones negativas —o de mal— que producen las mentes y las almas humanas?

Debemos presumir que en algún "momento", algún Ser poderoso y positivo —quien por Ley de Jerarquía debía usar su poder para el bien de muchos otros seres— obró en oposición a la Ley del Amor al permitir que se formaran en su Mente poderosa, pensamientos egoístas y ambiciosos que, paulatinamente, fueron adquiriendo más y más fuerza. Se habría formado así, en el propio Ser, un foco de vibraciones opuestas a la Ley, y cuando esas vibraciones opuestas a la Ley llegaron a adquirir una fuerza determinada, produjeron una especie de "conmoción interna" en el Ser, quien, por la fuerza y acción de esa "conmoción interna", se vio "proyectado" a un "punto" del Espacio que podríamos calificar de "opuesto" a aquel en que antes se encontraba, y privado del contacto con las Fuerzas Superiores que hasta ese momento le rodeaban.

El Poder Espiritual permanece por siempre en los Seres, de modo que ese Ser continuó siendo poderoso, pero, su gran poder positivo se transformó en poder negativo. Su Mente, transformada en Mente negativa, desde aquel "momento" proyecta sus vibraciones poderosas procurando influir en las almas y en las mentes de otros seres, para infiltrarles sus vibraciones negativas, atraerlos a su órbita de acción y someterlos a su voluntad. Es decir que desde aquel "momento" obra permanentemente en oposición a las Leyes Divinas.

— — — —

No es difícil comprobar que la acción negativa ha tenido éxito en nuestro mundo, pues suman millones los seres que han aceptado y aceptan, obedeciendo voluntariamente, las sugerencias del mal.

Eso es lo que ha ido formando el "clima" espiritual tan negativo que existe en nuestro mundo, en el cual los hombres viven en oposición a la Divina Ley del Amor, envueltos en vibraciones de ambición, egoísmo, orgullo, vanidad, odios y rencores, que alejaron de los hombres la felicidad —que sólo puede obtenerse viviendo de acuerdo con el Amor— y originaron en ellos necesidades espirituales de purificación dolorosa.

Sin embargo, el Amor Divino, que nunca abandona a Sus hijos, proporcionó una y otra vez a la humanidad los medios para encauzarse por el Sendero del bien, para lo cual periódicamente llegaron a la Tierra Sus Enviados, quienes señalaron a los hombres el Camino.

En consecuencia, no podemos suponer que algún ser, por mucho que se haya desviado hacia el mal, ha perdido definitivamente la Protección Amorosa del Padre, pues no habría en ello la Justicia Perfecta con que el Padre Expresa Su Amor.

Sabiendo que el Divino Amor y el Divino Poder nos protegen en todo momento, no debemos sentir temor y menos sentir odio por aquellos pobres seres intensamente desviados a quienes solemos dar diferentes nombres, pero que, en general, podríamos denominar "seres de mal" —pues conscientemente sirven al mal obrando en oposición al bien— porque el temor y el odio son vibraciones negativas que nosotros proyectamos, así, sobre ellos. Esas vibraciones negativas, proyectadas sobre ellos por las mentes y las almas humanas, se unen por Ley de Afinidad a las propias vibraciones negativas de esos seres, aumentando su poder de acción y dificultando más y más su redención.

Debemos tener la seguridad de que aquello que, debido a una intensa fuerza opuesta al Amor, una vez se transformó de positivo en negativo, bien podrá —en algún "momento", en el tiempo— volver a transformarse de negativo en positivo, mediante la maravillosa y todopoderosa fuerza del Amor.

Todos los seres desviados, aun los más negativos, son también hermanos universales nuestros; por lo tanto, tenemos el deber de proyectar sobre ellos nuestro amor, pues ese es el camino por el cual podrán llegar de lo Superior, hasta ellos, la Luz y la Fuerza Espiritual que habrán de iluminarlos y fortalecerlos para que puedan iniciar la nueva transformación y redimirse. Ellos son "enfermos espirituales" y el Amor es la única "medicina" que podrá "sanarlos".

Si los hombres, que son víctimas constantes de las acechanzas del mal, responden a sus ataques con su amor, la fuerza del amor de los hombres hacia esos hermanos tan desviados les ayudará a lograr su redención.

Por lo tanto, no debemos temer ni odiar a los seres que vibran negativamente. Por el contrario, debemos sentir por ellos un profundo amor compasivo y ayudar, con la fuerza positiva de nuestra mente y de nuestra alma, a que en algún "momento" logren transformar nuevamente en positivas sus vibraciones actualmente negativas.

LAS CIVILIZACIONES Y LA LEY DEL AMOR

No pocas veces nos enteramos de descubrimientos arqueológicos que demuestran claramente que algunos lugares de la Tierra, que en la actualidad se hallan deshabitados, en épocas remotas estuvieron poblados por hombres que habían alcanzado una civilización que, en algunos casos y en ciertos aspectos, era más avanzada que la civilización actual.

La Historia nos habla de muchos pueblos —que vivieron en el pasado— cuya civilización, después de haber logrado un gran florecimiento, entró en decadencia hasta desaparecer. ¿Quiénes impulsaron esas civilizaciones y, por qué esas civilizaciones desaparecieron, quedando de ellas solamente ruinas?

Siempre existieron —y aún existen— grandes diferencias en el progreso logrado por los diversos grupos humanos, porque en nuestro mundo —como en todo el Universo— Actúan las Leyes, y la Ley de Jerarquía impone a la humanidad una escala jerárquica de valores en la cual corresponde, a los grupos humanos que están en peldaños superiores, impulsar y ayudar al progreso espiritual, físico y material de los grupos que, en esa escala de valores, se encuentran aún en peldaños inferiores.

A medida que un espíritu progresa y evoluciona va adquiriendo mayor sabiduría. La sabiduría del espíritu es la que permite a ciertas personas —espíritus de evolución superior, que por un determinado lapso se encuentran en la Tierra viviendo como humanos— manifestar una inteligencia muy superior al común de los hombres de su época, que les impulsa a estudiar e investigar en las Ciencias. Esto les permite realizar descubrimientos e inventos que marcan nuevos rumbos en la vida humana y señalan caminos por los cuales otros hombres podrán traer, luego, adelantos insospechados que beneficiarán a toda la humanidad, como ha ocurrido, por ejemplo, con el descubrimiento de la electricidad, de las ondas hertzianas y de la energía nuclear, que, bien podemos decir, han transformado y mejorado —y podrán transformar y mejorar aún más— la vida de los hombres.

El progreso de los grupos humanos no se refiere solamente al aspecto científico, sino también al aspecto artístico y al aspecto social, es decir, a la convivencia de los seres humanos, todo lo cual debe evolucionar y perfeccionarse ininterrumpidamente.

Mediante el estudio de la historia antigua y también por hallazgos arqueológicos realizados, ha sido posible comprobar que durante largos períodos, diferentes grupos humanos, que en el correr de los milenios poblaron la Tierra, vivieron en un ritmo de constante perfeccionamiento, alcanzando un gran progreso en las Ciencias, en las Artes y en la forma social de vida.

— — — —

La Ley Divina —que es siempre amor— Rige todo cuanto existe en el Universo. Cuando en un mundo la vida se desarrolla en armonía con la Ley, es decir, con el Amor, el progreso evolutivo que le corresponde va obteniéndose progresivamente, proporcionando a los grupos humanos felicidad, armonía y bienestar, porque mediante el cumplimiento de la Ley Divina el hombre vive en perfecta relación con Dios y en perfecta relación con sus hermanos. En cambio, cuando el hombre se aparta del cumplimiento de la Ley Divina, transformándose en ambicioso, egoísta y desamorado, y sus sentimientos negativos le llevan a pensar, sentir y

obrar en contra de sus hermanos, su relación con Dios se entorpece enormemente, lo cual le aleja por completo del sendero de la felicidad.

En esas circunstancias, aun cuando el progreso material continúe, la Ciencia, el Arte y la convivencia humana se transforman en instrumentos al servicio del egoísmo y de la ambición, y como la finalidad de la Ciencia, el Arte y la convivencia humana es el bien común, la Ciencia, el Arte y la vida de relación se desarrollan, así, en forma opuesta a su verdadera finalidad, lo cual sólo puede traer a los hombres dolor en vez de felicidad, y, además, demora en su progreso evolutivo.

Cuando un grupo humano —o la humanidad toda— demora su progreso evolutivo debido a la degeneración de los valores morales que determinan ese progreso, la convivencia se transforma en sojuzgamiento del más débil por el más fuerte, a causa de la falsa interpretación y arbitraria acción de la jerarquía. El arte se desvirtúa como expresión de Realidad y Armonía, y los descubrimientos científicos se transforman en elementos de destrucción al servicio de la ambición y el egoísmo, como ocurrió con la pólvora, la dinamita, los gases tóxicos, las bacterias mortíferas empleadas con fines bélicos y la energía nuclear, que como arma mortífera podría, en cualquier momento, destruir a casi toda la humanidad.

Basándonos en lo que la Historia nos relata, podemos comprobar que todas las grandes civilizaciones que florecieron en el mundo, decayeron y finalmente desaparecieron debido al empleo ambicioso y egoísta del poder y el progreso obtenidos, es decir, debido a la falta de amor.

En consecuencia, y resumiendo, podemos decir que *las civilizaciones fueron —y son— impulsadas por el amor* de Seres de evolución superior que, interpretando debidamente la Ley de Jerarquía, actúan en la Tierra como humanos extraordinariamente dotados, para señalar e iniciar caminos de progreso que los hombres deben seguir, y que *las civilizaciones desaparecieron —y podrán aún desaparecer— debido al desamor*, al egoísmo y a la ambición de los hombres, que les llevan a odiarse y exterminarse mutuamente.

La Ley siempre se cumple: el amor proporciona felicidad; en cambio, el desamor conduce al dolor y a la destrucción.

LA MENTE ESPIRITUAL Y EL ALMA ESPIRITUAL, Y LA MENTE HUMANA Y EL ALMA HUMANA

Nuestro espíritu, como ya sabemos, es una "Chispa Divina" purísima que, en el proceso de su evolución, debe realizar infinitas experiencias, en diferentes mundos, para lo

cual necesita "revestirse", en cada mundo, de las substancias que forman el "medio" en el cual deberá actuar.

Cuando una "Chispa Divina" se ha transformado en espíritu consciente, es decir, cuando ha formado ya su conciencia y ha aflorado su voluntad y su libre albedrío, adquiere la facultad de pensar y de sentir por sí misma, lo cual determina en el espíritu dos aspectos perfectamente armonizados entre sí: el aspecto Mental, o Mente espiritual, y el aspecto Sensorial, o Alma espiritual.

Estos dos aspectos del espíritu actúan en todo momento y, lógicamente, también actúan durante los períodos en que el espíritu vive encarnado en un mundo a fin de experimentar en él. Para actuar en mundos físicos como, por ejemplo, el nuestro, el espíritu necesita elementos físicos que le permitan manifestarse; en consecuencia, la Mente espiritual se manifiesta a través de la mente humana, y el Alma espiritual se manifiesta a través del alma humana.

La Mente espiritual y el Alma espiritual, que están constituidas por Vibraciones espirituales purísimas, para poder actuar en la Tierra necesitan "envolverse" en vibraciones afines densas, aunque invisibles, que toman de nuestro mundo, formando así la mente humana —que responde a la Mente espiritual— y el alma humana —que responde al Alma espiritual—. Todo ello se manifiesta físicamente a través del cuerpo físico.

La idea es facultad de nuestra Mente espiritual, y la Mente espiritual la expresa en pensamiento por medio de nuestra mente humana, la que, a su vez, utiliza como instrumento de acción a nuestro cuerpo físico. El Alma espiritual posee la facultad de sentir y de amar, lo cual manifiesta, en la Tierra, a través de nuestra alma humana, que, a su vez, utiliza también nuestro cuerpo físico como instrumento de acción.

Como la mente humana y el alma humana están constituidas —como dijimos— por vibraciones densas, todo lo que deben manifestar, en pensamientos, en sensaciones o en sentimientos, originados en las Vibraciones sutilísimas de la Mente espiritual y del Alma espiritual, lo manifiestan deformado y, además, casi siempre influido por las vibraciones negativas de nuestro mundo, que tanto presionan las mentes y las almas de los hombres, y que también las penetran si el hombre no opone a ello su firme voluntad de pensar y de sentir sólo positivamente.

Casi siempre, las vibraciones negativas logran penetrar en la mente y en el alma humanas, y, así, las ideas, las sensaciones y los sentimientos no sólo son deformados, sino que son también transformados en ideas, sensaciones y sentimientos negativos.

No obstante, en muchas oportunidades, la sensación de nuestra Alma espiritual es tan poderosa que conmueve intensamente nuestra alma humana, como suele ocurrirnos al

contemplar ciertas manifestaciones de la Naturaleza, al contemplar bellezas pictóricas o plásticas, al escuchar la interpretación de hermosas composiciones musicales.

También sentimos la acción de nuestra Mente espiritual y de nuestra Alma espiritual cuando, por ejemplo, nos conmovemos intensamente ante la necesidad de un hermano desvalido y deseamos —*con absoluto desinterés*— prestarle el máximo apoyo, traduciendo así nuestro deseo espiritual de obrar de acuerdo con la Ley de Jerarquía, que —como todas las Leyes espirituales— es amor en su esencia.

La Belleza pura y la Armonía perfecta son vibraciones sutilísimas, afines con la vibración de nuestro espíritu; por eso es que, cuando nos encontramos ante panoramas, escenas, seres o expresiones artísticas que expresan verdadera belleza o verdadera armonía, sentimos profunda emoción, pues nuestra Alma espiritual capta esa vibración de belleza o de armonía y "responde" a ella.

No obstante, en algunas ocasiones esto no nos ocurre debido a que nuestra alma o nuestra mente humanas están muy presionadas por las vibraciones densas y negativas del mundo, lo cual les impide reflejar y expresar debidamente la vibración sutilísima de nuestra Mente espiritual y de nuestra Alma espiritual.

Las sensaciones y sentimientos que responden exclusivamente a nuestro carácter de humanos tienen su asiento en nuestra alma humana. Los placeres, que tan fácilmente se transforman en vicios, los deseos, sentimientos y pensamientos ambiciosos y egoístas, nacen en nuestra alma humana y en nuestra mente humana; eso ocurre debido a que ellas transforman en negativas las vibraciones sutiles que reciben del Alma espiritual y de la Mente espiritual, porque el hombre no se esfuerza en vivir de acuerdo con la Ley Divina, que es amor.

Es, pues, nuestro deber, esforzarnos al máximo en procurar la purificación de nuestra mente y de nuestra alma humanas, a fin de que su vibración —aunque densa— pueda manifestar y expresar, lo más fielmente que nuestro mundo permite, las purísimas vibraciones de nuestra Mente espiritual y de nuestra Alma espiritual.

LOS CELOS

El amor propio es un foco de vibraciones negativas que se forma en el alma humana al transformar el hombre —de positivo a negativo— el verdadero amor en amor a sí mismo. El amor debe proyectarse e irradiarse hacia todos y hacia todo, Y cuando el amor no se irradia ni se proyecta sino que se retiene para sí, cuando el ser se ama solamente a sí mismo, transforma el amor convirtiéndolo en amor propio.

Podríamos considerar al amor propio como el punto central de una rueda cuyos múltiples rayos serían: odio, fanatismo, vanidad, orgullo, envidia, egoísmo, desamor, ambición, celos, y que, al girar, lleva el alma de los hombres por los senderos más tortuosos y desviados.

Podemos comprender así, claramente, que el amor propio es la causa de todas esas graves enfermedades de que adolece el alma humana, y los celos son una de esas graves enfermedades del alma.

Cuando el celoso siente afecto hacia otro ser, considera que esa persona tiene el deber de corresponderle y, a su vez, él se siente con derecho a exigirle esa reciprocidad.

No debemos olvidar que, con la Vida, Dios ha otorgado a todos y a cada uno de los hombres libre albedrío; en consecuencia, todos y cada uno de los hombres son dueños absolutos de sus pensamientos y de sus sentimientos. Por lo tanto, nadie puede tener derecho a poseer los pensamientos o los sentimientos de otra persona, ni aun tratándose de personas unidas por lazos familiares o lazos de amistad, pues no existe lazo alguno que pueda otorgar derecho a la posesión del pensamiento o del sentimiento de otro ser.

El amor humano es verdadero sólo cuando se obtiene libremente y se prodiga sin esperar reciprocidad ni sentirse con derechos adquiridos; cuando no exige ni espera absolutamente nada como retribución. El amor que exige o desea alguna retribución no es amor verdadero, es solamente proyección —hacia otra persona— del amor que el ser se profesa a sí mismo, lo cual le da la sensación de tener derecho a exigir de ella reciprocidad.

Cuando el amor propio se manifiesta bajo el aspecto de celos, perturba tan intensamente al ser que impide a la mente discernir, a la par que cierra el alma a todo lo que no sea satisfacer su amor propio "herido", impulsándolo a los pensamientos, sentimientos y acciones más negativos.

En tales condiciones, el ser vibra negativamente y, por Ley de Afinidad, atrae otras vibraciones negativas que también influyen en su mente y en su alma, agravando su perturbación e intensificando su malestar. Una persona dominada por los celos es una persona realmente enferma que evidencia desequilibrio en su mente y en sus actos; los celos intoxican tan tremendamente el alma, que pueden originar los más graves hechos.

Debemos analizarnos permanentemente, cuidándonos de no adquirir esa peligrosa enfermedad del alma. Para poder evitarla es menester pensar, sentir y obrar siempre de acuerdo con la Divina Ley del Amor, fuente inagotable de paz y felicidad para quien ama y para aquellos que son amados.

EL ANÁLISIS DE SÍ MISMO

A medida que se avanza en el conocimiento espiritual —o sea, el conocimiento de la Vida— la vida humana se nos muestra bajo aspectos que nos eran desconocidos; así es como nos capacitamos para juzgarnos a nosotros mismos con mayor exactitud y, a la par, comprendemos nuestra incapacidad para juzgar a los demás sin equivocarnos.

El conocimiento espiritual nos demuestra que, humanamente, carecemos de elementos de juicio para poder juzgar a los demás, por cuanto las causas que originan los hechos radican no sólo en la mente y en el alma de los hombres, que nos es imposible analizar con la seguridad de no equivocarnos, sino también en hechos, situaciones y sentimientos experimentados en vidas humanas anteriores.

Como ya sabemos, nuestra Vida verdadera es Una y eterna, y para completar las experiencias necesarias al progreso que nuestra Vida verdadera debe obtener en este mundo, realizamos en él una sucesión de encarnaciones, o sea, numerosas vidas humanas sucesivas.

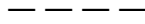
Por lo tanto, las circunstancias de la presente vida humana están íntimamente relacionadas con nuestros pensamientos, sentimientos y hechos de vidas humanas pasadas; del mismo modo, nuestros pensamientos, sentimientos y hechos de la vida presente originarán las circunstancias de nuestras vidas futuras.

De modo que es menester cuidarse permanentemente de no pensar, sentir u obrar en contra de las Leyes Divinas, que pueden sintetizarse en la Ley del Amor; para ello es necesario practicar el constante *análisis de sí mismo*.

El análisis de sí mismo, practicado a la Luz del verdadero conocimiento espiritual, permite al hombre conocerse en su realidad moral y, también, esforzarse al máximo por corregir sus defectos y acentuar sus cualidades de bien.

Muchas fallas que se censuran en los demás pasan desapercibidas en sí mismo para quien no se analiza o lo hace con perjudicial tolerancia. Por lo general, el hombre es excesivamente severo al juzgar a los demás y excesivamente tolerante al juzgarse a sí mismo. Para progresar espiritualmente es necesario obrar en forma contraria, es decir, ser tolerante al juzgar a los demás —pues, como antes dijimos, nadie posee elementos de juicio que le permitan juzgar sin error a otro— y, en cambio, ser un severo juez de sí mismo.

Debemos examinar diariamente todos los hechos que hemos realizado, analizando los sentimientos y pensamientos que nos impulsaron a ellos, a fin de hallar su verdadera causa y comprobar si nuestra alma vibraba en amor hacia los demás o vibraba en amor propio, origen de los sentimientos negativos que tanto nos perjudican.



El perfecto análisis de sí mismo requiere de nosotros humildad y el sincero deseo de eliminar nuestros defectos morales. Ese análisis nunca debe practicarse buscando la excusa que convenza a nuestra conciencia de que circunstancias ajenas a nuestra voluntad nos obligaron a proceder negativamente.

Nuestro libre albedrío se expresa a través de nuestra voluntad, y sólo nuestra voluntad puede permitirnos pensar, sentir u obrar en forma negativa, máxime cuando, mediante el conocimiento espiritual, se está en condiciones de discernir entre lo positivo y lo negativo en nosotros mismos.

Las personas que carecen de conocimiento espiritual viven, por lo general, cegadas por el amor propio, y ello las incapacita para analizarse debidamente a sí mismas. En consecuencia, frecuentemente se sienten impulsadas a resentimientos por el trato que reciben de los demás, sin detenerse a analizar si ese trato es lógica respuesta a su sentir o proceder. Debe preocuparnos más analizarnos, a nosotros mismos que analizar a los demás, porque casi siempre el trato que recibimos de los otros tiene su causa en nosotros mismos; en nuestros pensamientos, en nuestros sentimientos y en nuestras reacciones.

Los pensamientos y los sentimientos son vibraciones que pueden ser perfectamente captadas por otras mentes y por otras almas humanas, produciendo en las personas reacciones que podrán ser afectuosas u hostiles hacia nosotros, según sea la "calidad" de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos.

Es necesario hacer del análisis de sí mismo un hábito en nuestra vida. Debemos eliminar todo pensamiento de censura hacia los demás y ser tolerantes y comprensivos con todos, pues, a poco que nos intereseamos por ellos, encontraremos que las reacciones desagradables y otros aspectos de su vida, que suelen molestarnos, casi siempre tienen su origen en intensos dolores o males físicos o morales y en su incapacidad para resignarse o para reaccionar positivamente ante el dolor, porque carecen de verdadero conocimiento espiritual.

Un ser en tales condiciones es un hermano que necesita ayuda; por lo tanto, debemos tratarlo amorosamente, pensar en él con amor y procurar que reciba la Luz del verdadero conocimiento espiritual.

El Conocimiento espiritual le permitirá comprender que sus dolores y sus males no son injusticias, sino consecuencias de sus propios errores —cometidos en su vida presente o en sus vidas del pasado— y que deberá procurar, mediante el permanente análisis de sí mismo, descubrir sus fallas a fin de corregirlas y poder, así, evitarse nuevos males y dolores en el futuro.

EL DOLOR

El dolor está consubstanciado con la vida humana en forma tal, que los hombres creen que la vida humana debe, ineludiblemente, ser dolorosa. Creer esto significa ignorar el Amor y la Justicia de nuestro Divino Padre, pues la vida humana es un medio que Él proporciona a Sus criaturas para poder obtener el progreso espiritual que necesitan, y el dolor es, en cambio, producto de la acción realizada por los humanos en oposición a la Ley Divina.

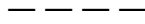
Sin embargo, no debemos interpretar por esto que el dolor es castigo; muy por el contrario, el dolor, por intenso que fuere, será siempre Expresión del Amor que Dios Manifiesta a través de Sus Leyes, Justas y Exactas.

El dolor puede ser, en el hombre, moral o físico, pero en ambos casos es un síntoma, un "llamado de atención" que él recibe, a fin de que atienda su amenazada salud, física o espiritual. Si el hombre desatiende ese llamado, si no procura descubrir la causa que origina el dolor que le aqueja, el mal se agrava y el dolor, necesariamente se intensifica, porque la finalidad del dolor no es castigar sino señalar un mal, sea éste un mal físico o un mal espiritual. Vemos, pues, que el dolor es necesario para los hombres porque les permite mantener o recuperar su salud, física o espiritual.

Si el hombre hubiera vivido siempre en armonía con la Ley Divina, tanto en el aspecto físico como en el aspecto moral, la vida humana no estaría —como está— acosada por toda la gama del dolor; pero, el hombre desoyó la voz de su conciencia y no quiso detenerse a discernir sobre lo que debía y lo que no debía hacer; en cambio, prestó oídos y obediencia a sugerencias e impulsos negativos, que lo llevaron por caminos de engaños y falsedades, caminos de aparentes placeres, en los cuales el amor —que es Ley de Vida— fue olvidado o menospreciado.

El hombre no se preocupó por el dolor que ocasionaba a otros buscando satisfacer sus ambiciones, ni pensó en el mal que se hacía a sí mismo transformando en aparentes placeres sus necesidades de vida, placeres que pronto se transformaron en vicios que le dominaron, debilitando su cuerpo y su alma.

Así, por ejemplo, desde tiempo inmemorial el hombre ha comido por placer mucho más que por necesidad. Buscando satisfacer ese placer, el hombre no vaciló —ni vacila— en ingerir alimentos perjudiciales, que van agotando sus energías, creando hábitos y formas de alimentación que le ocasionaron enfermedades, restando así posibilidades de acción al espíritu, que, a través de su materia, debe trabajar y experimentar en la Tierra. Todo lo cual ha creado dolores y, a la par, obstáculos al progreso de la humanidad.



La Ley de la Vida recoge hasta la mínima vibración del bien y del dolor que el hombre —ser consciente— causa o desea causar a otros, y esas vibraciones retornan —antes o después— a su punto de origen, es decir, al hombre mismo.

Transitando por los caminos de engaños y falsedades que ha preferido, el hombre siempre hace sufrir a sus hermanos. Pero, como el hombre debe aprender a vivir de acuerdo con la Divina Ley de Amor, la Ley le devuelve el dolor que ha ocasionado o deseado ocasionar a los demás, y ese dolor golpeará en el alma del hombre hasta que él comprenda su necesidad de vivir en el bien y, abandonando la senda equivocada, logre encauzarse en el sendero del amor.

El dolor jamás es injusticia o castigo, sino amor. Nosotros mismos hemos creado —en nuestra vida presente o en encarnaciones pasadas— las circunstancias felices o dolorosas que estamos viviendo.

Sabiendo que el dolor es siempre efecto de una causa que nos pertenece, no nos resultará difícil, mediante el permanente *análisis de sí mismo*, llegar a conocer la causa de nuestros dolores, físicos o morales, y esforzarnos en remediarla, sin olvidar nunca que las Leyes Divinas —o sea, las Leyes de la Vida— son Exactas y Perfectas y no nos premian ni nos castigan; el bien y el dolor que llegan a nuestra vida son un bien y un dolor que, habiendo en algún momento emanado de nosotros, retornan ahora a nosotros.

Vemos, así, cuán necesario es al hombre el conocimiento de la Vida, es decir, el verdadero conocimiento espiritual, que le ayudará no solamente a conocerse a sí mismo, sino también a evitarse futuras experiencias dolorosas.

Si los hombres no se hubiesen apartado del camino del bien, o sea, si hubieran vivido siempre de acuerdo con la Ley Divina, la humanidad jamás habría sufrido guerras, temores, enfermedades ni miseria, y la vida de relación, organizada con verdadero sentido fraterno, no privaría a nadie de lo necesario ni permitiría el despilfarro de lo que otros pueden necesitar.

No existiendo el egoísmo ni la ambición y viviendo en verdadero amor fraterno, nadie pretendería acaparar bienes ni enriquecerse a expensas del sacrificio o la miseria de otros; toda necesidad recibiría inmediata ayuda y la prosperidad sería común a todos y no privilegio de algunos.

Tengamos siempre presente que viviendo en el amor se recibe felicidad; pero, viviendo en el desamor y el egoísmo, ineludiblemente se recibirá dolor.

JAMÁS SE MUERE

Nuestra Vida verdadera es Emanación Divina; por lo tanto, es espiritual, es indestructible, es eterna.

A nuestra Vida verdadera la denominamos espíritu. Cuando nuestro espíritu necesita encarnar en mundos físicos —como, por ejemplo, el planeta Tierra— utiliza como instrumento, para realizar las tareas y experiencias imprescindibles para su progreso, un cuerpo físico adaptado al trabajo que deberá efectuar, al cual abandona una vez que, terminado ese período de trabajo y experiencias, el espíritu retorna a la patria espiritual, que es el Espacio Infinito.

El acto mediante el cual el espíritu se separa de la materia que utilizó para trabajar y experimentar en el mundo, durante el tiempo necesario, se denomina "desencarnación". A través de ese acto, el espíritu cambia su estado de encarnación —en la materia— por el estado de libertad —en el Espacio.

Esto significa que el período de Vida que transcurre en nuestro mundo, que conocemos como vida humana, tiene un acto inicial denominado *encarnación* y un acto final denominado *desencarnación*; a estos dos actos, los hombres los denominan, por lo común, "nacimiento" y "muerte", respectivamente.

Si bien podemos llamar "nacimiento" al acto de la encarnación del espíritu, por cuanto ello significa la iniciación de un período de experiencias humanas, no debemos, de ningún modo, llamar "muerte" al acto de la desencarnación, ya que "*muerte*" significa *cesación de vida*, y en nuestro Espíritu —que es lo verdadero— jamás cesaremos de vivir.

Es bien evidente la diferencia que existe entre un cuerpo al cual anima el Espíritu y ese mismo cuerpo cuando ha sido ya abandonado por él. El Espíritu suministra al cuerpo humano, que utiliza como instrumento, energía, inteligencia, capacidad para los sentimientos y las sensaciones y todas las características que definen su personalidad. Cuando el espíritu abandona el cuerpo que utilizó como instrumento, éste carece de todo ello, y no teniendo ya razón de existir —puesto que el espíritu ya no lo necesita— el cuerpo físico comienza a desintegrarse.

Al producirse la desencarnación, el Espíritu retorna a su patria del Espacio Infinito y el cuerpo físico, a través de un proceso natural, se desintegra. Esto significa que *no hay cesación de vida*, es decir que *no hay "muerte"*, ya que en el aspecto espiritual la vida continúa por siempre —pues al dejar el cuerpo físico solamente cambia de estado— y en el aspecto físico, al desintegrarse el cuerpo en múltiples elementos, tampoco "muere", sino que se transforma en esos elementos.

Por lo tanto, la "muerte" no existe, pues todo continúa viviendo; en otro estado o bajo otro aspecto, pero continúa viviendo, aunque nuestros sentidos físicos no puedan comprobarlo debido a que su capacidad de percepción es sumamente limitada. La vida humana es sólo un reflejo de la vida del espíritu; cuando el espíritu abandona el cuerpo humano y, en consecuencia, éste no puede ya reflejarla, la vida humana desaparece.

Debemos, pues, desechar la idea de la "muerte", porque ésta no existe, y considerar la *desencarnación* como un acto natural que nuestro espíritu ha realizado ya innumerables veces y que deberá continuar realizando hasta que haya cumplido todas las experiencias y trabajos que debe realizar en un mundo físico, en el cual es preciso tomar cuerpo material —es decir, *encarnar*— para trabajar y experimentar, y luego *desencarnar* para liberarse de la materia una vez realizada la labor.

El conocimiento de la Vida nos muestra el "nacimiento" y la "muerte" —a los cuales los hombres asignan tanta importancia— como meras circunstancias lógicas que se suceden constantemente a lo largo de nuestro proceso de evolución espiritual; además, nos demuestra que el hombre debería invertir el valor emocional de uno y otro suceso, ya que el "nacimiento" —que por lo general produce alegría a los hombres— significa para el Espíritu el comienzo de un período de "prisión" y limitaciones, y la desencarnación, que para los humanos es motivo de sufrimientos profundos, representa, en cambio, para el Espíritu, su liberación.

Para aquellos que carecen de Conocimiento Espiritual, la vida y la muerte constituyen misterios insondables, cuya profundidad les conmueve o les aterra. No debemos limitar el concepto de la Vida sólo a la expresión de nuestro humano vivir.

Vida es la Energía que sustenta el Universo infinito y eterno; esa Energía, conforma cada átomo y cada célula de la materia, la que, en consecuencia, vive y es Regida por las mismas Leyes que la Vida en Expresión individual, en cuya Expresión la Vida desarrolla facultades inherentes a la individualidad, facultades que, en consecuencia, son comunes al estado de individualidad donde quiera que se manifieste.

Siendo Una, la Vida tiene muy diversas Expresiones en nuestro planeta y también más allá de nuestro planeta, según lo que desde este pequeño mundo nuestro podemos ver y suponer, y también aceptar por lógica innegable.

Aun cuando lo infinito y eterno no admite "inferioridad" ni "superioridad", para mejor comprender y determinar los dos aspectos de la Vida que se expresan en el hombre, llamaremos Vida Superior, Vida Verdadera, a la Vida que en cada ser cohesiona y organiza las células del cuerpo físico, y vida de "forma" o vida aparente —por cuanto la "forma" es sólo momentánea— a la vida humana.

Tenemos así dos Expresiones diferentes de la Vida que, aparentemente, son opuestas: la Expresión visible o humana y la Expresión invisible o Superior, y dentro de la perfección que es común a todas las Expresiones de la Vida, tanto la Vida visible como la Vida invisible tienen sus propios requerimientos, inherentes a su Expresión, los cuales son opuestos, aun cuando obedecen a la misma necesidad, la necesidad de conservar su propio estado —estado físico en todo lo que respecta al aspecto humano y estado Sutil en lo que respecta a la Vida Superior—.

Como vemos, estas dos Expresiones de la Vida, que se unen en un "momento" determinado por la Ley de "Evolución y Progreso", no son antagónicas, como en general creemos, sino que sus necesidades, en ese "momento", son opuestas, pero perfectamente armonizables cuando la Vida Superior, o sea la Vida Sutil, mantiene el timón en ese conjunto que constituye el hombre.

Nuestro Espíritu —que es Vida Sutil— necesita utilizar "formas" humanas, o sea cuerpos humanos, para poder realizar, en un mundo físico como es la Tierra, el trabajo necesario para Progresar, pero no "nacemos" ni "morimos", porque nuestro Espíritu ya vivía antes del "nacimiento" y continúa viviendo después de lo que los hombres denominan "muerte".

No se muere jamás, porque Dios, al Crear, da Vida de Sí Mismo, y, Siendo Eterno, al darnos Vida, Dios nos dio Vida Eterna.

EL PODER DE LA PALABRA

La palabra es uno de los dones con que el Amor Divino ha dotado al hombre, y como todos los dones —tales como el don de pensar y el don de sentir— constituye un poder que el hombre debe utilizar exclusivamente para el bien.

Ya sabemos que los pensamientos y los sentimientos tienen gran fuerza, y sabemos también que los hombres pueden, con esa fuerza, hacer bien si la utilizan en sentido positivo o hacer mal si la utilizan en sentido negativo. La palabra expresa nuestros pensamientos y sentimientos dándoles forma y acción, de modo que en la palabra están unidos el poder del pensamiento y el poder del sentimiento con la fuerza de la propia voluntad, que utiliza esos poderes con un fin determinado.

Por lo tanto, la palabra —sea hablada o escrita— constituye un conjunto de vibraciones que tiene, por Ley de Afinidad, intensa acción en las mentes y en las almas de quienes la escuchan o la leen. Además, actúa sobre la voluntad de quienes reciben esas

vibraciones, pudiendo en muchos casos llegar a dominarla, si quien habla o escribe lo hace con esa finalidad.

En todo obran permanentemente las Leyes y nosotros tenemos la responsabilidad de utilizar el poder —que por Ley recibimos— sólo y exclusivamente con amor.

Si empleamos amorosamente el poder maravilloso de la palabra —hablada o escrita— podemos, por Ley de Afinidad, transmitir, mediante ella, a las mentes y a las almas de quienes escuchan o leen esas palabras, las vibraciones de bien que las palabras llevarán como "contenido espiritual". Si, por el contrario, pretendiendo ignorar la gran responsabilidad que significa poseer el poder de la palabra, la utilizamos con fines egoístas y ambiciosos, con rencor, con desamor, ese poder maravilloso se transformará en una poderosa arma al servicio del mal.

Las palabras pueden acariciar o herir, ser bálsamo o corrosivo, alentar o deprimir, despertar los sentimientos más puros o los más bajos, impulsar al heroísmo o a la degradación; las palabras pueden unir o dividir, pueden construir o destruir. Todo ello podemos comprobarlo a diario.

El poder de la palabra utilizado positivamente, es decir, con amor, es un maravilloso instrumento de bien, pero, utilizado negativamente, es decir, con egoísmo y desamor, es un terrible instrumento de mal.

Cuidemos, pues, nuestra palabra en todo momento; procuremos que jamás perjudique ni cause dolor a los demás, sino que, por el contrario, sea siempre expresión de nuestro amor y de nuestros fraternales pensamientos y sentimientos de bien.

LEY DE CAUSA Y EFECTO

La vida física es sólo instrumento de la Vida verdadera —la Vida espiritual a la cual manifiesta, y está regida por las mismas Leyes que Rigen la Vida verdadera en todo el Universo. La Ley del Amor es la Ley "Madre", porque todas las otras Leyes emanan y se apoyan en ella; por lo tanto, la Ley de Causa y Efecto —Ley principalísima, cuya acción surge clara y precisa en todos los hechos de nuestra vida diaria— es expresión de Amor aun en aquellos casos en que nos proporciona dolor.

El dolor físico es el medio de que se vale el organismo para manifestar, alertándonos, una deficiencia o enfermedad, y en virtud de él nos preocupamos por descubrir y curar ese mal. Si no sintiéramos dolor alguno, en esos casos el mal avanzaría hasta destruirnos, sin que hubiésemos podido detenerlo porque lo ignorábamos. En consecuencia, el dolor físico es,

para el hombre, un bien, porque, alertándolo sobre la necesidad de examinarse, le permite curar o detener un mal físico.

En lo que respecta a los dolores morales ocurre exactamente lo mismo. El dolor moral nos advierte de males y enfermedades en nuestra alma, causados por nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros hechos contrarios a la Ley del Amor, en esta vida presente o en anteriores vidas humanas.

Debemos considerar, pues, todo dolor —físico o moral— como el *efecto* de un mal —físico o moral— que es la *causa* que lo origina. Vale decir que, tanto en el dolor físico como en el dolor moral, está actuando la Ley de Causa y Efecto.

En la misma forma obra, también, la Ley de Causa y Efecto cuando disfrutamos de lo que nosotros llamamos "suerte" y pareciera no existir obstáculos para la feliz realización de nuestras aspiraciones. Esa facilidad para la cristalización de nuestras aspiraciones es, sin duda alguna, *efecto* de *causas* formadas, en esta vida presente o en anteriores vidas humanas, por nuestros fraternos pensamientos, deseos y hechos de bien para los demás.

Como nuestra vida humana es sólo un "momento" de nuestra Vida espiritual, que Vivimos desde hace miles y miles de años, es lógico que los hechos —dolorosos o felices— de lo que llamamos nuestro "destino" humano, sean efectos de causas que radican en nuestro espíritu y que nosotros mismos hemos formado con nuestro comportamiento actual o en "momentos" o vidas humanas anteriores.

La acción de la Ley de Causa y Efecto es tan evidente que, aun careciendo del conocimiento de la Vida, los hombres la han reconocido, como lo demuestran ciertos dichos populares como: "quien las hace, las paga", o el enunciado de leyes fisiológicas como: "toda acción, trae reacción", que llevan implícito el reconocimiento de que *toda causa produce un efecto acorde con ella*.

— — — —

Así como nuestro actual estado físico es producto de, la mayor o menor atención que hemos prestado a las necesidades de nuestro organismo, viviendo —o no— de acuerdo con las leyes fisiológicas, y es producto, también, de la atención que han prestado a las necesidades de su organismo nuestros antecesores de varias generaciones —quienes pueden habernos legado deficiencias orgánicas— también nuestro actual "estado espiritual" es producto de la atención que hemos prestado a las necesidades de nuestro espíritu, en esta presente vida y en vidas anteriores, viviendo —o no— de acuerdo con las Leyes que Rigen la Vida.

En consecuencia, nunca deberemos quejarnos por los dolores o contratiempos que nos veamos precisados a soportar, ni deberemos tampoco jactarnos de nuestra "buena

suerte", pues en uno y otro caso sólo estaremos viviendo los efectos de causas que nosotros mismos hemos formado y que radican en nuestro propio espíritu.

Sin embargo, como ya se dijo, la Ley de Causa y Efecto emana de la Ley del Amor; en consecuencia, aunque su acción nos resulte dolorosa, ese dolor es expresión de Amor, por cuanto, mediante él nos es posible comprender y reparar los errores que hemos cometido, lo cual nos permitirá aliviar en mucho nuestros sufrimientos y, a la vez, prepararnos, para el futuro, vidas humanas más felices.

No debemos olvidar que la Ley de Causa y Efecto nos proporcionará tanto bien o tanto dolor como nosotros hayamos proporcionado o deseado a los demás. En consecuencia, en nuestro propio beneficio procuremos no dañar ni desear mal jamás a nadie y hacer el máximo bien posible.

En esa forma nos veremos liberados, en el futuro, de vidas humanas dolorosas; además, si vibramos siempre positivamente, por Ley de Afinidad atraeremos vibraciones positivas que nos fortalecerán espiritual y físicamente y nos ayudarán a obtener el progreso espiritual que todos anhelamos y necesitamos lograr.

LEY DE TRABAJO O LEY DE KARMA

El trabajo es Ley que actúa en el Universo como factor ineludible e imprescindible para lograr el progreso. En el aspecto espiritual, sólo mediante el trabajo constante puede un ser obtener el progreso evolutivo que necesita adquirir, y sabemos que también en el aspecto humano el trabajo es indispensable para progresar. Por eso, quienes pretenden progresar eludiendo el trabajo, indefectiblemente se internan por caminos desviados que les llevan a la degradación.

Todas las Leyes que Rigen la Vida verdadera se complementan entre sí, y todas, absolutamente todas, emanan de la Ley "Madre", es decir, de la Ley del Amor. El Trabajo que —por Ley— deben realizar los espíritus para poder progresar y, así, evolucionar, está íntimamente relacionado con las otras Leyes, pues se efectúa acorde con la Ley de Jerarquía y siempre dentro de la Vibración de Amor.

El trabajo espiritual es acción de bien, de protección y de guía hacia otros seres de menor evolución; por lo tanto, nos une —por nuestra tarea amorosa hacia ellos— con quienes, en la escala evolutiva, se encuentran en peldaños inferiores al nuestro, y también nos une —por su acción amorosa y protectora hacia nosotros— con quienes se encuentran en peldaños superiores al nuestro. En esa forma, todos los seres del Universo están unidos por el amor, a través de la Ley de Jerarquía y de la Ley de Trabajo.

En las enseñanzas espirituales, la Ley de Trabajo se denomina también Ley de Karma, porque la palabra "karma" significa "trabajo" en una antigua lengua hindú en la cual se escribieron, hace siglos, muchas y profundas enseñanzas espirituales. Sin embargo, como en nuestro mundo —en el que los hombres han transgredido tanto la Ley del Amor— el trabajo espiritual, que es imprescindible e ineludible, debe efectuarse con esfuerzo y frecuentemente con dolor, el concepto sobre la Ley de Karma ha sido deformado, interpretándose erróneamente "Karma" como sinónimo de "dolor ineludible".

La Ley de Causa y Efecto actúa a través de la Ley de Karma —o sea, de la Ley de Trabajo— y así, quienes inevitablemente deben recibir en sí mismos el dolor que a otros proporcionaron, cumplen su trabajo en forma dolorosa; pero, quienes no tienen deudas con la Ley, porque no la han transgredido o ya han saldado sus deudas con Ella, cumplen su trabajo sin necesidad de vivir aspectos dolorosos.

— — — —

Como ya dijimos, nuestro mundo es un mundo inferior, en el cual los seres olvidan fácil y frecuentemente su necesidad espiritual de amar, internándose por senderos de odio, ambiciones y egoísmo, contrayendo así, con la Ley del Amor, deudas que sólo pueden ser saldadas mediante el dolor purificador. Los seres encarnan impulsados por su necesidad de trabajar a fin de poder progresar y evolucionar, pero, en nuestro mundo, ese trabajo debe efectuarse, casi siempre, en forma dolorosa; sin embargo, repetimos, "*Karma*" significa "*Trabajo*", no dolor.

Por eso, nunca debemos lamentarnos de nuestros inconvenientes y dolores ni compararlos con las facilidades o la felicidad de otras personas, porque somos únicos responsables de los pensamientos, sentimientos y actos realizados en nuestras vidas humanas del pasado y del presente, y es en relación con sus actos, pensamientos y sentimientos que cada uno debe, después —en esa vida o en vidas futuras— realizar dolorosamente —o no— su trabajo, o sea su karma.

De esto puede deducirse que todo dolor humano es, además de perfectamente justo y necesario, un medio que el Amor Divino nos proporciona para eliminar de nuestro espíritu el "lastre" que dificulta su progreso, y también se deduce que a nadie, ni siquiera a los niños, puede considerárselos sin culpa ante sus dolores, porque el dolor que deban sufrir será siempre un dolor que ellos mismos se han atraído en sus anteriores vidas humanas.

Cuando los hechos de mal son realizados por un conjunto de seres reunidos humanamente en familias, pueblos, países, razas o cualquier otro grupo, la necesidad de trabajar dolorosamente, o sea la "necesidad kármica dolorosa" incluye a todo el grupo, y cuando llega el momento, el dolor purificador recae sobre la familia, el pueblo, el país o la raza que realizó o aprobó plenamente la realización de hechos que transgredían la Ley del

Amor. Así, en los momentos en que el grupo debe saldar —mediante el dolor— su deuda con la Ley, se encontrarán reunidos nuevamente —como humanos— los seres que realizaron el mal y quienes lo apoyaron o aprobaron. Por eso, en la historia de la humanidad encontramos grupos humanos que unas veces actuaron como victimarios y otras veces actuaron como víctimas.

En consecuencia, no sólo es imprescindible, sino también urgente, que el conocimiento de la Vida se difunda en el mundo entero, a fin de que los hombres se esfuercen al máximo por vivir de acuerdo con la Divina Ley del Amor. Con ello, no sólo irá desapareciendo el dolor de nuestro mundo, sino que los hombres podrán progresar más rápidamente en el aspecto moral y espiritual.

EL "YO" SUPERIOR Y EL "YO" INFERIOR

Como el nuestro es un mundo de vibraciones densas, en él la Vibración sutilísima del espíritu se ve obligada a expresarse a través de elementos densos, los cuales, no solamente deforman la Vibración espiritual, sino que la "oprimen", dificultando su expresión.

Nuestra Mente espiritual y nuestra Alma espiritual constituyen nuestro "Yo" Superior, y nuestra mente humana y nuestra alma humana constituyen nuestro "yo" inferior. Como el "yo" inferior vibra en la misma tónica densa de nuestro mundo, siente la atracción de todo lo que significa placeres y satisfacciones humanas y ofrece resistencia para su adaptación a la Vibración sutil del "Yo" Superior, que, por estar encarnado, necesita de él para poder expresarse y trabajar.

El "Yo" Superior debe adaptar a su Vibración sutil la vibración más densa del "yo" inferior, a fin de que la mente humana y el alma humana no constituyan un obstáculo para la realización plena de las superaciones, las experiencias y el trabajo que ha venido a efectuar en el período de su encarnación en la Tierra; pero, como, por lo general, la mente y el alma humanas se impregnan de vibraciones negativas, el "yo" inferior procura, por el contrario, utilizar la Energía que recibe del "Yo" Superior para fortalecer su propia acción humana, que frecuentemente es, además, negativa.

Todo lo noble y puro que puede manifestar una persona en pensamientos, ideas y sentimientos proviene de su "Yo" Superior, que, por ser Vibración espiritual pura, sólo puede expresar el bien. Esto le resulta fácil cuando el alma y la mente humanas —o sea el "yo" inferior— vibran positivamente; pero, cuando el "yo" inferior vibra negativamente, todo lo que recibe de su "Yo" Superior lo transforma en material y negativo.

Por ejemplo: la inteligencia es expresión de la Mente espiritual, que pertenece al "Yo" Superior; pero, si la mente humana vibra negativamente, el "yo" inferior aplicará las ideas que la Mente espiritual le proporcione, con finalidades negativas (satisfacer sus deseos de poder, riquezas, gloria, venganza y demás). Por otra parte, al actuar negativamente, el "yo" inferior atrae, por afinidad, hacia sí, más y más vibraciones negativas, y éstas —que son opuestas a las Vibraciones positivas del "Yo" Superior— lo "oprimen", dificultando y hasta impidiendo que el "Yo" Superior actúe como debiera hacerlo.

Lo mismo ocurre con el alma humana, la cual utiliza la energía que recibe del Alma espiritual —que pertenece al "Yo" Superior— para disfrutar de placeres y pasiones humanas, dificultando y hasta impidiendo al "Yo" Superior expresar, a través del alma humana, sensaciones de placer espiritual.

Como vemos, en un mundo atrasado como es el nuestro resulta muy difícil al "Yo" Superior realizar las superaciones, las experiencias y el trabajo que debe efectuar.

Cuando el hombre tiene Conocimiento espiritual le es más fácil vivir de acuerdo con la necesidad de su "Yo" Superior, porque purificando el "yo" inferior —es decir, purificando su mente y su alma humanas— éste podrá adaptarse más fácilmente a la Vibración espiritual del "Yo" Superior y transformarse en su instrumento perfecto, lo cual acelerará el progreso espiritual del hombre.

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

La fraternidad verdadera entre todos los seres que viven en nuestro mundo no se refiere a las "formas" físicas —sean éstas "formas" humanas, animales, vegetales o minerales — sino a la "Chispa Divina" espiritual que anima a esas "formas" y que en el hombre puede ya denominarse espíritu.

La "Chispa Divina" (espíritu) que experimenta encarnada en un hombre es, en su esencia, exactamente igual a las "Chispas Divinas" que experimentan en animales, en vegetales y en minerales; las "Chispas Divinas" se diferencian entre sí sólo por la evolución que han podido obtener, hasta ese momento, a través de las experiencias realizadas, lo cual les ha permitido lograr un mayor o menor desarrollo de sus propias facultades.

Por lo tanto, y siendo todo Vibración —como ya sabemos— podemos decir que no solamente el espíritu del hombre posee vibraciones Mentales y vibraciones Sensoriales, sino que también las poseen las "Chispas" espirituales que viven en los animales, en los vegetales y en los minerales, aunque, lógicamente, en "puntos" inferiores de desarrollo.

En consecuencia, la Mente espiritual del hombre puede establecer "contacto" con las vibraciones Mentales de animales, de vegetales y hasta de minerales, así como el Alma espiritual puede establecer "contacto" con las vibraciones Sensoriales de animales, de vegetales y de minerales, y todos ellos pueden también, en un cierto modo, establecer "contacto" con los humanos. Esos "contactos" sólo pueden lograrse a través de la Vibración "Madre", es decir, de la Vibración de Amor, en la cual viven los seres de los tres reinos de la Naturaleza, aunque sus "formas" físicas puedan, en algunos casos, aparentar lo contrario.

Cuando en el hombre, el "yo" inferior —o sea la mente y el alma humanas— libre de todo egoísmo y de cualquier vibración negativa, vibra armónicamente con su "Yo" Superior puro, el ser humano puede, no solamente transmitir pensamientos a sus hermanos menores que experimentan en la Naturaleza, sino también recibir "respuesta" a esos pensamientos. Para "responder", los seres de la Naturaleza no necesitan palabras concretas, sino que sus vibraciones Mentales y sus vibraciones Sensoriales, espirituales, al establecer "contacto" con las vibraciones Mentales y Sensoriales espirituales del ser humano, les transmiten *la esencia* del "pensamiento" a través de sensaciones.

En el caso de algunos animales nos resulta fácil comprenderlos, y también sin dificultad ellos interpretan nuestros deseos; pero, para lograr "comunicarnos" con otros animales, con vegetales y con minerales, es imprescindible sentir por ellas amor verdadero y, además, no albergar pensamientos y sentimientos egoístas o negativos de cualquier índole, así como tener fe en esta posibilidad, que el Conocimiento Espiritual nos demuestra con lógica y claridad.

Cuando los hombres hayan logrado más evolución espiritual, podrán comunicarse fácilmente con sus hermanos menores que experimentan en la Naturaleza. Entre tanto, proyectemos siempre sobre ellos pensamientos amorosos, en la seguridad de que ellos los recibirán y nos "responderán" con amor, aunque frecuentemente no nos sea posible interpretar sus "respuestas".

LA VIDA

Muchas veces el hombre se ha preguntado y se pregunta: ¿qué es la Vida?, viéndose precisado a reconocer que es incapaz de hallar una respuesta que aclare este interrogante que le apasiona; así, para quienes carecen del verdadero Conocimiento, el "misterio" sobre la Realidad de la Vida continúa.

La Vida no puede ser definida, pero Ella nos rodea y nos penetra; está en nosotros y está fuera de nosotros. En nuestro mundo, la Vida se encuentra manifestada en el hombre y en la Naturaleza, y más allá de nuestro mundo, en los astros y en todo el Universo.

Podríamos suponer que la piedra, por ejemplo, carece de Vida, porque nuestros ojos no pueden ver en ella movimiento alguno; pero la Ciencia ha demostrado el movimiento constante y la enorme energía que existe en los átomos de los elementos que constituyen las piedras. Así, pues, no solamente el hombre es Vida manifestada, sino que también son Vida manifestada los animales, los vegetales y los minerales.

Todo es Vida y, por ello, todo está íntimamente unido entre sí. La Vida en nuestro espíritu, para evolucionar, ha debido experimentar antes en "formas" minerales, en "formas" vegetales y en "formas" animales, y para continuar evolucionando debe experimentar ahora en "formas" humanas.

La Vida es indestructible; puede cambiar de "forma", puede cambiar de "lugar", pero jamás deja de ser. Cuando se produce lo que el hombre llama "muerte", es decir la desencarnación, la Vida —en ese espíritu— deja la "forma" física y cambia de "lugar", pues al dejar el mundo físico entra nuevamente en el Espacio, así como antes, para encarnar, debió dejar el Espacio y venir a la Tierra.

Como vemos, en ese proceso de encarnación y desencarnación, la Vida —en espíritu— cambió de "lugar"; tomó y luego dejó —en la Tierra— una "forma" física, pero continuó siendo siempre el mismo espíritu, porque, como dijimos, *la Vida es indestructible y jamás deja de ser.*

Ignorando la Verdad, los hombres limitaron la vida a lo físico y, en consecuencia, sólo se esforzaron por obtener progreso material y disfrutar de placeres materiales. Ello hizo a los hombres ambiciosos y egoístas y, además, les creó necesidades artificiales, necesidades provenientes de vicios o de costumbres que en nada los benefician, sino que, por el contrario, han llegado a esclavizarlos en forma tal que, por satisfacerlos, no titubean en luchar, engañar y hasta delinquir.

— — — —

Los hombres se han alejado del Camino de la Verdad y no pueden disfrutar su verdadera Vida porque, desestimando el amor —que es Ley de Vida— impregnaron su alma de egoísmo, ambición y odio que, envenenando su alma, impiden a los hombres sentirse felices.

El conocimiento de la Vida es imprescindible, porque demuestra claramente el error en que vive y ha vivido siempre el hombre. A la vez, ese Conocimiento nos enseña que debemos dar, al aspecto humano y al aspecto espiritual de nuestra Vida, el valor exacto que cada uno tiene, viviendo menos para la "forma" humana, que ineludiblemente deberemos en

algún momento abandonar, y más para la Vida Verdadera —la Vida del Espíritu— en la que siempre Viviremos, porque Ella jamás dejará de ser.

Vivir para la Vida del espíritu no significa olvidar los deberes y los afectos humanos ni significa retirarse del mundo, sino encauzar nuestra vida humana, en todos sus aspectos —familiar, social y demás— en el Camino Verdadero, el Camino al que no llegan ambiciones, odios ni egoísmos; el Camino del Amor que nos señala la Ley de la Vida.

Mediante el conocimiento de la Vida resulta sumamente fácil comprender lo que la Vida —a través de Sus Leyes— reclama de nosotros; pero, sin duda por carecer de ese conocimiento, el hombre ha vivido siempre sin preocuparse por saber cuál es, realmente, la finalidad de su vida humana ni en qué forma debe vivirla para poder obtener de ella el máximo beneficio; no el beneficio material, que pronto desaparece, sino el beneficio espiritual, que perdurará por siempre.

Así como la vida humana tiene sus leyes y los hombres reconocen que deben vivir de acuerdo con ellas, la Vida espiritual tiene también sus Leyes y los hombres deben reconocer que necesitan, ineludiblemente, vivir de acuerdo con Ellas para poder lograr armonía, paz y felicidad, y, por sobre todo, para poder obtener el propio progreso espiritual, causa y finalidad de la vida humana.

LA VIDA DEL FUTURO EN NUESTRO PLANETA

El Conocimiento que ya hemos adquirido nos permite comprender que todo lo que Vive en nuestro mundo, al igual de todo lo que Vive en el Universo entero, está en constante proceso de evolución y de progreso. La evolución a través del progreso es Ley que Actúa en la Vida que se manifiesta en toda la Creación; por lo tanto, también en la Tierra todo está —y ha estado siempre— progresando y evolucionando, aunque el ritmo de ese progreso evolutivo se haya demorado muchísimo debido a la falta de amor en los hombres.

Si recorremos los diferentes períodos geológicos, podremos comprobar fácilmente que la Tierra ha ido progresando y evolucionando. En el comienzo, nuestro mundo fue un conjunto de gases en estado incandescente; luego se formó el agua y más tarde la corteza terrestre. La vida física se desarrolló primeramente en el agua y luego también en la tierra.

Muchos de los animales que vivieron en aquellos tiempos, en que nuestro planeta sufría frecuentes e intensas conmociones, poseían "formas" fortísimas que les proporcionaban gran resistencia a la hostilidad del medio en que vivían. Luego, a medida que la corteza se hizo más firme y segura, es decir, a medida que el planeta fue evolucionando, también evolucionaron las especies animales y vegetales que en él vivían.

También el hombre, en los comienzos de su vida en la Tierra, tenía características físicas y mentales diferentes a las del hombre actual, porque su materia debía estar capacitada para resistir el clima y las condiciones de vida que le imponía el "punto" de evolución en que se encontraba la Tierra, y su mente se limitaba a proporcionarle las ideas necesarias para poder lograr su alimento y defenderse de los animales y de las inclemencias del clima. Los espíritus que encarnaban en aquellos hombres primitivos eran espíritus de escasa evolución.

Paulatinamente, en el transcurso de los milenios, nuestro mundo —sujeto como todo en el Universo a la Ley de evolución y progreso— fue progresando y evolucionando en todo, y el hombre también progresó y evolucionó, físicamente y mentalmente. Así, fueron encarnando en la Tierra espíritus más adelantados, es decir, espíritus de mayor evolución, que impulsaron el progreso de la humanidad en todos los aspectos, aunque, como dijimos, el ritmo de ese progreso se ha demorado debido a que el hombre se alejó del Camino del bien, del Camino del amor que la Vida señala.

— — — —

El conocimiento de la Vida es imprescindible para el hombre porque le hará comprender su ineludible necesidad de vivir de acuerdo con la Ley del Amor, a fin de que el progreso científico —que la constante evolución y el progreso de la mente humana le permitirá obtener— le proporcione felicidad y bienestar y no sea, por el contrario, origen de destrucción.

Cuanto antes comprenda y reconozca el hombre su necesidad de vivir de acuerdo con las Leyes Divinas, más rápidamente podrá lograr la humanidad una vida de paz y armonía, que le permitirá acelerar el ritmo demorado de su progreso y obtener en breve tiempo adelantos realmente maravillosos.

Hasta hace relativamente poco tiempo, el hombre desconocía ciertas energías que, aunque siempre estuvieron a su alrededor, él no había podido descubrir, tales como el vapor, la electricidad y las ondas hertzianas, que revolucionaron e hicieron progresar enormemente las actividades humanas y abrieron perspectivas insospechadas de progreso.

Como sabemos, la evolución y el progreso son permanentes en la Vida, y como en nuestro mundo la Vida se manifiesta a través de "formas" físicas, las "formas" físicas deben también evolucionar y progresar.

Refiriéndonos al hombre diremos que ha evolucionado y progresado, no solamente en el aspecto físico, sino también en el aspecto espiritual. La evolución y el progreso físicos del hombre permitieron que, progresivamente, encarnaran en la Tierra espíritus más adelantados, es decir, más evolucionados. Estos espíritus, como humanos, expusieron nuevas ideas, señalaron caminos y realizaron descubrimientos que hicieron —y continúan haciendo

— evolucionar la vida humana en un proceso de progreso que no podrá detenerse y que, si el hombre no lo utiliza destructivamente, irá acelerando su ritmo hasta alcanzar el "punto" que permitirá que comiencen a encarnar en nuestro mundo espíritus de mayor evolución que la actual.

A través del tiempo y mediante el permanente progreso evolutivo, todo irá cambiando, tendiendo a sutilizarse, en este planeta. Los espíritus que encarnarán en la Tierra, en ese futuro lejano, serán más evolucionados y, por lo tanto, sus vibraciones serán más sutiles, es decir, menos densificadas; en consecuencia, para poder actuar necesitarán materias —o sea "formas" físicas— también más sutiles, es decir, menos densas que las "formas" o materias físicas actuales.

Esas materias más sutiles tendrán, lógicamente, características diferentes de las materias actuales, y el humano poseerá distinta capacidad de movimiento, pudiendo trasladarse en forma mucho más rápida y con menos esfuerzo.

— — — —

En el futuro lejano, en que los hombres tendrán materias más sutiles, la alimentación también habrá cambiado porque la materia tendrá necesidad de alimentos más sutiles, los cuales podrá el hombre obtener, entonces, de la Naturaleza, que, como todo en este planeta, también se sutilizará.

La mente y el alma humanas también serán más sutiles y proporcionarán a los hombres facultades de las que ahora carecen, permitiéndoles entenderse entre sí de mente a mente, sin necesidad de expresar sus pensamientos en palabras, y, también, disfrutar de sensaciones mucho más hermosas, hasta ahora desconocidas para el hombre.

El "punto" de evolución al que poco a poco llegará el mundo, su humanidad y su Naturaleza, ya ha sido logrado por otros mundos más adelantados que el nuestro, porque es el proceso lógico de la evolución en los mundos físicos, como es la Tierra.

En ese proceso de evolución, la capacidad artística del hombre también progresará y se hará más sutil, llevándole por nuevos caminos artísticos en los cuales obtendrá otras concepciones artísticas, nuevos y más bellos colores, y también nuevos y más hermosos sonidos, que el hombre logrará con instrumentos musicales, diferentes a los actuales, que él mismo construirá.

Sin embargo, para alcanzar tan maravilloso futuro es imprescindible que el hombre comprenda y sienta que, en espíritu, todos somos hermanos y que no venimos a la Tierra una y otra vez para elevarnos y progresar humanamente, acumulando bienes y escalando posiciones, sino para progresar y elevarnos espiritualmente, purificándonos y

perfeccionándonos más y más, lo cual sólo es posible lograr cuando se vive en armonía con la Ley del Amor.

Viviendo de acuerdo con la Ley Universal del Amor, en el mundo del futuro el trabajo será, sin duda, organizado en forma tal que las necesidades de todos serán atendidas sin fines de lucro, formándose, por afinidad, grupos que se dedicarán a las tareas que más concuerdan con sus propias inclinaciones, realizando y produciendo, entre todos los grupos, todo lo necesario para la vida del conjunto.

El hombre estará más capacitado para comprender mejor la Verdad y concentrará su devoción en la Divinidad Una. Dedicará gran parte de su tiempo al estudio y la práctica del Arte, y en la Ciencia estudiará y trabajará en beneficio de todos, sin rivalidades, ambiciones ni egoísmos, porque el Amor eliminará toda influencia negativa del "yo" inferior, que también será más sutil y, en consecuencia, será instrumento mucho más útil y eficaz del "Yo" Superior.

NECESIDAD DE UNA RELIGIÓN UNIVERSAL

Desde tiempo inmemorial, el hombre adora a Dios como Padre Amoroso y Justo, Dador de todos los bienes. Los pueblos primitivos adoraban a Dios manifestado en los astros y en la Naturaleza, considerando dioses al sol, a la luna, al mar, a los volcanes y demás, y también a ciertos animales, ya fuere por características propias, por su fuerza, por el temor que les inspiraban o por los beneficios que de ellos podían obtener.

Cuando el hombre evolucionó y su mente se capacitó para comprender mejor la Verdad Divina, comenzaron a encarnar en la Tierra Seres Superiores —Enviados del Amor Divino— Quienes, con sus Palabras y sus Hechos de Enseñanza espiritual, procuraron encauzar a la humanidad hacia el Sendero Verdadero, es decir, el Sendero que lleva hacia Dios, en el cual deben los hombres transitar unidos en real fraternidad, reconociendo que Dios es Uno para el Universo todo y es Padre de todos los hombres por igual.

Cada vez que "descendió" a nuestro mundo uno de esos Mensajeros de la Verdad, encarnaron también —para acompañarle y ayudarle en su Tarea de amor hacia los hombres — otros seres evolucionados, quienes transmitieron a los demás las Enseñanzas del Enviado. Esas Enseñanzas debieron ser expresadas en forma diferente en cada oportunidad, a fin de adaptarlas a la comprensión humana, en la época y el lugar del mundo donde el Enviado había encarnado.

Sin embargo, como la Verdad es sólo Una, las Enseñanzas que todos esos Seres trajeron a los hombres tuvieron siempre la misma esencia, aunque su forma de expresión hubo de ser diferente para que pudiera ser bien comprendida por los hombres que las

recibían, quienes, a su vez, debían transmitir las" a los demás y éstos a quienes luego les sucederían.

Esas Enseñanzas tenían por finalidad ayudar al hombre a adquirir el conocimiento de las Leyes Divinas, lo cual le permitiría discernir mejor entre lo bueno y lo "malo", a fin de que, esforzándose por vivir de acuerdo con la Voluntad Divina, expresada a través de Sus Leyes, pudieran los humanos entrar en el Verdadero Sendero.

No obstante, quienes recibieron esas Enseñanzas no siempre sintieron la responsabilidad de divulgarlas al máximo, procurando que sus beneficios alcanzaran al mayor número posible de seres, sino que, por el contrario, frecuentemente las Enseñanzas fueron retenidas en grupos limitados, pues en cada oportunidad se formaron congregaciones de hombres que, suponiéndose con derechos exclusivos sobre las Enseñanzas traídas por el Enviado para toda la humanidad, procuraron imponer su propia interpretación, que frecuentemente había sido adaptada a la conveniencia de ese grupo.

— — — —

Las Enseñanzas Espirituales dejadas por cada Enviado fueron, paulatinamente, materializadas y utilizadas más para jerarquizar a determinados grupos humanos que para perfeccionar espiritualmente al hombre mismo, como era su finalidad. Las diferentes interpretaciones de la Verdad Única —traída una y otra vez por esos Seres Superiores— no concuerdan entre sí, y cada Iglesia asegura que *su interpretación es la única verdadera*.

Las Enseñanzas traídas a los hombres por esos Mensajeros del Amor Divino *constituyen las Religiones Verdaderas*, y todas esas Religiones son Caminos que llevan al Sendero de la Perfección. En esos Caminos, el hombre puede progresar moralmente mediante la comprensión de la Verdad contenida en esas Enseñanzas y su aplicación en la propia vida.

En cada Religión se formaron varias Iglesias, que se sintieron separadas y hasta antagónicas entre sí, además de menospreciar a las otras Religiones. Todo esto demuestra claramente que a las doctrinas elaboradas por los hombres con las sublimes Enseñanzas dejadas por los Enviados, se las ha contaminado con pasiones humanas.

Debemos tener siempre presente que el Camino hacia Dios lo señalan las Enseñanzas, que debemos vivirlas, interpretándolas en su realidad espiritual de Amor hacia todos y hacia todo, y no en las doctrinas que separan a los hombres, llevándolos a desprezarse u odiarse entre sí.

El Camino de la Verdad es el Camino del conocimiento espiritual y del Amor; Camino Universal, accesible a todos los hombres del mundo. Quienes lleguen a él se sentirán unidos entre sí por verdadera fraternidad e interpretarán en su esencia espiritual —que es Amor— las Enseñanzas que, una y otra vez, trajeron para la humanidad Aquellos que "descendieron"

a la Tierra para despertar a los hombres al sentido de su necesidad espiritual de progresar y evolucionar, señalándoles el Camino del amor como el único Camino por el cual podrían lograrlo.

La unión de todos los hombres que, deseando acercarse a Dios, elijan el Camino del amor y el verdadero conocimiento —es decir, el conocimiento espiritual, el conocimiento de la Vida— constituirá la RELIGION UNIVERSAL, que unirá en vez de separar, y en la que todos podrán sentirse incluidos y progresar espiritualmente, lográndolo cada uno en la medida del esfuerzo que realice.

La Religión Universal, basada en el amor, facilitará la armonía y la unión entre todos los hombres, porque el amor es fuente inagotable de felicidad y de progreso.

CONCEPTOS HUMANOS QUE DEBEN CAMBIAR

—El Bien y el Mal—

El hombre tiene, sobre el bien y el mal, un concepto equivocado, pues supone que el mal existe, que es "algo" esencialmente negativo cuya única finalidad es tentarlo, atacarlo y perjudicarlo.

Si tomamos en cuenta que todo cuanto existe ha sido creado por Dios —pues nada hay que se haya creado a sí mismo ni existe otra Fuente de Vida— y que Dios sólo Crea bien, podremos comprender que lo que llamamos mal es sólo la inversión del bien, que lo ha transformado en su opuesto.

Muchos son los aspectos de la Verdad cuya comprensión escapa a las posibilidades actuales de la mente humana; pero, para mejor comprender, podemos "ubicar" el comienzo del mal en seres que, en el arcano de los Tiempos ignotos, transformaron su vibración espiritual positiva en vibración espiritual negativa debido a la inversión del propio bien esencial, es decir, debido a la inversión de la vibración de su espíritu —por causas que, como dijimos, escapan a nuestra actual capacidad de comprensión— originándose así el opuesto al bien, al cual denominamos mal.

En virtud de nuestro libre albedrío, todos podemos realizar en nosotros mismos la inversión del bien en mal, transformando lo bueno en malo. Desde tiempo inmemorial el hombre ha venido haciéndolo; ha transformado el amor que recibe de la Vida Superior —que, lógicamente, es bien— en su opuesto, el egoísmo —que es mal— y el egoísmo ha generado intensas vibraciones negativas que, influyendo en la mente y el alma de los hombres,

generaron en ellos pensamientos, sentimientos y hechos negativos de toda índole, que los separaron y los mantienen separados por ambiciones, odios y rencores.

Por Ley de Afinidad, las vibraciones negativas de las mentes y las almas humanas atraen vibraciones negativas procedentes de otras mentes y almas humanas o de seres que están en el Espacio, lo cual da más fuerza a las vibraciones negativas en las mentes y en las almas. Sin embargo, debemos tener siempre presente que las fuerzas del mal ajenas a nosotros mismos, nada pueden hacernos si no encuentran afinidad en nuestra mente y en nuestra alma, es decir, si con nuestra mente y nuestra alma nos oponemos a ellas y las rechazamos.

En consecuencia, el mal que realmente puede perjudicarnos *está en nosotros; no fuera de nosotros*. Por ello, nuestro empeño constante debe ser mantener siempre en positivo nuestros pensamientos y sentimientos, lo cual nos será fácil lograr si vivimos en amor hacia todos y hacia todo.

Es indudable que la fuerza negativa de otros seres puede llegar hasta nosotros incitándonos a pensar, sentir u obrar mal, pero nuestra divina fuerza espiritual siempre prevalecerá sobre esas incitaciones si ponemos a su servicio nuestra voluntad de no apartarnos del bien.

En nuestro mundo, la presión negativa es sumamente intensa debido a la enorme fuerza negativa atraída, desde hace milenios, por las mentes y las almas de los hombres que, carentes del verdadero conocimiento de la Vida, ignoraban el enorme daño que con sus pensamientos, sentimientos y hechos contrarios a la Ley del Amor, se hacían a sí mismos y también a las generaciones que habrían de seguirles, a las cuales correspondió, debido a ello, desarrollar su vida en "un clima" moral cada vez más negativo.

Sin embargo, como por Ley de Evolución, progresivamente encarnan en la Tierra espíritus con mayor evolución, la fuerza espiritual de los hombres de la actualidad y del futuro, unida al conocimiento verdadero que ahora el hombre ha comenzado a recibir, permitirá que la voluntad humana, al servicio del bien, rechace y elimine la influencia negativa; así purificadas las mentes y las almas, podrá lograrse el "clima" moral propicio a la convivencia armónica entre los hombres y a las maravillosas realizaciones que la Vida prodiga como "respuesta" a todo esfuerzo de bien.

Debemos tener siempre presente que *el bien y el mal están en nosotros mismos* y que, así como no podemos pretender recibir bien si no vibramos armónicamente con él, tampoco debemos temer al mal si nuestra vibración es, en todo momento, positiva y, en consecuencia, no tiene afinidad alguna con lo negativo.

CONCEPTOS HUMANOS QUE DEBEN CAMBIAR

—El Dinero—

Desde que fue creado el dinero, que permite a quienes lo poseen adquirir todo lo que desean, la aspiración ambiciosa de los hombres fue concentrándose en él, erigiéndolo en meta tenazmente perseguida, a cuyo logro dedicaron sus mayores esfuerzos, sin reparar en indignidades en su obsesionante afán de obtenerlo.

Ello hizo del dinero un útil instrumento de todo lo negativo, pues, por poseerlo, el hombre ha claudicado en todos los aspectos morales y ha cometido o consentido las mayores injusticias. El dinero ha comprado las conciencias y ha bastardeado el sentido moral en hombres y en grupos. Como consecuencia, es ahora sumamente difícil armonizar el bien con el dinero, porque su sola mención despierta ambición o desconfianza.

Sin embargo, el dinero debería ser considerado una "condensación de poder" que — como todos los poderes— debe ser utilizado siempre positivamente. Si la posesión de dinero fuera acompañada por el sentido de la responsabilidad de bien que su posesión significa, quienes lo poseen en abundancia —en ocasiones, perniciosa por lo excesiva— realizarían, sin duda alguna —individualmente o en conjunto— obras de bien común que podrían resolver muchos de los graves y agobiadores problemas sociales de la humanidad.

El dinero tiene un valor material, que significa la posibilidad de adquirir todo aquello que la vida humana nos reclama como necesidad, y un valor imponderable, expresado en todo el bien que con él es posible hacer a los demás.

Hasta ahora, el concepto humano sobre el dinero se ha limitado, casi exclusivamente, a su valor material, y el esfuerzo del hombre por obtenerlo ha sido impulsado sólo por el deseo de satisfacer aspectos materiales de su vida.

Debemos cambiar el concepto materialista que actualmente tenemos del dinero, concepto que es reflejo de la ambición que los hombres han concentrado en él a través de los siglos y que nos hace reticentes cuando nos vemos obligados a solicitarlo, aunque sea con justicia o para obras de bien, porque sentimos claramente la desconfianza de aquel a quien le es solicitado.

Es necesario asimilar y difundir, con la palabra y con los hechos, el concepto del valor moral, imponderable, del dinero; del poder de bien que el dinero representa y de nuestra responsabilidad de darle siempre uso positivo y beneficiar con él también a los demás.

La Vida —Perfecta y Universal— no nos da nada que tenga capacidad de bien común para nuestro uso exclusivo, sino que, al otorgarnos bienes, nos "elige" como instrumentos

para extender el beneficio a los demás. Obrar en esa forma nos ayudará a sentirnos felices humanamente y a progresar espiritualmente.

Cuando, reteniendo los bienes sólo para sí mismo, el hombre impide que esa acción benéfica se cumpla a través de él como debiera, la acción se invierte, perjudicando a quien, con su egoísmo, la ha obstaculizado.

En quienes carecen de amor, la posesión de dinero o de bienes materiales que lo representan suele despertar avaricia y, como consecuencia, un egoísmo enfermizo que, en muchos casos, incluye en sus efectos hasta al propio poseedor, quien llega, así, a transformarse en un indigente, aun poseyendo una enorme fortuna.

Recordemos siempre que debemos sentirnos administradores y no poseedores del dinero, porque el dinero constituye una "condensación de poder" que la Vida nos otorga para que, por nuestro intermedio, llegue a otros la ayuda y el progreso que necesitan.

Hay en el mundo muchos pobres ricos que, aunque con su dinero pueden satisfacer hasta sus menores caprichos, no pueden, sin embargo, comprar con él la felicidad de sentirse en paz con su conciencia y satisfechos de sí mismos.

CONCEPTOS HUMANOS QUE DEBEN CAMBIAR

—Renunciar y Superar—

La Vida humana es una permanente sucesión de obstáculos que dificultan, en mayor o menor grado, la obtención de nuestros fines, y sea cual fuere la meta que nos propongamos alcanzar, sólo podremos lograrla mediante el esfuerzo constante sostenido por nuestra firme voluntad de vencer.

Es que la vida humana es para nuestra Alma fuente de experiencias, a través de las cuales adquirimos el conocimiento que nos permite discernir y elegir, con plena conciencia, nuestro camino. Con suma frecuencia nos vemos ante la necesidad de elegir entre el sí y el no, en el aspecto moral de los hechos que nos salen al paso, y, aun con la mejor intención, algunas veces nos equivocamos en la elección.

No obstante, esa equivocación, con todos los inconvenientes y hasta dolores que pueda ocasionarnos, es una Experiencia que nuestra Alma asimila, transformándola en conocimiento que nos alerta y en fuerza moral que nos sostiene cuando volvemos a encontrarnos ante una elección similar, pues los errores cometidos pueden beneficiarnos si logramos extraer de ellos la enseñanza que encierran.

Mediante las experiencias acumuladas por las humanidades que nos precedieron, el hombre ha logrado el progreso mental y el "punto" moral en que actualmente se encuentra, y como el progreso moral requiere un esfuerzo ante el cual el hombre ha claudicado con suma frecuencia, existe hoy un evidente y peligroso desequilibrio entre el progreso mental y el progreso moral de la humanidad.

Los innúmeros requerimientos que en el "clima" moral de nuestro mundo nos asedian constantemente, invitándonos a elegir el camino más fácil y más breve para el logro de nuestras aspiraciones o la satisfacción de nuestros deseos y necesidades, constituyen, precisamente, los obstáculos que debemos vencer y superar con nuestra voluntad y nuestro esfuerzo, asignándole así, a la vida humana, su verdadera función de instrumento y medio para el perfeccionamiento del Alma, que, como sabemos, estando en la Tierra debe actuar a través del alma humana.

Sin embargo, en muchos casos, quienes se afanan por seguir el camino del bien suponen que es necesario renunciar a todo para no verse expuestos al peligro que implican los requerimientos humanos. El concepto del renunciamiento es, también, un concepto que debe cambiar, porque el renunciamiento, si bien puede liberarnos *momentáneamente* del peligro de ceder a esos requerimientos, no elimina del alma humana la posibilidad de hacerlo. Por lo tanto, el peligro no desaparece sino que permanece latente y presto a surgir en el primer momento de debilidad, y esa vida humana durante la cual no se enfrentó sino que se soslayó el peligro, no ha proporcionado al Alma los medios de experimentar para perfeccionarse mediante el esfuerzo de superación, como ella necesita.

Nuestra necesidad no es renunciar, sino superar. No debemos eludir la tentación, sino resistirla, fortaleciéndonos en los conceptos de bien y no apartándonos, en ningún momento, del camino que nuestra conciencia nos señala. Los requerimientos negativos, que pretenden desviarnos hacia el desamor, la ambición, la vanidad, el egoísmo y su vasta y funesta secuela, son "pequeñeces de la vida humana" a las que en ningún momento debemos permitir que logren apartarnos del camino de bien y de amor que debemos y necesitamos seguir para cumplir plenamente la finalidad Superior de nuestra vida humana.

En esa forma, no eludiendo las tentaciones sino restándoles valor, analizándolas fríamente, comprenderemos y comprobaremos que nada valen ante nuestra fuerza espiritual, que crece con Cada requerimiento negativo resistido; entonces, dejaremos de temerlas y ellas dejarán de asediarnos porque *ya las habremos superado*.

Los obstáculos morales y materiales de los cuales está sembrado el camino en nuestra vida humana, no son nuestros enemigos sino nuestros amigos, porque sin ellos no realizaríamos el esfuerzo de superación que, imprescindiblemente, necesitamos realizar para poder lograr progreso espiritual y merecer progreso humano.

CONCEPTOS HUMANOS QUE DEBEN CAMBIAR

—El Poder—

Todos los aspectos de la Verdad —o sea de la Vida Superior— que se manifiestan en nuestro mundo, fueron siempre interpretados por los hombres de acuerdo con las limitaciones de su mente y de su alma. La mente y el alma de los hombres ha evolucionado y progresado a través del tiempo, y, como consecuencia, también a través del tiempo ha evolucionado y cambiado la interpretación humana de los diferentes aspectos de la Verdad manifestados en nuestro mundo.

La interpretación humana de la Verdad ha originado los conceptos que los hombres se han formado y han sustentado en los diferentes aspectos de la vida humana. Dichos conceptos son interpretaciones, no sólo deficientes o erróneas, sino frecuentemente inversas a la Verdad, porque la mente y el alma de los hombres, además de ser incapaces de interpretarla fielmente, están impregnadas de egoísmo, ambición, orgullo, envidia y demás aspectos de su desamor, que presionan negativamente el concepto verdadero, deformándolo y hasta invirtiéndolo, para mejor adaptarlo a la propia conveniencia.

Es por ello que, aun cuando los conceptos han cambiado a medida que el hombre ha avanzado en civilización, muchos de ellos, que son básicos para la feliz convivencia humana; se mantienen todavía en el error y hasta en oposición a la Verdad.

Por ejemplo: el deseo de progresar, que normalmente siente el hombre, es reflejo de la necesidad de constante progreso que tiene nuestra Vida verdadera; pero el hombre, por lo general, deriva ese deseo hacia la obtención de bienes que le permitan escalar posiciones y lograr poder.

El poder es positivo sólo cuando es interpretado y ejercido con amor y responsabilidad, es decir, de acuerdo con la Ley de Jerarquía; pero el hombre, mal interpretando la Verdad, lo transforma en fuerza personal y en derecho de mandato, que exige le sea reconocido. En cambio, la Verdad es que el poder significa, para quien lo asume, la responsabilidad de emplearlo para proteger y guiar positivamente y procurar el bienestar y el progreso de aquellos a quienes gobierna.

Debido al concepto equivocado de los hombres, el poder se ha transformado en meta de ambiciones, y la lucha por lograrlo ha originado traiciones, crímenes y guerras, degenerando su mal uso en tiranías, con las cuales, los ambiciosos que lograron el poder, transformados en ególatras, sordos y ciegos a las necesidades y a los derechos de los demás, procuran perpetuarse en él, suprimiendo el uso de los derechos naturales del hombre.

La sensación del poder ejercido sin el control y la guía de la propia conciencia orientada al bien, es un tóxico que embriaga y reclama un siempre creciente e indiscutido acatamiento. Así, el intoxicado de poder cree ser amo cuando, en realidad, es esclavo del poder logrado, que ha anulado todo lo bueno y verdaderamente hermoso en su vida, reemplazándolo con el temor a caer de su pedestal, con la desconfianza hacia quienes le rodean y con un total desequilibrio en sus emociones.

El poder —de acuerdo con el concepto verdadero, que el hombre debería aplicar— significa una gran responsabilidad y *sólo debería ser aceptado —nunca perseguido—* cuando se tiene la seguridad absoluta de poseer las condiciones morales imprescindibles para utilizarlo exclusivamente para el bien.

Quienes detentan poder deben tener siempre presente que con él no han recibido ni adquirido propiedad sobre nada, sino, solamente, la responsabilidad de administrar con absoluta honestidad y justicia los bienes materiales y morales de quienes, al elegirlos, han depositado en ellos su fe, juzgándolos capaces de desempeñarse eficazmente en esa difícil y delicada tarea de bien común.

Desafortunadamente, el poder se ha constituido en un grave peligro, para los grupos y para la humanidad toda, precisamente por el desconocimiento de la Verdad en que ha vivido y todavía vive el hombre, en casi todos los aspectos de la vida humana.

Comentario del libro "Conocimiento de la Vida" difundido por Radio Excelsior, el 13 de noviembre de 1970, a las 17 hs.

—Emisión Cultural del Noticiero Excelsior—

"Conocimiento de la Vida" es un libro en cuyas 179² paginas tienen cabida toda suerte de consejos sabios, medidos, pensados y justificados, para que el mundo, nuestro mundo, que se debate entre malos y buenos, comience a comprender la razón de esta convivencia a que estamos obligados mientras tenemos aliento. Es su autora Madú Jess. En las páginas de su ejemplar nos da una lección de principios morales fundamentales, dignos de tener en cuenta. Tal vez nos parezcan imposibles de aplicar —tan acostumbrados estamos al mal— pero esta humanidad que sufre pero que al mismo tiempo se solaza con sus egoísmos, envidias, fanatismos, negativas indiferencias o carencia de absoluta fe, debería abrir sus páginas, leerlas una y mil veces. No todos haremos al pie de la letra los dictados de amor y cooperación espiritual que Madú Jess nos enseña, pero estamos seguros que muchos —hoy ausentes de sus verdaderas responsabilidades— se harían presentes en el camino de la comprensión, la tolerancia, el perdón. Es decir, volverían a Dios. Madú Jess no es una improvisada literata. Por el contrario, se trata de una mujer que animada por altos ideales de fraternidad, humanidad y comprensión e imbuida por un gran amor a Dios, creó, con un grupo de gente que como ella cree y siente en la misma forma, una institución universalista, de la que nos ocuparemos alguna vez. Pero volviendo a "Conocimiento de la Vida", digamos que la tiranía del espacio nos impide concretar un comentario amplio como desearíamos. No obstante, en esta apretada síntesis, diremos lo necesario, a nuestro juicio, para muchas personas que nos escuchan sientan la necesidad y la curiosidad por conocer un libro que bien puede transformarse en el ejemplar de cabecera de muchos. "Al enhebrar en estas páginas una serie de conceptos morales —dice su autora— que pueden constituirse en sólida base para obtener una mejor convivencia humana, entendimos que era imprescindible acompañar esos conceptos con la clara explicación de por qué necesitamos vivir de acuerdo con ello". Este concepto ha sido extraído del prólogo. Entrando ya en materia, el libro dice al referirse a la familia humana, que pocos se detienen a pensar que así como en nuestra familia nos reconocemos hermanos por ser hijos de los mismos padres, en la parte humana también debemos reconocernos hermanos de todos los hombres del mundo. Pocos se detienen a pensar en esto y son muchos en cambio los que lo ignoran, y en consecuencia, ignoran además que, sin distinción de razas, de nacionalidades o de credos, todos somos verdaderamente hermanos. "Conocimiento de la Vida" está escrito en un lenguaje sencillo, puro, pero con un gran amor hacia la humanidad. Cada uno de los temas son otros tantos conceptos vertidos con altura, dignidad, profundidad y cariño hacia la humanidad. En el

2 Se refiere a la edición en papel, de donde se ha extraído ésta edición digitalizada.

capítulo "Sentir y amar a Dios", Madú Jess afirma: "No pretendemos definir a Dios, porque Dios no puede ser definido, pero a través de estas Enseñanzas procuraremos "interpretarlo" en forma, accesible a nuestras posibilidades de comprensión". Es decir, que ella que ya lo interpreta a través de sus consejos y su forma de ver la vida, se coloca humildemente en el mismo terreno de ignorancia e incompreensión de quienes por no saber, no querer o no poder, no interpretan a Dios. Este libro, cuya sencillez fluye de cada página, está destinado a todos sin distinción de edad, pero los niños y los jóvenes serán los que más provecho podrán sacar de su lectura, ya que aún están a tiempo de evadirse de todos los males que se han enseñoreado con los hombres mayores. Ellos podrán comprender sus conceptos, vivirlos, aplicarlos y hacerlos circular para que este mundo egoísta se transforme en el paraíso de paz, amor y concordia a que aspira "Conocimiento de la Vida" de Madú Jess. "Desafortunadamente, el poder se ha constituido en un grave peligro, para los grupos y para la humanidad toda, precisamente por el desconocimiento de la Verdad en que ha vivido y todavía vive el hombre, en casi todos los aspectos de la vida humana", concluye diciendo este hermoso ejemplar.

Comentario del libro "Conocimiento de la Vida" de Madú Jess, transmitido el 25 de noviembre de 1970, a las 13.30 horas por Radio Excelsior.

El "Conocimiento de la Vida". Así se titula el libro que ha publicado Madú Jess. Son 179³ páginas que la autora dedica con cariño a descifrar los enigmas de la vida, penetrando en los misterios de la humanidad con conceptos morales que nutren al hombre para una convivencia mejor. No vamos a hacer aquí un comentario de la obra, ya que no disponemos de tiempo suficiente como para analizar los temas tan interesantes que en cada capítulo del libro trata Madú Jess. Al referirse a la vida, la autora dice: "La Vida no puede ser definida, pero Ella nos rodea y nos penetra; está en nosotros y está fuera de nosotros. En nuestro mundo, la Vida se encuentra manifestada en el hombre y en la Naturaleza, y más allá de nuestro mundo, en los astros y en todo el Universo". Luego agrega Madú Jess: "Podríamos suponer que la piedra, por ejemplo, carece de Vida, porque nuestros ojos no pueden ver en ella movimiento alguno, pero la Ciencia ha demostrado el movimiento constante y la enorme energía que existe en los átomos de los elementos que constituyen las piedras. Así, pues, no solamente el hombre es Vida manifestada, sino que también son Vida manifestada los animales, los vegetales y los minerales."

Otro capítulo muy interesante de este libro "Conocimiento de la Vida" es el que se refiere a los Celos, donde su autora Madú Jess, expresa: "Podríamos considerar al amor propio como el punto central de una rueda cuyos múltiples rayos serían: odio, fanatismo, vanidad, orgullo, envidia, egoísmo, desamor, ambición, celos y que, al girar, lleva el alma de los hombres por los senderos más tortuosos y desviados. Podemos comprender así claramente, que el amor propio es la causa de todas esas graves enfermedades de que adolece el alma humana, y los celos son una de esas graves enfermedades del alma."

Todos los restantes capítulos del libro atrapan igualmente a quien comienza a leerlos ya que los conceptos que vierte Madú Jess son puros como el agua cristalina y abren un horizonte a quien pasa por la vida y medita un instante tratando de descifrar los misterios de la mente humana, el por qué de la conducta del hombre. Para terminar esta breve referencia diremos que son 179 páginas escritas con altura, dignidad y profundo amor y que bastan a la autora para demostrar su Conocimiento de la Vida.

3 Se refiere a la edición en papel, de donde se ha extraído ésta edición digitalizada.

Comentarios difundidos en la Audición "Biblioteca de Radio Nacional", el martes 9 de junio de 1970, alas 19 hs.

Madú Jess es la escritora y conferencista que desde 1955 realiza una intensa campaña de fraternidad universal y bien común al frente de la Institución Universalista. Esta Institución tiene filiales en Rosario, Resistencia, Mar del Plata, San Pablo, Lima y Santiago de Chile. Y la señora Madú Jess dirige en ella la Escuela de enseñanza moral y filosófica donde dicta la cátedra de Universalismo. Desde esa tribuna se han difundido las enseñanzas que, con el título de "Conocimiento de la Vida" aparecen ahora en un volumen de 184 páginas. Los temas sobre los que escribe la señora Madú Jess son los problemas invariables de la moral y su criterio es el ortodoxo del buen sentido y la sana razón. Breves capítulos sobre la humildad, la envidia, la intolerancia, la ira, la necesidad de pensar y sentir bien, del Conocimiento Espiritual, de vivir en armonía, sabias disertaciones acerca de los celos y el análisis de sí mismo, y agudas proposiciones referentes a los conceptos humanos que deben cambiar, como la discriminación del bien y el mal, del poder y el dinero, van haciendo su camino en el ánimo del lector. Lo edifican, es decir, construyen dentro de su espíritu defensas contra el mal, nobles estructuras conceptuales que permiten gozar de esa suprema felicidad que es ser hombre y vivir. Madú Jess no adhiere, con exclusividad, a ningún credo religioso, a pesar de que su religiosidad es evidente.

El estilo de Madú Jess es reflexivo, sereno, conceptuoso. Llama a la razón sin exagerados juegos dialécticos, toca al sentimiento sin patetismo, y no cae nunca en el adocenamiento de cierto anecdótico expresamente fabricado para ejemplificar, que suele usarse mucho en esta clase de libros y que con el tiempo embota su eficacia. No se agradecerá nunca suficientemente que se escriban libros como éste, sin sofisticaciones, sin efectismos, sin trampa proselitista, y sin más deseo que el de ayudar, con una fe y una orientación firmes, a los que puedan sentir la suya vacilante y sin norte. Y con un claro propósito de hacer el bien.

Palabras pronunciadas el día 4 de mayo de 1971, durante el programa "El Mundo que yo ví", emitido por el Canal 2 de televisión, por la directora del mismo, Tuca de Alvarado, refiriéndose al libro "Conocimiento de la Vida", de Madú Jess.

Al aclarar la finalidad de su programa, que es brindar a los hombres una posibilidad de conocerse y así poder acercarse fraternalmente entre sí, dijo:

"... esta tarea la llevo adelante con afán y dedicación, pero resulta dificultosa a causa de las incomprendiones aún existentes entre los hombres. Ahora, una nueva esperanza me impulsa a trabajar con mayor afán, ya que existe un libro escrito por una dama argentina que se llama Madú Jess, titulado "Conocimiento de la Vida", verdadera luz que ayudará a los hombres a acercarse, conocerse y convivir en paz y armonía".

Comentario propalado por LS1 Radio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires en el espacio "Crítica de libros", el día martes 9 de junio de 1970, sobre el libro "Conocimiento de la Vida", de Madú Jess.

Aquí quizá el aporte más valioso de la señora Madú Jess, como expositora, como ensayista, e inclusive, como hábil charlista, (aspectos éstos que juzgamos prescindiendo de su grado íntimo de desarrollo espiritual que ya es tema para una audición biográfica) sea el empeño inteligente por descubrir una fuente única en todas las religiones. En una época en que dos materialismos de distinto pelaje se disputan al hombre, la señora Madú Jess parece haber descubierto que la alternativa no es "esta religión o aquella otra" sino más bien, religiosidad madura, sin terrores infantiles, contra una moral laica y desesperanzada. Su libro "Conocimiento de la Vida" expone conceptos clásicos sobre la posibilidad y la necesidad del Amor, la fraternidad universal, el destino del hombre, el sentido de la vida. "Conocimiento de la Vida", a pesar de su ambicioso título, no contiene cosas elaboradas, oscuras, ni siquiera nuevas. Interpretamos que el motivo principal de este aspecto, es que las verdades capaces de poner en orden la interioridad y la convivencia humana son tan fáciles de explicar como difíciles de vivir.

La otra razón que puede hacer pensar en ingenuidad a los lectores que recorran "Conocimiento de la Vida" es la resolución de su autora de llegar, no a ningún amante de finos platos intelectuales, sino a todos, está claramente señalada en el prólogo: "El contenido de estas páginas, escritas con sencillez y con cariño, está destinado a todos sin distinción de edades. Niños, jóvenes y mayores —sigue diciendo la autora— podrán comprender sus conceptos y vivirlos, en la seguridad de que, mediante el esfuerzo de todos y de cada uno por no transgredir la Ley de la Vida, que es Amor, será posible lograr una humanidad más feliz".

Esta alentadora confianza de Madú Jess en la posibilidad de una humanidad más feliz, da tema para por lo menos, un comentario más en este espacio. Hoy preferimos cerrar con una cita que nos parece importante para la comprensión de las intenciones de la autora: "Desde tiempo inmemorial, el hombre adora a Dios... Cuando el hombre evolucionó y su mente se capacitó para comprender mejor la Verdad Divina, comenzaron a encarnar en la Tierra seres superiores —enviados del Amor Divino— quienes con sus palabras y sus hechos de enseñanza espiritual, procuraron encauzar a la humanidad hacia el sendero verdadero". "Cada vez que descendió a nuestro mundo uno de esos mensajeros —sigue diciendo Madú Jess—, encarnaron también para acompañarle y ayudarle en su tarea de amor hacia los hombres, otros seres evolucionados, quienes transmitieron a los demás las enseñanzas del Enviado. Esas enseñanzas debieron ser expresadas en forma diferente en cada oportunidad, a fin de adaptarlas a la comprensión humana, en la época y el lugar del mundo donde el Enviado había encarnado."

ÍNDICE

Prólogo	2
Todos hermanos	3
Sentir y amar a Dios	4
El "cuerpo físico" y el "cuerpo espiritual"	5
La presencia del Amor de Dios	6
Para qué venimbs al mundo	7
Inteligencia y sentimiento	8
Sepamos agradecer	9
A todos debemos amar	10
Nuestros "sentidos físicos" y nuestros "sentidos espirituales"	11
Dios todo lo penetra y todo lo ve	12
Necesidad de pensar y sentir bien	13
La humildad	14
La envidia	15
Castigo y justicia	16
La Ley Divina del Amor	17
Sepamos amar	19
El Amor Universal	20
Mejoremos cada día	21
La conciencia	22
La "Voz" de la conciencia	23
Las Leyes Divinas	24
Vivir en armonía	25
El amor propio	27
La tolerancia	28
La ira	29

Evolución y progreso	30
Encarnar reiteradamente para progresar	32
Fraternidad	37
Universalismo	39
Necesidad del Conocimiento Espiritual	41
La fe	43
La oración	45
El fanatismo	46
El libre albedrío	47
Ley de Jerarquía	49
Nuestro Espíritu	50
Vibración:										
— Vibraciones Sutiles y vibraciones densas	52
— Vibraciones positivas y vibraciones negativas	54
— Armonía vibratoria	56
Ley de Afinidad	58
Transformemos el mal en bien	59
Las civilizaciones y la Ley del Amor	61
La Mente espiritual y el Alma espiritual, y la mente humana y el alma humana										63
Los celos	65
El análisis de sí mismo	67
El dolor	69
Jamás se muere	71
El poder de la palabra	73
Ley de Causa y Efecto	74
Ley de Trabajo o Ley de Karma	76
El "Yo" Superior y el "yo" inferior	78
El hombre y la naturaleza	79

La Vida	80
La vida del futuro en nuestro planeta	82
Necesidad de una Religión Universal	85
Conceptos humanos que deben cambiar:											
— El bien y el mal	87
— El dinero	89
— Renunciar y superar	90
— El poder	92